
Una
Prometida
de
Mentira
LERENA SMITH

Título: Una prometida de mentira
© 2025, Lerena Smith
©De los textos: Lerena Smith
Ilustración de portada: Lerena Smith
Edición emitida por: Lerena Smith
Todos los derechos reservados

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK.

Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capitulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capitulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Prólogo

Cinco años atras

—...No eres mi tipo de chica, Nora. Lamento mucho que las cosas no puedan funcionar entre nosotros. He decidido seguir con mi matrimonio...

—¿Oyes eso? —chilló Stacy, mirando el contestador automático con disgusto.

—Sí, Chloe, creo que todos lo oímos la quinta vez que pusiste el mensaje. Luego la sexta, y luego la séptima... ¿Por qué sigues poniéndolo? —gritó Nora, exasperada.

—Porque, Nora, nunca aprendes —replicó Stacy, mirándola.

Nora estaba sentada en el sofá con un gran tazón de helado de chocolate en el regazo y una caja de pañuelos a su lado.

—No puedo creer que esto te esté pasando otra vez. ¿Qué, ya van siete años? —Stacy arqueó una ceja.

Nora suspiró y bajó la mirada hacia el helado. Una vez más, estaba en el mismo punto: sin novio, sin vida y con un trabajo que detestaba. Como no tenía muchos amigos, no le quedó más remedio que llamar a Stacy como compañera de luto. Sin embargo, Stacy estaba resultando más una torturadora que una amiga, y Nora no estaba segura de cuánto más podría soportarlo.

—Así que, en siete años, siete chicos te han dejado —Stacy cruzó la habitación y se sentó junto a ella. Levantó un dedo—. El novio número uno, del instituto: un traicionero que te robó el corazón y te dejó la noche del baile de graduación. Esa misma noche, terminó llevando a Rosa al baile, dejándote en casa con un bol de helado en el regazo y un pañuelo en la mano.

Levantó un segundo dedo.

—Novio número dos: profesor universitario. Por suerte, descubriste que estaba casado el día que te dejó en una habitación de hotel cara, fuera de la ciudad. ¿Recuerdas quién pagó la cuenta? Yo.

Porque tú, Nora, siempre estás sin blanca. Y adivina qué: reprobaste su examen.

Levantó un tercer dedo.

—Tercer novio: un tipo rico y de lengua fina, buscaba a la novia perfecta. Resulta que, para sus padres, tú no encajabas en el perfil.

Levantó un cuarto dedo.

—El cuarto novio, Nora, estaba en la ruina y no tenía absolutamente nada que ofrecer, pero de alguna manera se las arregló para dejarte y encima te acusó de ralentizar su vida.

Su quinto dedo se levantó de golpe.

—El quinto hombre... de verdad pensé que era un buen tipo. Era un charlatán. Engañó a todos hasta que te robó el dinero y se fugó con una pelirroja.

—¡Estoy maldita, ya lo entendemos, Stacy! —gruñó Nora, frustrada.

—¡Oh no, Nora, no he terminado todavía!

—¡Pero yo sí! —Nora intentó ponerse de pie con dificultad, pero Stacy la ayudó a sentarse de nuevo.

Levantando un dedo de la mano izquierda, Stacy continuó:

—El número seis fue divertidísimo. Me pregunto cómo logró sobrevivir un año en una relación que estaba condenada al fracaso desde el principio. Apuesto a que era analfabeto.

Stacy rió y luego añadió:

—Y ni siquiera yo imaginé que el número siete se casaría. Tú, Nora, has logrado salir con dos hombres casados, dos perdedores, un ladrón, un mentiroso y un rico desairado.

Los ojos de Nora estaban secos de tanto llorar, y escuchar a Stacy repasar la lista de todos los hombres con los que había estado en los últimos siete años la agotó aún más. Se pasó las manos por la cara.

—Soy tu mejor amiga, y ya no quiero que me llames para ir a la estética, a cenar, de compras... —suspiró Stacy—. Solo porque tienes el corazón roto.

—Lo siento, Chloe. ¡De verdad que lo siento! —dijo Nora con voz entrecortada.

—Lo siento no basta —replicó Stacy, mirándola con seriedad mientras le tomaba las manos—. Pero la venganza sí.

Nora abrió mucho los ojos.

—Ahora, antes de que me mires como si estuviera loca, no te pido que mates a nadie. Solo te pido que hagas lo que yo hago: que los hombres paguen por los errores de sus congéneres. Si un hombre te rompe el corazón, tú le rompes el corazón a dos. En realidad, son todos iguales. Creo que están conectados de alguna manera extraña.

—Así que, este es el trato...

Nora se arrepintió de verdad de haber llamado a Stacy mientras la escuchaba hablar. Decidió que habría estado mucho mejor si se hubiera quedado sola, con un helado y una película triste, llorando desconsoladamente toda la noche, para luego quedarse dormida y despertar hecha un desastre.

Pero no. Tenía que llamar a Stacy, quien ahora repasaba una lista de cosas que Nora debía hacer.

—...Que se enamoren de ti. Es decir, ¿qué más se puede pedir?

Stacy recorrió con sus ojos marrones a Nora, desde su cabello rubio despeinado hasta su camiseta desgastada. Negó con la cabeza.

—Bueno, hay muchas cosas que no se pueden pedir, pero todo eso puede cambiar. Solo necesitas una transformación...

—Necesito una siesta —murmuró Nora, inclinándose hacia adelante hasta hundir la cabeza en el regazo de Stacy y pegar la nariz a la manta—. No sé cómo lo haces, Chloe. Estás guapísima con esos increíbles mechones castaños que nunca se enredan ni se engrasan, unos ojos preciosos, un corazón de piedra que no se puede romper (y que, por cierto, admiro mucho), ¡y eres rica! —sollozó—. ¡Damas y caballeros, cambien la moneda, y ahí estoy yo! ¡En bancarrota, con mi cuenta y con mi corazón! Mi pelo siempre es un desastre, mis ojos son del mismo color que los tuyos, pero los míos son apagados y tristes, y yo soy triste, digna de lástima y crédula.

Nora sintió la imperiosa necesidad de lamentarse y maldecir al universo. Nada salía como había planeado. Siete años atrás, tenía

toda su vida organizada. Siete años después, trabajaba en una pizzería repartiendo pizzas a domicilio.

—¿Quieres venganza, Nora?

Nora reflexionó un momento sobre la pregunta de Stacy. ¿Quería venganza? Tal vez. Estaba cansada de estar siempre en el lado perdedor. Quizá ya era hora de intentar ser una rompecorazones.

Ofreció un pequeño asentimiento.

—Bien —dijo Stacy, levantando a Nora hasta que sus ojos se encontraron—. Lo primero es lo primero: hacemos un pacto. Siete años, siete hombres. Les rompes el corazón a todos y no puedes enamorarte de ninguno.

Nora asintió furiosamente, llena de emoción.

—Jamás, jamás va a pasar. Dilo, Nora: *"Jamás, jamás va a pasar"*.

Nora exhaló, dándose cuenta por primera vez de que había estado conteniendo la respiración. Así que *este* era el momento: el día en que cambiaría su vida, el día en que recuperaría su poder.

Se inclinó hacia delante, sostuvo la mirada de Stacy, y una sensación de hormigueo la recorrió mientras repetía esas palabras:

—Nunca, nunca va a suceder...

Capítulo 1

Cinco años después

—¡Jamás va a pasar! —gruñó Nora, enfadada, mientras recorría las calles de Nueva York casi cojeando, arrastrando la pierna derecha con el tacón roto.

Hoy no podía haber sido peor. Literalmente.

Con cómo había resultado su vida hasta ahora, era ingenuo esperar que algo bueno ocurriera. Había hecho dos viajes en autobús y usado el metro, todo para llegar a una entrevista de trabajo a la que, estaba segura, ya llegaba tarde. Las señales estaban en su contra, pero ya no podía echarse atrás. Ni siquiera con el tacón roto podía rendirse. Iría arrastrándose si era necesario. Necesitaba ese empleo que no implicara repartir pizzas ni cuidar casas por las noches.

Al doblar la esquina, divisó finalmente el edificio de oficinas. Entró a toda prisa, tomó el ascensor y subió al cuarto piso.

La recepcionista levantó la vista al escuchar el sonido desigual de sus pasos. Nora notó cómo sus ojos recorrían su aspecto desaliñado antes de posar la mirada en su rostro.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó la morena, con un brillo amable en los ojos.

—Estoy aquí para la entrevista de trabajo —respondió Nora, enderezándose, intentando parecer más segura de lo que se sentía.

—Lo siento mucho, señora, pero eso terminó hace diez minutos. El Sr. Blackwood es muy exigente con la puntualidad...

Las palabras cayeron como una losa sobre Nora. Sintió que las paredes se cerraban a su alrededor. No podía permitirse otro rechazo. No ahora. No después de lo que vivió en la última entrega de pizzas, cuando un grupo de adolescentes se burló cruelmente de ella tras rechazar sus insinuaciones.

¡Fracasada! Así se sentía. Treinta años, sin pareja, sin vida social, sin estabilidad. Y ahora, sin trabajo.

—Por favor —suplicó—. Sé que no merezco esta entrevista, pero estoy desesperada. Estoy casi segura de que mi aspecto lo grita a los cuatro vientos —hizo un gesto hacia sí misma, señalando su ropa arrugada y su zapato roto.

—No puedo hacer nada al respecto, señora...

—¿Qué tal si me dejas entrar y convenzo al Sr. Mon...?

—Blackwood —corrigió la recepcionista.

—...eso, Blackwood. Que soy una excelente elección para el puesto. Por favor, no arruines mi sueño cuando estoy tan cerca.

La recepcionista suspiró, resignada.

—De acuerdo, pero no puedes decir que te dejé entrar a propósito.

—¡Gracias! —sonrió Nora, con un alivio inmenso.

Sin perder tiempo, se dirigió por el pasillo y abrió de golpe la puerta de la oficina. Su mirada se encontró con la de un hombre que no parecía tener más de treinta y cinco años. Levantó la vista al oírla entrar, y sus miradas se cruzaron.

Por un instante, Nora se quedó inmóvil, impactada. ¿Cómo podía la vida ser tan cruel con algunos y tan generosa con otros?

Allí estaba él: impecable, trajeado, de belleza escandalosa, pelo perfecto, oficina elegante, probablemente un coche de lujo abajo y una mansión esperándolo en algún barrio exclusivo. Y allí estaba ella: agotada, sin un centavo, con los zapatos destrozados y, probablemente, sin ninguna oportunidad.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó él, con los ojos fríos fijos en los suyos.

—Yo... eh... —balbuceó Nora, sintiéndose de pronto aún más pequeña, aún más fuera de lugar.

Pero no podía permitirse flaquear. Enderezó la espalda.

—NoraHastings. Estoy aquí para la pasantía...

—¡Listo! —interrumpió él, volviendo la vista a los papeles en su escritorio.

Nora entendió lo que acababa de pasar. La había despedido con una sola palabra. Como si ella no valiera ni siquiera el intento.

—¿Lo... lo siento? —preguntó, apenas respirando.

Él levantó la mirada de golpe, con el desdén claramente dibujado en su rostro.

—Ya terminamos aquí.

—Te oí. Pero al menos dame la oportunidad de...

—¿Quiere salir de mi oficina, señora, o necesito pedir ayuda?

La boca de Nora se abrió en un gesto de incredulidad. ¡Arrogante! ¡Despreciable! Si tuviera algo de poder, ¡le daría una patada en la espinilla!

Pero no tenía nada. Nunca tenía nada.

Frustrada, se dio la vuelta y salió sin mirar atrás.

DamienBlackwood era conocido por muchas cosas: su obsesión por los detalles, su capacidad para liderar un negocio de moda en un mundo competitivo, y su respeto férreo por el tiempo.

El tiempo lo era todo para él.

Por eso su enojo al ver a aquella mujer irrumpir en su oficina, doce minutos tarde, no tenía límites. Jamás contrataría a alguien que no supiera respetar una agenda.

Con la paciencia ya agotada, observó cómo la mujer de cabello rizado y rubio finalmente salía por la puerta. Tendría que tener una conversación con Lana, la recepcionista. Aquellas interrupciones eran inaceptables.

Suspirando, volvió a centrarse en la pila de solicitudes. Algunas parecían prometedoras. Decidió que llamaría a ciertos candidatos para una segunda ronda.

Presionó el intercomunicador.

—Lana, ¿podrías venir, por favor?

Pasaron unos segundos hasta que la recepcionista apareció, cabizbaja.

La miró un instante, pero no valía la pena regañarla.

—¿Tú organizaste la reunión?

Ella asintió con timidez y murmuró:

—El señor Brads lo espera en el restaurante en quince minutos, señor.

Damien asintió, se puso de pie, tomó su maletín y salió del edificio. El coche lo esperaba justo afuera.

Pero antes de poder abrir la puerta, una mano se aferró a su muñeca.

—¡Señor!

Se giró con brusquedad. Y allí estaba otra vez: la cabeza rubia.

—Por favor —suplicó ella—. Dame una oportunidad.

—¿No te dije ya que no?

—Lo hiciste. Pero no lo habrías hecho si supieras por lo que pasé hoy —le imploró, con los ojos al borde del llanto—. Viajé en dos autobuses, tomé el metro, se me rompió un zapato... ¡y no he comido en todo el día! Ha sido un desastre absoluto, y si tan solo me concedieras esta entrevista...

Damien la observó, con expresión de fastidio. Su aspecto, su voz, su desesperación... No lo conmovían. Al contrario, solo quería quitársela de encima.

Miró su reloj: tenía menos de diez minutos para llegar al restaurante.

Sin decir una palabra más, se dio la vuelta, subió al coche y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 2

La voz tranquilizadora de Stacy por teléfono no apaciguó la ira ni la frustración de Nora. Para Stacy era fácil, sentada en una playa de Miami, decirle a Nora —quien estaba en un apartamento ruinoso— que todo saldría bien. No, nada iba a salir bien jamás. En ese momento, Nora estaba segura de que estaba maldita y no había nada que le dijeran que la convenciera de lo contrario.

—Gracias, Chloe —murmuró Nora, queriendo terminar la conversación y volver a compadecerse de sí misma.

"¿Rompiste con...? ¿Cómo se llama?"

—Stan... —Nora puso los ojos en blanco.

Stan. ¿Ya terminaste con él? Han pasado cinco años, Nora, y todavía vas por tu cuarto novio. Date prisa con los números.

Nora suspiró, temerosa de decirle a Stacy que Stan ni siquiera existía. Ni Evan, ni Mason, ni Danny. Eran hombres a los que Nora había tenido que inventar para quitarse de encima a Stacy y para que pareciera que había cumplido con su parte del pacto hecho cinco años atrás.

¡Pensar que ya han pasado cinco años! Aun así, Nora no tenía nada que mostrar. Seguía siendo patética y estaba sola, ¡y Stacy seguía siendo guapa y rica!

—Lo hice y quedó devastado —mintió Nora, sintiendo un atisbo de arrepentimiento.

"Esa es mi chica. Ahora, enorgullece a mamá y encuentra a otro perdedor para destruir... No, el vino tinto carísimo, no el barato..." Nora podía oír a Stacy dando órdenes a alguien de fondo, y eso solo ahondaba la herida en su ego, que ya sangraba.

"...eres una idiota. Vete ya..." Stacy suspiró con disgusto. "Eh, Nora, tendré que llamarte luego..."

—Claro. —La cara de Nora se iluminó con una sonrisa amarga y Stacy terminó la llamada.

Con un largo suspiro, Nora se dejó caer en el sofá y se tapó la cara con las manos mientras recordaba la entrevista que había tenido hacía dos días con el sádico.

¡Ojalá pudiera decirle unas palabras!

Gimió, tirando una almohada al suelo y poniéndose de pie. Se puso las manos en las caderas y su rostro adoptó una expresión de disgusto.

—Usted, señor, no es más que un montón de guapo y arrogancia. Ah, claro que su precioso cabello negro carbón está cortado a la perfección y sus ojos son los más cautivadores. ¡Pero tiene una actitud que eclipsa su apariencia física y es simplemente horrible!

¡¿Cómo trata el mundo a hombres como usted?!

¡Arrrgghh! ¿Sabe lo que se merece? Merece que le rompa el corazón. Sí, es cierto, ¡me encantaría tomar ese corazón suyo endurecido y rancio, ablandarlo y luego romperlo!

Bueno, puede que no sea el tipo de chica con la que saldrías. O sea, yo tampoco querría salir conmigo misma si fuera tú. ¡Pero ya verás, señor "Soy todo eso con mi elegante oficina y mi guapa recepcionista"! ¡Ya verás!

Soy Nora, no puedo contestar el teléfono ahora mismo. Probablemente esté en algún lugar lamentando mi horrible vida, así que, por favor, déjame un mensaje. Si aún no me he sacado los ojos, ¡te llamo!

—Nora, soy Sylvia y te llamo para recordarte que estoy cuidando la casa del nuevo cliente. Si revisas tu correo, te envié la dirección.

Nora puso los ojos en blanco mientras escuchaba el mensaje en el contestador automático, con una taza de café caliente en las manos.

—¿Por qué los ricos no podían quedarse sentados en sus casas y cuidar sus cosas? —gruñó, dejando la taza sobre la mesa.

Si tan solo hubiera conseguido el trabajo con el señor elegante, no estaría aquí de nuevo cuidando casas y repartiendo pizzas.

¿Era demasiado tarde para suicidarse?

Tras una breve pausa reflexionando sobre los pros y los contras del suicidio, decidió que las desventajas superaban a las ventajas. Así que se vistió y se dirigió a la nueva casa que tendría que cuidar esta vez.

Ojalá no fuera otro dueño loco con una obsesión extraña por las erupciones cutáneas; ¡erupciones cutáneas de perro!

Gruñó para sí misma. ¿Cómo había podido acabar tan mal su vida?

Tras parar un taxi y darle indicaciones para llegar a su destino, no se sorprendió al detenerse frente a un elegante edificio de apartamentos con un portero de lujo a juego.

Presionó el intercomunicador junto a la entrada y esperó a que la persona del apartamento le respondiera.

—¿Quién es? —llamó una áspera voz masculina.

—Soy el cuidador de la casa...

La dejaron entrar inmediatamente al edificio y se dirigió al apartamento. La puerta estaba abierta de par en par, pero no vio a nadie, así que entró y apretó los labios para no quedarse sin aliento al ver la casa de cristal que se alzaba ante ella.

Sus ojos recorrieron cada mueble, la elegante chimenea, el costoso televisor y otras cosas encantadoras que no podía nombrar.

—Vigilarás mi casa durante una semana. Estaré fuera de la ciudad...

Los ojos de Nora siguieron la voz y lo encontraron bajando la escalera que probablemente conducía a habitaciones igual de lujosas.

Contuvo la respiración al instante en que vislumbró su rostro. Él, también sorprendido, se detuvo en seco.

—¿Nos conocemos? —preguntó frunciendo el ceño.

—Um... —tartamudeó Nora, completamente sin palabras.

—No quiero que se rompa nada y todo debe quedar como lo dejé, solo que limpio. Intenta no entrar en mi habitación y, por favor, no se permite traer desconocidos a mi casa —terminó, bajando el último escalón.

Por un breve instante, sus ojos la recorrieron de nuevo y ella supo que estaba buscando en su memoria dónde se habrían conocido. Nora contuvo la respiración, rezando desesperadamente para que no lo recordara.

Necesitaba este trabajo y, por mucho que lo odiara, ansiaba quedarse en ese edificio una semana.

¡Una semana entera de comida y televisión de lujo!

—¿Entendido? —preguntó con severidad, de pie allí con un traje negro hecho a medida para su hermosa y perfecta figura de un metro ochenta.

Nora asintió furiosamente.

—Bien.

Tras una última mirada interrogativa, el señor Blackwood salió por la puerta y la cerró de golpe tras de sí.

Capítulo3

Nora pasó toda la tarde desde que el señor Blackwood se fue, preocupada por si irrumpía por la puerta y le ordenaba que se fuera de su casa en cuanto recordara que era la loca de la entrevista de trabajo. A medida que el día daba paso a la noche, había renunciado a la idea de su regreso y comenzaba a instalarse en la casa. Casi no le parecía justo que un hombre con un corazón de piedra tuviera tanto lujo para disfrutarlo solo.

Curiosa, subió las escaleras y empezó a examinar las habitaciones. Dos puertas estaban cerradas y empujó la primera, dando paso a una gran habitación decorada como una habitación de hotel; una habitación de hotel cara, con una cama queensize, sábanas blancas, paredes blancas, un gran ventanal con una vista que la dejaba sin aliento y una alfombra dorada extendida en el suelo. En silencio, entró y comenzó a inspeccionarla.

Sí, la vida era injusta. La vida era totalmente injusta, pero Nora no se dejaría llevar por la autocompasión, no esa noche.

La inspección continuó y cuando terminó de revisar las dos habitaciones, la autocompasión había florecido completamente en depresión. Nora hizo lo que cualquier alma deprimida haría: encontró una buena copa de vino tinto caro en el refrigerador y empezó a intentar ahogar sus penas en ella.

—¡No se permiten extraños en mi casa, Nora! —hizo una mueca amarga y tomó un trago—. ¡No rompas mis muebles, Nora! —Vació su vaso y se puso de pie, con las paredes de la cocina dando vueltas ante sus ojos—. ¡Y por favor, por amor a la pizza, no entres en mi habitación!

Las lágrimas llenaron sus ojos.

—¡Vaya, señor, no me quedé fuera de su habitación! —Sacó la lengua y señaló con un dedo tembloroso la botella de vino, que tenía un asombroso parecido, incluso borracha, con el señor Blackwood—. Entré y, lo admito, es preciosa. ¡Incluso encontré ropa de mujer cara

en su enorme armario, que es el doble del tamaño de todo mi apartamento! —gimió—. ¡Y luego estaba el vino! Nunca había probado nada igual.

Agarró la botella y la miró fijamente.

—¡Lo odio, señor Blackwood! ¡Lo odio y lo odio a muerte!

Tiró la botella contra la pared y vio cómo se hacía añicos y caía al suelo hecha pedazos.

Girándose para ver la imagen borrosa de la puerta, salió a trompicones. Tras un largo rato esperando en vano a que la pista dejara de bailar ante sus ojos, subió las escaleras a rastras y encontró su dormitorio.

Empujó la puerta de par en par, golpeándola con fuerza contra la pared.

Nora se dirigió al vestidor y encontró la ropa de mujer que había visto antes. Por alguna razón, un hombre soltero tenía la colección de ropa soñada por cualquier mujer. A ella no le importaba. Pero Nora nunca se había probado ropa de diseñador tan cara como esa, y el infierno se congelaría antes de que dejara pasar esta oportunidad.

Sus dedos recorrieron muchas telas caras hasta que encontró un vestido largo, de seda, de color azul.

—¡Señor Pantalones Elegantes! —hizo una mueca y se dirigió al gran espejo de pared, donde se quitó la ropa y se puso el vestido.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver que el vestido se ajustaba a su cuerpo a la perfección, quizá demasiado. Si Nora tenía algo que ver, parecía una princesa. O al menos eso era lo que su mente ebria le decía.

Se recogió el cabello y lo mantuvo cautivo sobre su cabeza.

—¡Nora, eres hermosa! —sonrió—. ¡Una belleza que, por desgracia, está atrapada en el castillo de una bestia sin salida! Ayúdame, Dios mío, pero si de alguna manera deseo ganarme su amor y su corazón... —Su voz se agudizó—. Tomaré ese corazón negro y lo blanquearé.

Jadeó y de repente su mente creó una imagen del señor Blackwood arrodillado frente a ella.

—Eres la princesa más hermosa de este baile —sonrió—. ¿Cómo te llamas?

—Bella. Me llamo Bella —le devolvió la sonrisa.

—Bella, ¿quieres casarte conmigo, Bella?

Nora jadeó, dándose la vuelta y observando el ambiente desconocido de un gran salón de baile, con los vestidos del armario presentándose como hombres y mujeres. Una parte de ella sabía que estaba delirando, pero otra quería quedarse allí y vivir esa vida delirante.

Ella asintió.

—Lo haré.

En ese momento, sonó el teléfono del dormitorio del señor Blackwood. Frustrada, Nora salió del armario a regañadientes y se dirigió al teléfono.

Se lo apretó contra los oídos.

—«El castillo de la bestia, ¿en qué puedo ayudarle?» —balbuceó.

—¿Qué? —preguntó una voz femenina al otro lado del teléfono—. Disculpe, ¿le he dado con el señor Blackwood?

—No —dijo Nora, dándole vueltas al cable con el dedo, pues de repente le pareció fascinante—. Ella es Nora , la prometida del señor Blackwood.

Hubo una larga pausa en el otro extremo.

—¿El señor Blackwood está comprometido? —la mujer parecía intrigada.

—Ajá. Para mí.

—Ya veo... Bueno, llamaba para recordarle la entrevista que me prometió, con la esperanza de concertar una cita...

—Señora —Nora puso los ojos en blanco, disgustada—. Es inapropiado tener una cita con un hombre que se casa en... —contó perezosamente con los dedos y se encogió de hombros—. Aún

estamos trabajando en la fecha, pero sigue siendo inapropiada. ¡Adiós!

Colgó de golpe y se dejó caer boca abajo en la cama, cansada y agotada. Cerrando los párpados, se quedó dormida.

Capítulo 4

Damien sentía el corazón latir con fuerza mientras se dirigía a su cita de las 10:00 con Jacqueline, la madrina de la moda. Incluso ahora, mientras seguía a su asistente, que lo acompañaba a la enorme oficina, no podía evitar rezar para que la reunión saliera a la perfección. Era la única razón por la que había venido a Londres.

Entró en la oficina y encontró a Jacqueline, una mujer de cincuenta años que no parecía tener más de treinta, sentada detrás de un enorme escritorio de cristal, con la nariz enterrada en una pila de papeles delante de ella.

—Su cita es a las 10:00 a. m., señorita Jacqueline —anunció la bonita asistente pelirroja.

—Gracias, Brenda —dijo Jacqueline, levantando la mirada hacia Damien mientras se quitaba las gafas de leer. Le dedicó una media sonrisa, con sus ojos grises iluminados—. Señor Blackwood, me alegra mucho verlo. Tome asiento.

Damien le devolvió la sonrisa antes de sentarse en la silla. *Muchas gracias por aceptar verme con tan poca antelación*, pensó.

Jacqueline asintió brevemente, sin apartar la mirada de él ni un segundo. Damien se sentía incómodo bajo su escrutinio y, aunque había repasado su discurso durante el vuelo, sentado ante esta mujer de cabello castaño que parecía tener todo su futuro en la palma de la mano, se quedó sin palabras. Sabía que la siguiente palabra que pronunciara podría ser su salvación o su perdición, pero no se atrevía a hablar.

Arrastrando los pies, su mirada recorrió la oficina. Las portadas de revistas de moda cubrían las paredes. Se dio cuenta de que todas retrataban a Jacqueline: desde sus años como modelo hasta su etapa como uno de los iconos más influyentes del mundo de la moda.

A Damien no le gustaba exactamente estar bajo la merced de una mujer, pero Jacqueline era una mujer a la que necesitaba

impresionar.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó Jacqueline, rompiendo el silencio que se estaba formando entre ellos.

Por un instante, Damien pensó en declinar la invitación; eran las diez de la mañana y disfrutar del vino iba contra su ética laboral. Pero asintió; le ayudaría a aliviar la tensión que sentía.

Jacqueline se puso de pie y se dirigió a un pequeño bar en su oficina, algo que él apenas notó. Sirvió dos copas de vino y le ofreció una. Él sonrió agradecido.

—Solo se puede adivinar el motivo de tu visita, Damien, pero te daré la cortesía de decírmelo —dijo Jacqueline antes de tomar un largo sorbo de vino.

Damien bebió rápidamente su vino, con el corazón acelerado.

—Sé que la Duquesa planea visitar Nueva York. Esperaba que me dejaras peinarla.

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios de Jacqueline, casi como una burla a la petición de Damien. Lo observó unos segundos antes de soltar un suspiro y dejar su vaso medio vacío sobre el escritorio.

—Me temo que no puedo hacerlo, Damien. Verás, muchos diseñadores de Nueva York han venido a mi oficina pidiéndome lo mismo, y estoy harta de sus peticiones.

—Lo sé, Jacqueline, pero si me das una oportunidad... —insistió Damien.

Jacqueline negó con la cabeza, llenando de pavor a Damien.

—Admito que eres un diseñador fascinante, Damien, pero tu reputación te precede...

Un sabor amargo llenó la boca de Damien mientras escuchaba sus palabras.

—Te han descrito de muchas maneras: machista, grosero, arrogante, difícil y, lo peor, no tienes ninguna organización benéfica a la que afiliarte. No es una reputación con la que yo asociaría a la Duquesa a sabiendas.

Jacqueline respiró hondo, tomó su vaso y se lo bebió.

La mirada de Damien siguió el vaso vacío. Casi parecía un reflejo de su esperanza: vacío. Esta era su última oportunidad de romper la barrera que se le había impuesto, su última oportunidad de forjarse un nombre y un legado. Y así, su vaso se vació.

La mitad de lo que se decía de él era falso, pero Damien no estaba dispuesto a sentarse allí a dar explicaciones a nadie. Si algo tenía razón Jacqueline al decir sobre él, era que tenía orgullo.

Se puso de pie, colocó con cuidado el vaso sobre el escritorio y, con un último asentimiento, salió de la oficina.

De vuelta en su habitación de hotel, llamó a su nueva asistente y le ordenó que le reservaran un vuelo esa misma mañana. Sin importarle si los vuelos a Nueva York estaban llenos, Damien amenazó con despedirla si no le conseguía un avión en la próxima hora. Su amenaza dio resultado y pronto estaba en un avión de regreso a casa.

-

Nora se despertó con saliva saliendo por un lado de la boca, con el cabello pegado en la cara, dolor de cabeza y un deseo innegable de vomitar.

Con dificultad para ponerse de pie y la vista borrosa, apenas llegó al baño cuando la cena de la noche anterior se le escapó de la boca, justo sobre la elegante alfombra. Incapaz de contener el vómito, permaneció de rodillas hasta que terminó de vomitar.

Una vez que Nora terminó y se dio cuenta de cuánto desorden había creado y dónde lo había hecho, corrió escaleras abajo con la esperanza de limpiar todo.

Nora apenas había bajado el último escalón cuando oyó un fuerte zumbido. Confundida, miró a su alrededor.

—¿Hola? —llamó una voz femenina desde el intercomunicador.

Respirando hondo, se acercó al intercomunicador y pulsó el botón.

—¿Quién es? —preguntó, intentando parecer valiente y serena.

—Livia, la publicista de Damien. Llevo todo el día intentando llamarlo.

—Oh, eh, el señor Blackwood no está en casa, así que podrías volver a consultarlo más tarde.

—Me temo que ni siquiera es una opción. Esto es importante. Llamé a su hotel en Londres y me informaron que ya se había ido. Llamé a su asistente y me dijeron que había reservado un vuelo de vuelta a casa. Debería llegar en cualquier momento.

La inminente llegada del señor Blackwood casi dejó a Nora sin aliento mientras observaba de reojo el desordenado apartamento. ¡Estaba en serios problemas! Conteniendo las ganas de llorar, dijo:

—Bueno, Livia, no puedo dejarte entrar sin el permiso del señor Blackwood y, al parecer, no puedo contactarlo. Me dieron órdenes estrictas de no dejar entrar a desconocidos al apartamento.

Nora no esperó ni un segundo más para escuchar las quejas de Livia y se puso manos a la obra para limpiar todo el apartamento. Ver la cocina era suficiente para volver loco a cualquier hombre cuerdo, pero la desesperación de Nora fue suficiente motivación para impulsarla a actuar, y para cuando el señor Blackwood llegó a su apartamento tres horas después, ya había dejado la casa impecable.

—No puedo con esto ahora mismo, Livia —dijo el señor Blackwood, sin apartar la mirada de Nora, que estaba nerviosa, ni un segundo—. Tuve un vuelo complicado.

Nora estaba agradecida por la falta de interés del señor Blackwood en ella, temerosa de que notara el estado frenético en el que se encontraba.

—Bueno, Damien, según los quioscos, tú también has tenido una vida social agitada —Livia parecía molesta.

Nora se quedó de pie junto al gran ventanal y contempló las calles, decidiendo que extrañaría ese lujoso apartamento. Su mirada recorrió los rostros de la gente que pasaba.

—¿Cómo no me dijiste que estabas comprometido? —Livia casi gritó.

Nora se quedó paralizada. Algo en el anuncio de Livia le sonaba vagamente familiar y fue suficiente para llenarla de pavor.

—¿Qué? —Damien parecía sorprendido.

—¡Vas a fingir que no tienes idea de quién es Bella porque está en todas las noticias, Damien!

Un jadeo escapó de los labios de Nora al recordar la noche anterior. El resto de la conversación se apagó en su mente mientras se concentraba en lo que había hecho en su estado de ebriedad.

Lentamente, Nora se giró y vio que tanto el señor Blackwood como Livia la observaban fijamente; debieron haberla oído jadear. O eso, o simplemente ella era la única a la que culpar. El señor Blackwood parecía más fulminante que observador, mientras que Livia tenía una expresión confusa.

—¿Le dijiste a un periodista que estábamos comprometidos? —preguntó Blackwood con un tono de voz peligroso.

Nora sabía que estaba atrapada; no podía negarlo. Si lo hacía, el señor Blackwood la acusaría de dejar entrar a desconocidos a su casa, violando el contrato de cuidado que tenían. Si admitía haber hablado con el periodista, sería culpable de mentir y probablemente de conspirar para arruinar su reputación.

Nerviosa, juntó y separó las manos.

Bien hecho, Nora. ¿Qué pasó con eso de no emborracharte nunca porque la última vez que lo hiciste casi atropellas a un perro con la bici? Gruñó para sus adentros, con la mirada fija en sus pies.

La sala se quedó en silencio unos segundos, pero para Nora, fueron horas. ¡El señor Blackwood sin duda la demandaría! ¡Pero no podía permitirlo! Estaba en la ruina y sin dinero para pagar los daños. ¡Y luego demandaría a la empresa que la contrató! ¡Sería aún peor, considerando que perdería su trabajo! Quizás podría alegar locura. Casi parecía una salida y, la verdad, había días en que dudaba de su propia capacidad mental.

Decidida a alegar locura si la acusaban, levantó la vista y vio los ojos más furiosos que había visto desde la vez que, cuando era niña, tiró por error el anillo de oro de su madre al inodoro.

Con un suspiro, asintió, y esa singular acción fue suficiente para desatar todo el infierno.

Capítulo 5

Por un breve instante, Damien no pudo hablar mientras la intensidad de las acciones de la rubia comenzaba a disminuir. De repente, ya no pudo contener la ira ni la imperiosa necesidad de romper algo, y empezó a avanzar lentamente hacia ella, que ahora se encogía bajo su mirada. Sus dedos se cerraron en puños, y sus uñas se clavaron dolorosamente en las palmas.

—¡Una noche! —pensó—. ¡Esta incompetente y mentirosa niñera me arruinó la vida, o lo que quedaba de ella! Casi no podía creer que el día pudiera empeorar más, después de que Jacqueline rechazara su propuesta en Londres. ¡Y ahora esto!

—Damien... —alguien puso una mano tranquilizadora sobre su hombro: Livia.

Él miró brevemente a Livia y frunció el ceño.

—Quizás podamos hablar las cosas —propuso ella.

Damien apretó los dientes para no gritar. ¡No había nada que decir!

—¡Fuera! —gruñó en voz baja—. ¡Ahora mismo!

La niñera no tardó ni un segundo en salir corriendo por la puerta principal.

—Damien... —intentó Livia.

Él negó con la cabeza y se volvió hacia ella.

—No me ocuparé de esto ahora.

—Lo hecho, hecho está.

—¡No si puedo evitarlo! —respondió casi gritando.

Livia arqueó una ceja y esbozó una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿supongo que las cosas no fueron muy bien en Londres?

Livia siempre veía el lado bueno de las cosas. Probablemente por eso la sofisticada y entusiasta pelirroja de brillantes ojos azules seguía trabajando como su publicista.

Damien se encogió de hombros, sin ganas de hablar del asunto.

Livia posó su mano sobre su hombro y preguntó:

—¿Dijo Jacqueline por qué?

—Aparte de que soy un machista grosero y egocéntrico con un talento fascinante y una gran facilidad para retener mi dinero de los pobres... —respondió con sarcasmo.

—Eso es absolutamente ridículo —replicó Livia, frunciendo el ceño.

—Y entonces llego a casa con esta mala noticia, gracias a quienquiera que haya sido —dijo, haciendo un gesto hacia la puerta —. Llama al periodista. —Levantó la maleta y comenzó a subir las escaleras—. Alguien tiene que acabar con esta locura. Cuanto antes, mejor.

La tendencia de Damien a destruir cosas, por indestructibles que parecieran, siempre sorprendía a Nora. Era la misma que le impedía mantener un trabajo estable y tratar con profesionales. Fue esa misma tendencia la que la impulsó a aceptar un trabajo como repartidora de pizzas y cuidadora de casas, solo para poder pagar sus cuentas.

Nora estaba más que agradecida de que el señor Blackwood la echara de su apartamento, pero no previó que llamara a sus jefes para denunciar su insubordinación. Por desgracia para ella, lograron rastrear a Nora hasta ella y, antes de darse cuenta, perdió su trabajo en la empresa de cuidado de casas.

Esa era la razón principal por la que ella estaba allí, frente a un anciano senil que se negaba a aceptar la pizza que había pedido.

—¿La aceptas si pago? —preguntó frustrada. Tras treinta minutos frente al anciano, comenzaba a pensar que ella también estaba senil.

Él negó con la cabeza, con una mirada desafiante.

—Pedí pizza de queso y esta es de pepperoni. Hay una diferencia, ¡y ustedes, jóvenes, deberían escuchar con más atención! —se cruzó de brazos.

Nora quería gritarle en la cara, contarle que la pizza era el menor de sus problemas. Si pudiera darse el lujo de quedarse en casa quejándose como una niña malcriada, no estaría allí rogándole que

aceptara la entrega. Además, no era joven: era una repartidora de pizzas de treinta años, frustrada y a punto de la menopausia. Ni hablar de su vida social, porque eso la deprimía aún más; considerando que pasaba horas sentada frente al ordenador, llorando y comiendo en exceso, estaba segura de que no tenía salvación.

Nora se encogió de hombros. No valía la pena. La vida no merecía tantos problemas y prefería volver a vivir con su madre antes que seguir viviendo una existencia que detestaba por completo.

Con una sonrisa amarga, abrió la pizza y se la estrelló al anciano en la cara.

—Ahí tiene a su repartidor, señor.

Sin esperar ni un segundo más, se dio la vuelta, se quitó la gorra de reparto y la tiró a la basura.

¡Había terminado!

Capítulo 6

El hecho de que, pocos días después de anunciarse la falsa noticia del compromiso de Damien, los medios de comunicación aún no pararan de hablar del tema, preocupaba mucho a Damien. Aunque había conseguido que el periodista se retractara, eso no calmó los rumores. Algunos medios incluso afirmaban que él quería mantener la información en privado.

Incluso ahora, mientras Livia estaba sentada frente a él, con una brillante sonrisa en el rostro, Damien no podía evitar temer que cualquier noticia que ella tuviera involucrara su supuesto compromiso.

—¿Seguirás sonriendo como un niño en Navidad o simplemente me contarás de qué se trata todo esto? —soltó un suspiro frustrado.

—Obviamente, tu compromiso —respondió Livia, con una sonrisa aún más amplia—. ¡Qué demonios! Me llamaron esta mañana y te han invitado a la Semana de la Moda de París...

Damien se quedó con la boca abierta.

—Espera, Damien, esta es la parte que te vas a morir por escuchar —los ojos de Livia brillaron—. Jacqueline llamó... —chilló Livia, emocionada, con las manos entrelazadas.

—¿Por qué? —susurró Damien, sorprendido.

—Ah, algo relacionado con tu compromiso. Escucha, Damien: en solo dos semanas has pasado de ser en parte odiado y casi siempre ignorado a ser el soltero más querido y codiciado de la industria de la moda. ¡Los medios no paran de hablar de esta misteriosa Bella! A todos les parece adorable cómo pasas de ser machista a estar enamorado. —Livia se inclinó hacia adelante—. No me importa lo que tengas que hacer, Damien, ¡pero encuentra a alguien que cuide tu casa y ponle un anillo!

Nora abrió la puerta de un empujón y entró en su apartamento. Había pasado todo el día yendo a entrevistas de trabajo sin ningún progreso.

Sus ojos se posaron en el contestador automático parpadeante y, con un suspiro, presionó el botón para escuchar los mensajes.

—"Nora, no me importa si te sacaste los ojos, necesito mi alquiler para el final de la semana o me aseguraré de echarte" —dijo una voz—.

Nora hizo una mueca al escuchar el mensaje. ¡Así que estaba atrasada con el alquiler, pero al menos lo intentaba!

El siguiente mensaje era de Stacy, luego uno de una agencia de publicidad que intentaba venderle un producto que no le gustaba, y otro de su madre preguntándole por su vida social. ¿Sabía su madre cuántos años tenía y cuánto más rápido corría su reloj biológico?

Agotada, Nora buscó el contestador y decidió dejar el resto de los mensajes para la mañana.

—"Hola, Nora, soy yo, Livia" —se escuchó en el siguiente mensaje.

El dedo de Nora se detuvo en el botón.

—"Llamo para concertar una cita con usted y el señor Blackwood..." —

—¡Dios mío! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. Mi vida no puede estar empeorando más. De verdad que no puedo permitirme una demanda.

—Llámame, Nora. Espero tu respuesta.

Nora se desplomó en el sofá, exhausta. Tal vez, si cerraba los ojos, despertaría en un mundo muy lejano, sin miedo y, definitivamente, sin una demanda que sin duda estaba en marcha.

Capítulo 7

—¡Nora!

Al girarse bruscamente al oír su nombre, Nora cerró los ojos con frustración y miedo al ver a Livia acercándose hacia donde ella estaba, parada en la acera. Murmuró una oración en silencio, deseando que Livia desapareciera.

—Hola.

Con un suspiro, Nora abrió los ojos y encontró a Livia frente a ella, con una sonrisa en el rostro.

Nora forzó una sonrisa.

—Hola —su voz se quebró al hablar.

—Te dejé un mensaje hace una semana y no me respondiste.

—Recibí tu mensaje, Livia —dijo Nora, recorriendo la calle con la mirada, casi esperando que apareciera un abogado con documentos judiciales—. Tengo que irme —añadió, dándose la vuelta.

—¡Espera!

Curiosamente, Livia sonaba desesperada, y esa desesperación en su voz fue suficiente para hacer que Nora se detuviera en seco.

—Necesitamos tu ayuda —admitió Livia. Nora la observó con escepticismo—. ¿Vas a algún sitio?

—Depende —suspiró—. Mira, si piensas demandarme, debo advertirte que no valgo absolutamente nada a estas alturas. Ya perdí mi trabajo como cuidadora de casas y repartidora de pizzas, y estoy a punto de ahogarme. Además, estoy atrasada con el alquiler y evitar a mi casera cada vez es más difícil. De hecho, ahora que lo pienso, la cárcel suena atractiva: comida gratis, alojamiento gratis y, además, he oído que se puede ver televisión de vez en cuando. Con todo...

—¡Guau! —rióLivia, levantando una mano—. No te están demandando, Nora. De hecho, te están ofreciendo trabajo —una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—¿Qué? —Nora aún dudaba, pero estaba completamente agotada.

—¿Te gustaría acompañarnos a almorzar?

Nora no tuvo que pensarlo ni un segundo antes de asentir. ¿Cuándo fue la última vez que había comido de verdad? Ansiosa, siguió a Livia hasta el Mercedes que las esperaba, y que las llevó a un elegante restaurante de cinco estrellas con cubiertos que Nora ni siquiera estaba segura de saber usar.

Livia se disculpó y dejó a Nora sola, bebiendo champán caro. La mirada de Nora recorrió el restaurante mientras permanecía sola. La mayoría de los clientes eran hombres y mujeres de negocios con sus parejas. Todos vestían trajes impecables.

—Lo siento mucho —Livia regresó y se sentó junto a Nora.

Nora se encogió de hombros y llevó la copa a los labios.

—Damien se unirá a nosotras en breve.

Al escuchar el nombre del Sr. Blackwood, el líquido se desvió y, segundos después, Nora se estaba atragantando. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sentía un ardor en los pulmones. No importaba que estuviera armando un escándalo: la sola idea de sentarse en la misma mesa con Damien, con su mirada condescendiente fija en ella, era suficiente para ahogarla.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza, frustrada.

—Respira hondo, Nora.

Unos minutos después, Nora había recuperado el control de la embarazosa situación. Quería decir que no se sentía cómoda con el Sr. Blackwood, pero se mordió la lengua. Livia había mencionado un trabajo, y Nora estaba demasiado desesperada como para preocuparse por quién sería su jefe.

Damien llegó treinta minutos más tarde, vestido con un traje negro impecable. Tenía la mandíbula apretada y la mirada fija en Nora, como si ella fuera culpable de asesinato. Ella se encogió bajo su mirada mientras él se acercaba y se sentaba frente a ella.

No la saludó siquiera antes de hacer su pedido. Una vez que Nora reunió el valor para pedir algo, Damien la enfrentó.

—Supongo que Livia ya te ha informado sobre la situación actual —arqueó una ceja.

¡Que tengas un buen día también, señor elegante! Un simple "hola" no te mataría, ¿verdad?, pensó. Suspiró.

—No.

—Bueno, ya que lograste convencer a todo el mundo de que estamos comprometidos, también podrías interpretar el papel de mi prometida.

Sus palabras la dejaron atónita. ¿Ese payaso arrogante, con la nariz en las nubes y sus trajes caros, creía que solo porque era increíblemente guapo y rico ella querría ser su prometida? Probablemente ni recordaba que ella estaba borracha cuando habló con el reportero.

—Lo siento, no puedo —dijo justo cuando la comida llegaba. Agradecida por la distracción, se puso a comer de inmediato.

—Esto no es una petición, señora —la voz de Damien rebosaba ira.

—Damien...

La mirada de Nora se alzó de golpe al oír el tono furioso de su voz. ¿Iba a obligarla? Vaya, eso sí que era arrogancia nivel olímpico. ¿¡Por quién la tomaba!? ¡Solo porque estaba sin un centavo, sola y hambrienta no le daba derecho a faltarle al respeto!

Levantó la barbilla en señal de desafío.

—Bueno, dije que no.

Los dedos de Damien se cerraron en un puño sobre la mesa. Nora notó cómo le temblaban las manos, como si luchara contra el impulso de romper algo.

—Nora, sé que esta es la petición más ridícula... —empezó Livia.

Nora negó con la cabeza y se metió una cucharada de comida en la boca.

—...pero estamos desesperados, y aunque Damien no se trague su orgullo, resulta que tu falso compromiso significa mucho para

personas importantes que necesitan estar contentas. ¿Te importaría si te ofreciéramos dinero?

El interés de Nora se despertó de inmediato al escuchar la palabra "dinero", pero al ver la expresión de Damien, supo que su enojo venía de su frustración por necesitarla. Una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios al comprenderlo todo. ¡El señor altivo, el señor elegante, con la recepcionista guapa, el apartamento lujoso y un ego del tamaño del planeta, necesitaba a Nora!

Nora se enderezó, decidida a aprovechar la oportunidad.

—He oído tu súplica, Livia, pero el señor Fancy Pants... —lo miró fijamente a los ojos, brillando de furia— ...quien obviamente me necesita, se niega a admitirlo. Personalmente, me gustaría una propuesta de matrimonio del propio Damien. —Arqueó una ceja y le ofreció una sonrisa burlona—. Adelante, Damien, pídeme matrimonio.

Nora ladeó la cabeza y esperó. Las horas parecían pasar mientras sostenía la mirada de Damien.

—¡Ya terminé! —admitió finalmente Damien, poniéndose de pie.

El miedo se apoderó de Nora ante su rechazo. Tal vez debería haber aceptado la oferta en lugar de hacerse la dura... ¡pero Nora necesitaba sentir que tenía el control! Si iba a actuar como la prometida de ese hombre arrogante, necesitaba estar a su altura.

—¡No, no lo eres, Damien! —Livia lo sujetó por la muñeca y se puso de pie.

—¡Suéltame! —amenazó él.

—¡Deja tu orgullo de lado un segundo, idiota! ¡La necesitas! ¡Tu empresa la necesita! ¡Yo la necesito, y que me aspen si te dejo perder esto solo porque te niegas a pedirle matrimonio a una mujer! —gruñó Livia en voz baja.

Nora observó el intercambio y, después de un breve segundo en el que Livia y Damien se enfrentaron con la mirada, fue Livia quien ganó. Damien soltó un fuerte suspiro y se volvió hacia Nora.

—Bien. Sé mi prometida, por favor —apretó los dientes.

Nora, decidida a no desaprovechar esta oportunidad, sonrió con satisfacción.

—¿Fue tan difícil, cariño?

Capitulo 8

De pie en la acera, Nora vio cómo el Mercedes negro que transportaba al Sr. Blackwood y a Livia se alejaba a toda velocidad. No estaba segura de haber tomado la decisión correcta al aceptar ser la prometida falsa de Damien, pero sí estaba segura de que necesitaba el dinero que Livia le había ofrecido. Claro que al Sr. Blackwood no parecía gustarle tener que pagar por los servicios de Nora, pero ella no iba a hacerlo gratis.

Tras dos horas de negociación, se conformó con cien mil dólares. Debería haber insistido en pedir más, pero Damien no cedía y, siendo sincera, lo habría hecho por diez dólares; al menos podría pagar una comida.

Soltando el aliento, se dio la vuelta y entró en su apartamento. Al subir las escaleras, se detuvo al ver sus maletas justo delante de la puerta.

—No... —murmuró, tambaleándose hacia la puerta de su apartamento—. ¡Ay, esa vieja bruja asquerosa! —Dio una fuerte patada a la puerta—. ¡Esperaste a que me fuera del apartamento, ¿verdad?! —gritó—. ¡Esto es ilegal, ¿sabes?! ¡No puedes echarme sin más! ¡¡No!!

Golpeó la puerta con los puños, furiosa. Las cosas no podían estar empeorando, ¿verdad? Y pensar que estaba tan cerca de creer que la maldición se estaba desvaneciendo...

Nora ni siquiera creía tener la capacidad mental para añadir "sin hogar" a su creciente pila de problemas... ¡su creciente pila de problemas!

Mientras tanto...

Damien estaba más que feliz de librarse de Nora. Y aunque sabía que tendría que lidiar con ella durante las próximas dos semanas, estaba contento de poder tener las siguientes horas del día para sí mismo. Dos horas de almuerzo con aquella mujer habladora que

parecía incapaz de callarse resultaron ser más de lo que Damien podía soportar.

Varias veces durante el día pensó en cancelar el trato para que ella actuara como su falsa prometida. Cuanto más lo pensaba, más capaz era de volverlo loco. Sin embargo, no podía simplemente echarse atrás, no ahora. Y aunque odiara admitirlo, su popularidad parecía haber aumentado desde que se anunció su compromiso. Incluso sus diseños en las tiendas empezaban a agotarse.

Así que, en unas semanas —quizá meses— se consolidaría como un gran diseñador, se ganaría la confianza de la gente, conseguiría nuevos clientes, iría a la Semana de la Moda de París y, con suerte, vestiría a la duquesa. La idea le dibujó una sonrisa. Quizá tratar con Nora durante unas semanas era un pequeño precio a pagar para conseguirlo todo.

Cuando se dirigió a su apartamento esa noche, tenía una gran sonrisa en el rostro.

Damien acababa de quitarse la camisa cuando sonó el timbre. Como sabía que no esperaba visitas, entró en su armario y examinó el monitor. Una mujer conocida estaba en la calle, con aspecto nervioso. Aunque Damien no podía verle la cara, sabía exactamente quién era, y eso lo llenó de pavor.

Nora volvió a coger el intercomunicador y frunció el ceño al pulsar el botón.

Tampoco le hacía mucha gracia ir al apartamento de Damien, pero con Stacy fuera y su madre viviendo a kilómetros de distancia, no le quedaba otra opción. Era el Sr. Blackwood o la calle. Y el Sr. Blackwood podía ser horrible, egocéntrico, molesto, increíblemente frustrante...

—¿Qué estás haciendo aquí?

Percibió el tono cortante en la voz de Damien al hablar por el intercomunicador. Obviamente, él tampoco estaba contento con su presencia.

—Yo... eh... —Nora odiaba sentirse intimidada por él, pero por desgracia, tenía ese efecto en ella. Enderezándose, dijo—: Pensé

que sería mejor que viviéramos juntos. —Mintió.

—Bueno, no lo creo.

—¡Espera! Mira, antes de que me des la espalda, te advierto que no me rindo fácilmente. Te molestaré hasta que me dejes entrar.

—Y llamaré a la policía.

—¿Qué le hará eso a tu imagen? Te acusaré de meterme en la cárcel solo por ser rico. Además, ahora soy tu prometida...

Se hizo el silencio.

—Vale. Me echaron de mi apartamento hoy y me vendría bien un sitio donde quedarme —suspiró—. Por favor.

Pasaron unos segundos, y en esos segundos estuvo convencida de que él le había dado la espalda. No tenía ni idea de por qué creía poder razonar con él.

Dándose la vuelta, dio un paso cuando oyó un fuerte zumbido que le permitió entrar.

Recogió su bolso a toda prisa y entró corriendo al edificio antes de que Damien cambiara de opinión. Entró en su apartamento y lo encontró de pie en la sala, con los brazos cruzados y el ceño fruncido en su atractivo rostro. Su figura de un metro ochenta vestía un pijama de aspecto caro y tenía el pelo mojado.

En contra de su buen juicio, Nora se dio cuenta de que se sentía atraída por él. ¡Lo cual era malo! ¡No, era muy malo! Además de que jamás podría conquistar a un hombre tan guapo y exitoso —en serio, ni siquiera creía que existieran hombres guapos y exitosos—, él también era grosero, arrogante, y una larga lista de cosas desagradables. Además, estaba el hecho de que él jamás, ni en un millón de años, la encontraría atractiva. ¡Ni siquiera ella se encontraba atractiva!

Lo bueno fue que detectó pronto esta maldita atracción por Damien, lo que le dio la oportunidad de cortarla de raíz. Claro, tendría que hacerlo después, porque ahora mismo él la estaba fulminando con la mirada.

Después de unos minutos de mirarla como si fuera su mayor error, Damien finalmente habló.

—La regla sigue igual, y esta vez, si la rompes, podría hacer que te arresten —empezó, mirándola con condescendencia—. Mañana a primera hora le pediré a mi asistente que te revise los edificios de apartamentos.

Dándose la vuelta, comenzó a subir las escaleras.

—¡Espera! —gritó Nora, deteniéndolo—. No puedo permitirme un apartamento —admitió a regañadientes.

El Sr. Blackwood se giró y la miró. Esta vez, sus ojos parecían burlarse de ella.

—Por supuesto que no —dijo.

Y aunque no pronunció otra palabra antes de darse la vuelta y subir las escaleras, ella captó la mirada en sus ojos justo antes de que se girara: la de una mujer adulta y patética que no podía permitirse su propio apartamento y que, según él, debería avergonzarse de sí misma.

Capítulo 9

En algún lugar lejano de su mente, Nora escuchó que alguien la llamaba, pero no estaba dispuesta a responder. Se giró hacia un lado y se acurrucó contra algo que asumió era su almohada.

—¿Nora? —insistió alguien, tirando de su brazo.

Quienquiera que fuera, era irritantemente persistente. Con un fuerte gemido, Nora abrió los ojos a regañadientes, recibiendo de lleno un rayo de sol penetrante. Se giró de nuevo y volvió a cerrarlos, frustrada. Fuera cual fuera la razón por la que la habían despertado, más valía que fuera buena. ¿Y cómo demonios había entrado alguien en su apartamento?

Se quedó paralizada. ¿Un ladrón? Imposible. Un ladrón habría robado y huido. Además, no había nada que robar. ¿La estaban secuestrando? ¿La tenían como rehén? Su mente somnolienta imaginó todos los escenarios criminales posibles en menos de un minuto.

—Hola.

Oyó una voz femenina y frunció el ceño. No se parecía en nada a Stacy, así que... ¿quién era? Decidió que lo mejor era abrir los ojos y enfrentar a su supuesto agresor. Entreabrió los párpados y giró la cabeza hacia el origen de la voz.

—Damien me dijo que se mudaron juntos, lo cual es genial si quieren convencer al público de que realmente están saliendo —dijo Livia.

¿Damien? ¿Saliendo?

Con un suspiro, por fin recordó quién era la pelirroja: Livia. Y lo peor, recordó también dónde estaba: en el apartamento de Damien. Conteniendo las ganas de gemir de frustración, miró fijamente a Livia.

—Bueno, intenté contactarte anoche y, como no pude, llamé a Damien. Él me informó que estabas aquí. ¡Excelente elección! Me alegra ver cuánto están trabajando juntos...

Nora frunció el ceño. Por más que lo intentara, no lograba procesar las palabras de Livia. Y cuando finalmente las comprendió, no podía creer que la hubiera despertado solo para felicitarla por haberse "mudado" con Damien. ¿Sabía Livia que Nora no tenía otra opción? Parecía imposible que Damien hubiera dejado pasar la oportunidad de contarle a alguien lo patética que era por no poder pagar un apartamento.

—Livia —forzó una sonrisa, o algo parecido a una sonrisa, considerando su estado mental—. Necesito que vayas al grano para poder volver al mundo de los sueños. Para que lo sepas, soy la Reina, y no puedo permitir que mis súbditos se pregunten adónde fui porque tú decidiste despertarme en medio de una decapitación real...

Se tapó la cabeza con las sábanas y cerró los ojos.

—Oh, mmm... Bueno, la decapitación tendrá que esperar porque la calificación de Damien acaba de subir. Además, esta noche hay un desfile de moda de un diseñador —empezó Livia, quitándole las sábanas mientras hablaba.

Nora intentó agarrarlas de nuevo, pero Livia era más fuerte o, al menos, estaba mucho menos aturdida por el sueño.

—Alli las invitó a ambas. Eso significa que…

Livia, con una fuerza sorprendente, la sacó de la cama y le sostuvo ambas manos con una sonrisa radiante.

—Tengo que comprarte un vestido, mandarlo a ajustar, y luego viene el peinado y el maquillaje. ¡Estarás guapísima!

—Advertencia justa: ser hermosa nunca me ha sucedido y probablemente nunca me sucederá —murmuró Nora.

—¿Qué? ¡Estás guapísima! —respondió Livia con total convicción.

Por un segundo, Nora casi se lo creyó. Pero luego recordó que Livia era publicista, entrenada para mentir con gracia. Podía convencer a un avestruz de que podía volar. Así que, suspirando y poniendo los ojos en blanco, decidió no discutir más y se dejó arrastrar.

Mientras tanto...

Damien examinaba el último trozo de tela. Sus ojos se posaron brevemente en el boceto, evaluando si la tela sería capaz de dar vida al diseño deseado.

Podía sentir las miradas de sus empleados clavadas en él mientras examinaba el material, esperando ansiosos su aprobación. Estaban visiblemente cansados tras cinco horas sentados en la misma sala, repasando el mismo diseño. Pero estos eran los diseños para la Semana de la Moda de París, su última oportunidad para ser reconocido a nivel mundial. No le importaba si los jóvenes a su alrededor lo consideraban loco o egocéntrico: todo debía ser perfecto.

Suspiró y levantó la vista.

—No.

Un fuerte murmullo recorrió la sala.

—Nadie se va hasta que terminemos esto. No me importa si tenemos que quedarnos toda la semana...

Sus palabras se desvanecieron cuando vio a Livia y a quien parecía ser Nora acercándose a la sala de conferencias.

Con el ceño fruncido, se puso de pie y se dirigió rápidamente a la puerta, justo a tiempo para evitar que entraran.

En efecto, era Nora. Estaba vestida con uno de sus diseños: un largo vestido rojo que se ajustaba perfectamente a su figura. Su cabello rubio le caía en rizos sobre los hombros y llevaba maquillaje. No lo admitiría en voz alta, pero estaba guapísima.

Frunció el ceño y arqueó una ceja.

—¿Qué está pasando?

—Estás a punto de llegar tarde al desfile de Alli, eso es lo que pasa. ¿Y por qué no estás vestido? —lo reprendió Livia.

Se había olvidado por completo del evento.

—No puedo ir —dijo.

—¡¿Qué?! —gritó Livia.

—Que Nora me represente. Mira, esto es importante para París...

—Soy tu publicista, y yo decido qué es importante. ¡Y ahora mismo Alli lo es! No puedes echarte atrás así como así. Además, es tu oportunidad de presentar a Nora a los medios como Bella, tu prometida.

—Livia...

Ella negó con la cabeza antes de que él pudiera seguir hablando. Con solo verla, Damien supo que no valía la pena discutir.

Con un suspiro, abrió la puerta de la sala de conferencias.

—Todos pueden irse a casa esta noche.

Sus empleados no esperaron a que terminara la frase. Salieron apresurados, con la emoción reflejada en sus rostros.

—Vístete —ordenó Livia, frunciendo el ceño—. Nora estará abajo, esperando en la limusina.

Damien no pudo evitar fruncir el ceño mientras observaba a las dos mujeres alejarse. Todo en su interior le decía que era una mala idea. Nora era un desastre a punto de suceder.

Capítulo 10

Cuanto más escuchaba Nora a su madre por teléfono, más convencida estaba de que había cometido un terrible error al llamarla. Pero ¿qué opción le quedaba? Una noche con Damien y su imagen aparecía en todas las revistas, periódicos y canales de entretenimiento. Nora sabía que, si no la hubiese llamado, su madre estaría tomando el primer vuelo a Nueva York, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Nora soltó un suspiro de frustración y se apoyó pesadamente en el mostrador de la cocina.

—Es complicado —gimió por enésima vez.

—No, no lo es, Nora. ¡Es típico de ti! ¡Comprometerte sin decírmelo! ¿Sabes lo humillante que fue salir hoy y enterarme por otra persona?

—No... —Nora puso los ojos en blanco.

—¡Claro que no! ¿Y por qué te llaman Bella? ¿Quién es Bella, Nora? ¿Sabes qué? Debería estar furiosa contigo, pero no lo estoy...

—Cuéntamelo...

—Me alegra que por fin hayas convencido a un hombre para que se establezca contigo. ¿A quién le importa si no sabe tu verdadero nombre? Además, he oído que es rico, ¡así que qué bien que lo hagas! Estoy muy orgullosa de ti, Nora. Tomaré el primer vuelo a Nueva York...

—¡No! —gritó Nora, nerviosa—. No hace falta, mamá.

—¿Por qué no? Creo que es importante que ambos planeen la boda inmediatamente, antes de que él te conozca mejor y cambie de opinión. No puedo permitir que eso pase, Nora. La vergüenza me volvería loca. Todo el país ya sabe de tu compromiso, ¿y qué pensará la gente si hay una ruptura pública? No estás rejuveneciendo, Nora. Si va a dejarte, que sea por divorcio... ¡y que al menos ganes algo de dinero!

Qué típico de su madre pensar solo en el dinero. Nora se habría molestado, pero lamentablemente ya se había acostumbrado.

—¡Todavía no estamos planeando la boda, mamá! ¡Quédate donde estás! —Nora apretó los dientes para no maldecir—. Te llamaré cuando pueda...

—¡Espera!

—¡Adiós! —dijo ella, colgando el teléfono de golpe.

—¿Mala mañana?

Nora dio un salto, sobresaltada por la voz inesperada a sus espaldas. Realmente necesitaba acostumbrarse a que ya no vivía sola.

—Puedes repetirlo —gruñó, volviéndose hacia Damien. Su mirada se posó en una versión completamente distinta de él: vestía un pijama blanco con negro y tenía el pelo revuelto. Parecía recién salido de la cama y era tan endiabladamente guapo que solo quería quedarse allí mirándolo.

—¿Ya viste las noticias? Nuestra relación está en todas partes. La gente está loca, pero a mí me da igual —continuó, acercándose a la cafetera para prepararse una bebida—, siempre y cuando compren mis diseños.

—Y mientras me paguen... —suspiró Nora, apartando la vista de él y fijándola en la mesa—. Un pequeño aviso: mi madre acaba de amenazar con venir. Si ves a una mujer con el pelo teñido de negro y reflejos azules, corre en dirección contraria.

Damienrió entre dientes, sorprendiéndola. Ella se giró hacia él y arqueó una ceja.

—¿Tan malo?

—¿Quién? ¿Mi mamá? Peor aún, Sr. Blackwood. Peor aún. Es una mujer que abre cuentas en páginas de citas usando mi foto, me agenda citas y me llama cada semana para convencerme de asistir. ¡El último que me obligó a conocer resultó ser un psicópata, literalmente!

Damien sirvió dos tazas de café y le entregó una antes de sentarse a su lado.

—¿Sabe qué es lo que más me asusta de estar soltera, señor Blackwood? —arqueó una ceja.

—Dímelo, por favor —sonrió él, antes de tomar un sorbo de café.

—¡Tener que volver a vivir con mi madre! No me da miedo la soledad, me da miedo la compañía. Seré una solterona de cincuenta años con una madre de sesenta y siete, y estaré atrapada con ella. El suicidio suena más atractivo —suspiró, antes de tomar un largo trago de café.

Damien echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Adelante, a todos les hace gracia mi dilema —puso los ojos en blanco y bebió el resto de su taza—. Ríase ahora, señor Blackwood, pero pronto mi madre también se convertirá en su problema. Claro que no nos vamos a casar, pero probablemente lo perseguirá por haber abandonado a su hija.

Damien abrió la boca para hablar, pero algo sonó en su bolsillo. Sacó su celular, se puso de pie y se disculpó al salir de la habitación.

Nora suspiró, fijando su mirada en el líquido negro que giraba en su taza mientras recordaba el desfile de la noche anterior. Había estado nerviosa, y agradecía que Damien se hubiera quedado a su lado. No hablaba mucho y evitaba a los camarógrafos, pero aun así su "relación" se volvió el tema principal en todos los medios. En una sola noche, Nora se volvió famosa. Se suponía que eso era algo bueno… si tan solo no tuviera que lidiar con una madre tan agobiante.

—Hola, Nora.

Se puso de pie al oír la familiar voz femenina detrás de ella.

—Livia... —Apenas había pronunciado su nombre cuando Livia la envolvió en un fuerte abrazo.

—¡Te daría un trofeo, pero no tengo ninguno! —chilló mientras la soltaba.

—Bueno, si merezco uno, entonces insisto —dijo Nora, cruzándose de brazos.

—Todos los medios están llamando; quieren una entrevista contigo y con Damien —dijo Livia, y la mirada de Nora se posó de inmediato en Damien—. No hay nada de qué preocuparse, créeme, Nora.

—¿No? Casi muero anoche en una habitación llena de gente guapísima. ¿Quién sabe qué pasará cuando me enfoquen solo a mí? —Nora sintió que el pánico le recorría el cuerpo.

—Todo va a estar bien —aseguró Livia.

—¿Y si me hacen preguntas muy íntimas y, como no sé nada del señor Blackwood aquí...?

—La entrevista es en dos días.

—¿¡Qué!?

—Podrán pasar los próximos dos días conociéndose.

—Tengo que trabajar, Livia. Podemos escribir un guion y leerlo ambos. Contendrá posibles preguntas sobre nuestra relación: cómo nos conocimos, cosas así. Todavía tengo que elegir las telas para los diseños, y ni siquiera estoy seguro de que me gusten los que ya tengo —dijo Damien.

—¡Qué ridículo! Puedes tomarte dos días libres, Damien. Esos diseños pueden esperar. Además, si realmente vas a presentar algo en la Semana de la Moda de París, ambos sabemos que ya tienes diseños increíbles...

—¡No! —gruñó Damien, deteniendo el flujo de las palabras de Livia.

—Un entrevistador puede ser impredecible, especialmente si intenta presentar su relación como falsa.

—Y lo es —insistió Damien—. Que piensen lo que quieran, Livia.

—Lamentablemente, no puedo permitir que eso suceda.

—¿Hola? —Nora saludó a los dos, que parecían decir más con la mirada que con las palabras—. ¿Tengo algo que decir en esto?

Livia se volvió hacia Nora con una leve sonrisa.

—Damien se dedicará a conocerte...

—Livia...

Livia levantó un dedo, haciéndolo callar.

—Y tú, Nora, también te pasarás el tiempo conociéndolo. Nadie tiene voz ni voto, excepto yo.

Livia caminó hacia la puerta, agarró su abrigo, salió y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Siempre es tan mandona? —preguntó Nora, frunciendo el ceño al volverse hacia Damien.

—Está peor —murmuró él, con la mirada fija en la puerta cerrada.

Capítulo 11

Nora observaba a Damien mientras trabajaba, sentado tras su escritorio, con la cabeza hundida en una enorme pila de papeles. Las instrucciones de Livia de no ir a trabajar habían caído en oídos sordos para Damien, pues en cuanto ella salió por la puerta, él se dirigió directamente a su oficina. Sin otra opción, Nora tuvo que acompañarlo; una decisión de la que empezaba a arrepentirse, pues ahora se encontraba atrapada en una habitación llena de fotos de mujeres hermosas que cubrían las paredes, y con un hombre que llevaba una eternidad contemplando esa pila de documentos. ¿Respiraba siquiera Damien?

Suspiró y se acercó a él, sentándose.

—Bueno, ¿qué tal si repasamos algunas preguntas que podrían hacer durante la entrevista?

—Ahora no, Nora —murmuró él, con profundas líneas de preocupación surcando su frente mientras observaba los papeles frente a él.

—Livia dice que es importante que aprendamos algunas cosas el uno del otro. Cosas como... ¿cuál es tu color favorito?

—A ningún entrevistador le importan tonterías como los colores —respondió, sin despegar la mirada del escritorio.

—Quizás no, pero cuando se trata de un diseñador al que estás entrevistando...

—¡Mira, esto es muy importante! —la interrumpió, frustrado—. Estoy empezando a ver cosas en estos diseños que detesto por completo, y estoy seguro de que los críticos no dudarán en señalarlas —levantó brevemente la mirada hacia Nora antes de volver a bajarla —. Necesito que guardes silencio para poder pensar.

Nora puso los ojos en blanco y movió los labios al ritmo de sus palabras, burlándose del hombre estoico que tenía delante. Abstenerse de decir algo desagradable resultaba una tarea difícil.

—¿Puedo ayudarte en algo con tus diseños? —preguntó, intentando sonar cortés.

Damien alzó la mirada de golpe, observándola brevemente.

—Sí —se encogió de hombros—. Silencio. Que te quedaras callada y no hicieras ningún ruido sería perfecto.

Nora se puso de pie y rodeó la mesa, ignorando su actitud agria. Miró por encima de su hombro, y sus ojos se posaron en unos dibujos a lápiz de mujeres vestidas con lo que supuso eran diseños suyos.

—¿Por qué son todos vestidos? —frunció el ceño, recorriendo con la mirada cada diseño.

Damien dejó escapar un suspiro cansado, pero no se volvió hacia ella.

—Es la idea central de la colección.

—Me parece racista —comentó Nora, encogiéndose de hombros.

Damien giró su silla para mirarla.

—¿Racista? —arqueó una ceja, confundido.

—Quiero decir, solo los ricos podrían permitirse esos diseños. Son prendas elegantes, del tipo que uno usa una vez en la vida —explicó —. Porque Dios no quiera que repitas la misma prenda, y con la sedienta sangre de los reporteros, es imposible repetir un atuendo sin que te destrocen.

—¿Y eso es racista? —Damien la observaba como un niño curioso frente a su proyecto de ciencias. A Nora no le encantaba sentirse como una rana disecada, pero al menos él le prestaba atención.

—Aunque parezca increíble, nosotros, la clase media —y básicamente los pobres de Nueva York—, probablemente no podamos permitirnos esto. Da igual si la persona es negra, blanca, hispana, india... nos une la economía. —Rodeó el escritorio y se sentó en el asiento que él había dejado libre—. ¡Eso lo convierte, Sr. Blackwood, en racista! Considerando la economía, probablemente venderías una o dos piezas de cada diseño. Además, con el tiempo que dedicas a diseñarlas, no merece la pena si no ves a una ama de

casa promedio, a una pobre niña huérfana o a una solterona sin esperanzas de matrimonio luciendo algo que la haga sentir guapa y la distraiga de las arcadas de vez en cuando.

Damien la miró fijamente durante unos segundos.

—Probablemente negaré haber dicho esto si alguien me pregunta, pero... —respiró hondo— ¿Qué sugieres, Nora?

Una sonrisa se instaló en el rostro de Nora.

Damien estaba sentado en la banca del parque, con un helado en la mano y el ceño fruncido. Nora, de alguna manera, había logrado convencerlo de salir de la oficina, sentarse en un banco del parque y buscar inspiración entre los campesinos urbanos desconocidos que pasaban por ahí.

Con cada segundo que transcurría, Damien sentía que perdía un año de trabajo por estar sentado allí sin hacer nada. Treinta minutos en un banco del parque ya eran demasiado para él. Cansado, se giró hacia Nora, quien se suponía que debía estar sentada a su lado, pero no estaba.

—¿Nora?

Su mirada recorrió los alrededores hasta que finalmente la vio: estaba arrodillada en el arenero, ayudando a una niña negra que aparentemente se había caído.

Damien, sin intención de involucrarse en el drama, observó cómo se desarrollaba la escena. Nora limpiaba la arena de los vaqueros y del cabello trenzado de la niña. Por un instante, su mirada se posó en los pantalones color arena de Nora, luego subió lentamente por su cuerpo hasta su cabello.

Sacando su bloc de notas del bolso, comenzó a esbozar la imagen que se formaba en su mente tan rápido como le era posible.

—¿Damien? Oye, ¿viste...?

—Shhhh... —se llevó un dedo a los labios, deteniendo el flujo de palabras de Nora.

Ella jadeó, corrió a sentarse a su lado en el banco y, en un susurro, dijo:

—Esto se ve muy bien.

Damien tuvo que sonreír ante su intento de silencio. A Nora le era simplemente imposible callarse, pero no podía quejarse. Después de todo, esta rubia sería la única responsable de su nueva colección para la Semana de la Moda de París.

Capítulo 12

Damien necesitó toda la noche, incontables tazas de café y una intensa lluvia de ideas para finalmente completar su colección. Nora estuvo sentada a su lado en el sofá todo el tiempo, observando y aportando ideas sorprendentemente geniales. Para cuando el sol empezó a asomar entre las nubes, anunciando un nuevo día, Damien tenía en sus manos una colección completamente nueva.

De pie frente a una sala llena de gente con la que trabajaba, Damien tomó los bocetos de sus nuevos diseños y los pasó alrededor de la mesa.

—Trenzas —anunció Damien, observando atentamente los rostros de su personal mientras esperaba su reacción—. La idea de esta colección surgió de una niña con trenzas.

Encendió la presentación y apareció un boceto de su primer diseño.

—Aquí hay un vestido con espalda escotada y mangas cortas trenzadas, que van desde el escote hasta la espalda, en lo que parecen dos coletas colgando de los hombros.

Pasando a la siguiente diapositiva:

—Este es un pantalón vaquero sencillo, con partículas de arena que manchan la zona de las rodillas y llegan hasta los tobillos. Me gusta mucho la idea de que la gente lo use y sienta que puede ser divertido, quizás un poco sucio, pero impresionante.

Mostró la siguiente diapositiva, con su atuendo favorito. Le gustaba especialmente porque fue idea de Nora... o, al menos, se le había ocurrido gracias a ella.

—Aquí hay un vestido que combina todas las telas posibles: encaje, mezclilla, estampados africanos, flores, satén... Me gusta que estas telas, aunque diferentes, estén entrelazadas en una sola.

—También tenemos camisetas trenzadas con hermosos colores. El siguiente y último diseño es este vestido estilo Cenicienta. Pero me gusta la idea del barro en la parte inferior, que mancha el dobladillo del vestido blanco. Es blanco brillante, pero con barro que, como

pueden ver, parece arte puro. Además, este barro en particular... brilla.

Damien se giró brevemente para observar a sus empleados, quienes ahora sonreían; una sonrisa que reflejaba sus propios sentimientos. Nunca se había sentido tan orgulloso de sí mismo.

—Por fin, las modelos —dijo con una amplia sonrisa—. Nora sugirió gente común. Poner a una ama de casa típica con un vestido de gala estilo Cenicienta y darle la oportunidad de desfilar por la pasarela en París. Poner a una niña negra con vaqueros embarrados. Poner a una india con un vestido trenzado. Esta colección incorporará gente común con vidas comunes y de los siete continentes del mundo.

Cuando Damien terminó de explicar su colección, toda la sala estalló en aplausos. Hizo un gran trabajo… No. Negó con la cabeza. **Nora** hizo un gran trabajo. Fue prácticamente idea suya, y no lo habrían invitado a París si Nora no hubiera hecho el falso anuncio de su compromiso.

Damien, al salir de la sala de conferencias esa mañana, supo que le debía algo a Nora.

**

Nora se inclinó hacia adelante, apoyando la cabeza en el escritorio de Damien; estaba aburrida. Tras haber dormido casi nada en toda la noche y haber pasado toda la mañana encerrada en la oficina de Damien mientras él informaba a su personal sobre la nueva colección, simplemente estaba aburrida.

Cansada de mirar a gente guapísima e impecable en la revista que estaba sobre el escritorio de Damien, abrió el cajón, desesperada por encontrar algo menos deprimente que mirar.

Hurgar en el cajón de Damien fue inútil, pues no contenía nada que llamara su atención. Estaba a punto de cerrarlo cuando su mirada se posó en un papel. Con el ceño fruncido y la curiosidad desbordándose, lo sacó... y jadeó.

Nora vio el boceto de un vestido de novia. Un vestido de novia deslumbrante, por el que estaba segura de que podría vender todas sus pertenencias, incluso sabiendo que probablemente moriría

soltera. Era el tipo de vestido que las mujeres sacaban cada fin de semana para probárselo, solo para sentirse bien consigo mismas.

—¿Nora?

Ella jadeó, apartó la vista del diseño y se encontró cara a cara con Damien.

—¿Qué estás haciendo? —Una pequeña mueca arrugó su rostro.

—Rebuscando entre tus cosas —admitió, mostrando el diseño—. Esto es precioso, Damien. ¿Sabes? No puedo creer que nos hayas hecho perder el sueño solo para crear toda esa colección cuando tienes algo mucho mejor en tu cajón.

—Devuelve eso, Nora —dijo Damien con enojo.

—Bueno, todavía no he terminado de mirarte...

—¡Ahora mismo! —gruñó Damien.

Nora frunció el ceño, mirándolo fijamente. ¿Qué le pasaba? Abrió la boca para hablar, pero la cerró, decidida a no presionarlo. Acababa de conocer a Damien, y no le convenía enfadarlo si quería irse de su vida con su dinero.

Abrió el cajón, volvió a colocar el papel dentro y lo cerró.

Damien caminó hacia donde ella estaba sentada, permaneciendo sobre ella hasta que dejó su asiento.

—Todavía tenemos que preparar una entrevista y aún no sé nada de ti... ah, espera, sí. Sé que los grandes diseños te molestan —dijo Nora, acomodándose en otro asiento.

—¿Lo dejarás, Nora? —Damien suspiró.

—Probablemente no. Pero lo haré, por ahora. Así que, imaginemos que soy un entrevistador.

—No...

—DamienBlackwood, ¿qué dirías que fue lo primero que te atrajo de Nora? —dijo Nora, radiante.

—Te diré qué es lo que más me molesta de... Bella —Damien levantó una ceja.

—Ya llegaremos a eso, Damien. Así que supongo que piensas saltarte esa pregunta en particular...

—Mi intención es saltarme toda la entrevista.

—Livia dice que es importante —dijo Nora, con un tono de desesperación en sus propios oídos.

Damien se encogió de hombros.

—No puedo salir de la oficina hoy. Tengo que trabajar en estos diseños, elegir las telas adecuadas. Hacer un montón de llamadas. Si nos presentamos a la entrevista, será demasiado obvio que no sabemos nada el uno del otro. La gente sospechará algo ilícito, y podría prescindir de la mala prensa.

—¿Tienes algo de humor, Damien? ¿O eres de plástico de pies a cabeza? —Nora se inclinó hacia adelante—. Haré un trato contigo...

—No me interesa...

—No te molestaré en todo el día, así podrás concentrarte en el trabajo.

Los ojos de Damien se iluminaron con su anuncio, pero se apagaron rápidamente cuando Nora levantó un dedo y negó con la cabeza.

—Pero te tengo por esta noche. Podré tener una conversación agradable contigo... y podría cocinar mi famosa lasaña. Es lo único que se me da bien, la verdad.

Los ojos de Damien estaban fijos en Nora, tal vez contemplando su propuesta.

—O podría quedarme aquí contigo, molestándote, siguiéndote y, en general, siendo insoportable...

—¡Está bien! —cedió Damien.

—Bien —dijo Nora con una amplia sonrisa, y se puso de pie—. Nos vemos a las ocho esta noche. Intenta no llegar tarde, Damien.

Le dedicó una última sonrisa antes de darse la vuelta y salir, pavoneándose por la puerta.

Capitulo 13

Nora se desató el delantal de la cintura y se lo quitó del cuello. Contempló la lasaña —simplemente perfecta— y no pudo evitar sonreír. La lasaña era lo único en la vida de Nora que siempre salía bien, y por eso, no podía evitar sentirse feliz.

Mirando el reloj, se dio cuenta de que tenía aproximadamente una hora antes de que Damien entrara por esas puertas, así que entró en acción: puso la mesa, se dio una ducha y se colocó un vestido floreado muy cómodo.

Con veinte minutos extra de sobra, ya estaba en el gran sofá blanco de la sala de estar, escribiendo preguntas para hacerle a Damien.

Mordía la punta de su bolígrafo mientras pensaba qué preguntar: color favorito, el mejor lugar para relajarse, quiénes eran sus amigos...

Al principio, quería hacerle preguntas para la entrevista de mañana, pero cuanto más pensaba en qué preguntarle, más se daba cuenta de que realmente quería conocerlo por sí misma, y no solo para una tonta entrevista.

Damien llegó a las nueve menos treinta esa noche, exactamente treinta minutos tarde.

Nora le dedicó un gesto de desaprobación y él negó con la cabeza, en señal de disculpa.

Una vez resuelto el asunto, se pusieron a comer lasaña en silencio.

Una hora después, ambos estaban sentados en el sofá, con copas de vino en la mano.

Damien se había mostrado completamente reacio, pero Nora no iba a dejarlo escapar tan fácilmente; después de todo, él se lo había prometido.

A los pocos minutos de la entrevista amateur de Nora y un par de copas de vino, ella se encontró riendo a carcajadas con todo lo que Damien decía.

Si eso no era prueba suficiente de que estaba borracha —considerando que Damien nunca podría considerarse gracioso—, entonces no sabía qué lo era.

¿Acaso él seguía hablando? Se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos; de repente, su imagen se desdibujó ante ella.

—Creo que ya has bebido suficiente, Nora. A juzgar por tu risa, me voy a dormir —dijo Damien, poniéndose de pie.

—¿Espera, qué? —extendió la mano, lo tomó de la muñeca y lo atrajo hacia sí—. No estoy borracha —parpadeó.

—Sí lo estás.

—¿Estás molesto, señor gruñón? —Se rió un poco más fuerte—. Mmm, lo sabía. Los pantalones que llevas esta noche son los de gruñón. Contrastan mucho con tus pantalones elegantes.

—¡Está bien, eso es todo! —Damien la ayudó a ponerse de pie.

Influenciada por ese repentino movimiento, la visión de Nora se arremolinó ante sus ojos y, de pronto, sus pies no pudieron sostener su peso.

Se preparó para una gran caída —la gran caída de HumptyDumpty —, y estaba segura de que ni todo el atractivo de Damien sería capaz de recomponerla.

Cerró los ojos de inmediato, anticipando el impacto, pero para su asombro, algo la sostuvo firmemente del brazo, estabilizándola y empujándola contra algo sólido.

Abriendo los ojos, uno a uno, Nora se encontró presionada contra el firme pecho de Damien.

Y era firme, sin duda.

Claro que ya se había fijado antes en lo bien formado que estaba, pero ahora, al tocar esos músculos definidos, era otra historia.

Levantó la vista y sus ojos se posaron en sus labios perfectos, que parecían suplicarle un beso.

Claro que debería haber sabido que era el alcohol quien hablaba, pero Nora se sintió tentada a ceder a esa sabiduría embriagada.

Con un encogimiento de hombros, maldijo las consecuencias… y se inclinó para besar.

Damien sabía que Nora estaba borracha, y al verla inclinarse para besarlo, supo que debía detenerla.

Sin embargo, se quedó allí parado como un idiota, observando cómo sus labios finalmente se posaban sobre los suyos.

Instintivamente, Damien abrió los labios para recibir los de Nora y, segundos después, sus bocas se unieron con los ojos cerrados y los brazos de él rodeando su cintura.

Los besos de Nora eran suaves, dejando pequeñas ondas de choque sobre sus labios que, desde allí, se expandían por todo su cuerpo.

Sabía que ella estaba borracha y probablemente no tenía conciencia de lo que hacía, pero no pudo apartarse.

—Mmm... —Nora se separó después de unos segundos, para decepción de Damien.

Él la observó mientras ella chasqueaba los labios—. Buenas noches, Damien —dijo antes de caer sobre él, rendida al cansancio.

Damien la cargó en brazos, cruzó la habitación y subió las escaleras.

Empujó la puerta de su habitación y la depositó con cuidado en la cama.

Una vez que Nora estuvo cómodamente acostada, Damien intentó enderezarse, pero las manos de ella se alzaron de inmediato, rodeándole el rostro.

—Ese fue un buen beso, querida Bestia... deberíamos repetirlo —dijo arrastrando las palabras.

Damien soltó sus manos suavemente, se enderezó y se dirigió a la puerta, negándose a admitir que, al igual que Nora, él también quería volver a hacerlo.

Capítulo 14

Damien bajó las escaleras, buscando inconscientemente con la mirada alguna señal de Nora por la habitación. Apenas había podido dormir la noche anterior, incapaz de apartar de su mente el beso que habían compartido.

Al amanecer, se levantó temprano, con ganas de empezar el día, aunque solo fuera para olvidarse de ese momento.

Tomó el último escalón y giró a la derecha, dirigiéndose a la cocina, donde esperaba comenzar la mañana con una taza de café.

Nora estaba allí, de espaldas a él, vestida con una bata azul y con el pelo recogido en un moño despeinado. Damien se detuvo justo en la entrada al verla, reflexionando sobre sus pequeños rasgos.

Aparte de que Nora era extremadamente hiperactiva y le recordaba demasiado a una niña de diez años, también era bonita. Torpe y rara, pero bonita.

Probablemente sintiendo su presencia, Nora se giró lentamente. Al verlo, se agarró el pecho con lo que él describiría como una dramática expresión de sorpresa y se giró bruscamente.

Por lo que parecía, también recordaba el beso.

Damien no pudo evitar sonreír al observarla. Esperaba que Nora no recordara su beso, pues estaba borracha cuando ocurrió, pero así fue. Quizás también le causó impresión.

Observó cómo sus hombros se tensaban antes de darse la vuelta lentamente, a regañadientes, con una mirada de derrota en los ojos.

—Yo... mira... umm... —tartamudeó.

Él arqueó una ceja al ver el rubor que se extendía por sus mejillas; ella estaba avergonzada.

Decidió burlarse un poco de ella:

—¿Cuál parece ser el problema, Nora? —preguntó, poniéndose su máscara de magnate mientras la examinaba.

Nora suspiró.

—Mira, Damien, siento mucho lo del beso de anoche —por fin logró articular un chillido—. ¿Podemos fingir que no pasó? No volverá a pasar.

Damien cruzó los brazos y la observó.

Parecía a punto de morir ante su mirada, y su vergüenza le pareció bastante divertida.

Se acercó a ella, se detuvo frente a su rostro y la observó con atención.

Le pareció que no respiraba y que su cuerpo temblaba.

Inclinándose hasta quedar a centímetros de su rostro, le acarició suavemente la mejilla con los dedos.

Con una sonrisa que se dibujaba en su rostro, avanzó lentamente hasta que sus labios quedaron a centímetros de los suyos.

Nora parecía congelada.

—¿Y si quiero que vuelva a suceder, Nora? —susurró contra sus labios.

Ella se quedó allí, con los párpados abiertos.

A Damien le encantó la expresión atormentada en su rostro.

Esperó unos segundos, lo suficiente para que ella estuviera a punto de morir de vergüenza.

Luego, se recostó, incapaz de contener la risa.

—¿Qué? —preguntó Nora, indignada.

Damien se rió un poco más y se giró para encontrarla mirándolo fijamente, con los brazos cruzados.

—Es solo un beso, Nora. Seguro que ambos podemos vivir con el recuerdo. No hay por qué avergonzarse —dijo, finalmente capaz de hablar pese a la risa—. Por cierto, ¡deberías haber visto tu cara! ¡No tiene precio!

—Me alegra que todo esto te parezca tan entretenido, Damien —se burló, girándose para salir de la habitación.

Avergonzada, Nora prácticamente salió de la cocina esa mañana.

¡Qué ego tenía ese hombre!

Por un instante, Nora esperó un segundo beso de Damien mientras él se inclinaba hacia sus labios.

Cuando sus dedos recorrieron el contorno de su rostro, habría jurado que sintió una descarga eléctrica en la piel.

Pero tras avivar sus esperanzas… ¡él se apartó!

¡Y pensar que le pareció todo gracioso!

—¿Nora? ¡Espera! —gritó Damien, alcanzándola a mitad de la escalera y agarrándola de la muñeca.

Ella se volvió hacia él y le dirigió una mirada amarga.

—No debería haberte molestado así —admitió de mala gana.

—Y no debería haberte besado, pero la culpa de mi error recae únicamente en el vino que bebí. ¿A qué se debe tu infantilismo, Damien? —espetó.

—Está bien —levantó ambas manos y se dio la vuelta, bajando las escaleras.

Nora se quedó allí, observando cómo se alejaba.

—¡No te alejes de mí cuando estoy gritando! —le gritó Damien, quien ni siquiera se detuvo a reconocerla antes de doblar la esquina y desaparecer.

Soltando un suspiro de frustración, continuó subiendo las escaleras.

¡Hoy no iba a lidiar con Damien y su imponente atractivo!

Ni siquiera iba a lidiar con el hormigueo en los labios por el beso de la noche anterior.

Y lo peor de todo: no iba a lidiar con el inmenso deseo de bajar corriendo las escaleras y robarle otro beso.

No, Dios no quiera que Nora hiciera otra cosa que no fuera fingir ser la novia de Damien durante unas semanas y, al final, llevarse el dinero.

Llegó a su habitación y se tiró al suelo, irritada.

Tampoco le hacía ilusión la entrevista.

Iba a pasar de una pregunta íntimamente humillante sobre su inexistente relación a la siguiente, y no quería que la humillaran

más.

Pero cuando llegó la hora de la entrevista esa tarde, Nora no tuvo más remedio que ponerse un vestido midi marrón que Damien le dio y el anillo de compromiso de diamantes que él le había entregado en el coche.

Se quedó mirando el anillo hasta que el coche se detuvo, preguntándose si podría quedárselo una vez cerrado el trato.

Tendría que preguntárselo a Damien más tarde.

El entrevistador hizo preguntas que abarcaban desde el negocio de Damien hasta su relación con él, respondiendo la mayoría.

Nora permanecía sentada con una sonrisa incómoda.

Damien le parecía un robot, respondiendo rápido y mintiendo más de lo que Nora creía posible.

Al menos ese día aprendió algo nuevo: Damien mentía bien.

Justo cuando Nora creía que la entrevista había terminado, el entrevistador se volvió hacia ella con sus ojos azules llenos de intriga.

—Entonces, Nora, ¿qué es lo que más te gusta de Damien?

Nora se quedó sentada un segundo, meditando la respuesta.

Era una pregunta tan simple, sobre la que fácilmente podría mentir.

Su mirada se desvió hacia Damien, quien la observaba con una ceja arqueada.

¿Qué le gustaba de él?

Lo observó un momento.

Ni siquiera estaba segura de conocerlo.

Solo habían pasado siete días y, en esos pocos días, no habían pasado mucho tiempo juntos.

Bueno, sí, se habían besado y probablemente fue el único beso que Nora había recibido sin un idiota.

Pero nada más.

Aunque le gustó el beso —demasiado para admitirlo en voz alta—, a Damien le había parecido gracioso.

—¿Beldad? —la interrumpió el entrevistador.

Su mirada se volvió hacia Damien, que la observaba atentamente.

Quiso cruzarse de brazos en señal de desafío y negarse a responder; Damien se lo tendría merecido por reírse de ella.

Pero sabía que su negativa se confundiría con otras cosas.

—Damien no es nada agradable —empezó con cautela, volviendo su atención a la entrevistadora—. Es un maniático del orden, un adicto al trabajo, un hombre de negocios que solo alterna entre sus famosos pantalones elegantes y sus gruñones de vez en cuando.

La entrevistadora rió y Nora sintió la mirada de Damien clavada en ella, abriéndole un agujero en el brazo.

—Pero creo que lo mejor del amor es estar enamorado de lo que no se puede amar en una persona. Son sus defectos e imperfecciones los que hacen que amarla sea tan único y maravilloso.

Nora agradeció el final de la entrevista y, aún más, la elegante cena que compartió con Damien después.

La cena fue inusualmente silenciosa y, cuando Damien finalmente los llevó a casa, no dijo ni una palabra hasta que Nora subió las escaleras.

—¿De verdad no pudiste encontrar nada bueno que decir sobre mí? —preguntó él.

Su pregunta sorprendió tanto a Nora que se detuvo en seco.

Se giró desde su posición en las escaleras y lo encontró mirándola fijamente, con una expresión que no pudo descifrar.

—Podrías haber inventado algo fácilmente, Nora.

¿Fue ella o sonó herido?

—Soy una mentirosa terrible —consiguió decir tras unos segundos de silencio incómodo—. En mi defensa, solo llevamos una semana conociéndonos.

—Sin embargo, te las arreglaste para decir tantas cosas poco halagadoras sobre mí en tan poco tiempo.

Un suave suspiro escapó de sus labios mientras bajaba la mirada y le ofrecía la mano:

—¿Podrías devolverme el anillo? Es de un joyero.

Decepcionada por tener que desprenderse del anillo y confundida por su reacción a la entrevista a la que sabía que no debería haber asistido, se quitó el anillo del dedo y lo colocó en su mano.

—Buenas noches, Nora —dijo finalmente Damien, antes de darse la vuelta y marcharse.

Capítulo 15

Varios días después de la entrevista, Nora estaba segura de que Damien la estaba evitando. Aunque él trataba de justificar su ausencia y su continua renuencia a hablar con ella diciendo que estaba ocupado, ella estaba completamente convencida de que no quería tener nada que ver con ella.

Así que pasaba los días encerrada en su habitación, que ahora había dejado de ser un paraíso para convertirse en una especie de prisión. Livia también estaba notablemente desaparecida y, cuando Nora preguntó por ella, Damien murmuró algo sobre que estaba fuera de la ciudad. Entonces era oficial: Nora estaba realmente encerrada en un castillo con una bestia que ni siquiera le dirigía dos palabras.

Con un fuerte suspiro, sacó su computadora y buscó el nombre "DamienBlackwood" en Google. Debería investigar un poco por su cuenta sobre la vida del hombre con el que supuestamente estaba comprometida. Si él no quería hablar con ella, Google sí lo haría.

Recorrió con la mirada cada artículo. Ninguno decía nada bueno sobre Damien. La mayoría afirmaba que era un diseñador horrible con un ego enorme. También había quienes decían que era egoísta y que no tenía nada que ver con la caridad. Encontró la entrevista que hicieron juntos, la cual decía muy poco sobre Nora, e incluso ahora, mientras leía su propia declaración, comprendía la ira de Damien. Sentía que todo el mundo se había vuelto contra él, y Nora era una de esas personas.

Nora no estaba de acuerdo con ninguno de esos artículos. Claro, Damien tenía un ego muy fuerte, pero Asia exageraba demasiado. Y sus diseños eran increíbles, impresionantes si Nora tenía algo que decir al respecto. Puede que no estuviera involucrado en obras de caridad a gran escala, pero ella sabía que acogió a Nora cuando la echaron de su apartamento. Si eso no era caridad, no sabía qué era.

Con el ceño fruncido, Nora se aseguró de dejar comentarios desagradables en la mayoría de esos artículos, diciéndole a los escritores lo que pensaba sobre su habilidad para redactar y que, si

iban a juzgar a un diseñador y acusarlo de ser malo, al menos debían ser buenos escritores. Escribió algo así como "quitarse la viga de los ojos antes de intentar quitarle la mota de polvo a Damien". Luego añadió que Damien no era un monstruo con cuernos ni carente de sentimientos. Había visto dolor en sus ojos la noche de la entrevista y, aunque no pudo escribirlo con precisión, lo insinuó. Claro que su comentario tuvo tanto impacto como una gota de lluvia en una montaña que intentaba derribar; sin embargo, se sintió mucho mejor después de comentar.

Un suave bostezo escapó de sus labios. Al girarse para mirar el reloj de pared, se dio cuenta de que faltaba una hora para la medianoche; se había pasado toda la noche defendiendo a Damien y se había olvidado de cenar.

Se levantó de la cama y abrió la puerta. ¿Había llegado Damien del trabajo? Dudaba que saliera de la oficina tan temprano y, además, considerando que la evitaba últimamente, sabía que prefería trasnochar. Bajando las escaleras con cautela, Nora tuvo que detenerse al ver la imagen que se asomaba por el ventanal de la sala.

Damien estaba allí de pie, con las manos pegadas a la ventana como un niño que anticipa algo emocionante o se despide de su madre; ella no sabía qué. Pero mientras lo observaba, parecía menos el diseñador rico y poderoso, y más un hombre sencillo. Vestía una camiseta blanca sencilla y un pantalón vaquero azul. Por lo que Nora pudo ver, debía de haber llegado de la oficina hacía horas.

Nora continuó bajando las escaleras, pero Damien seguía sin girarse para saludarla. O la ignoraba o estaba perdido en sus pensamientos. Nora creería fácilmente la primera parte. Fue a la cocina y abrió la nevera de par en par. No podía culpar a Damien por no encontrarle gracia a su comentario al entrevistador. Al tener que vivir con tantas palabras desagradables, Nora no podía culparlo por estar decepcionado de que la persona que supuestamente estaba enamorada de él no pudiera encontrar nada bueno que decir, aunque fuera mentira.

Se sirvió dos vasos de jugo y los llevó a la sala, donde encontró a Damien todavía mirando por la ventana. Con un suspiro, se dirigió hacia él.

—¿Damien? —le ofreció un vaso.

Sobresaltado, dio un pequeño salto, y su brazo tocó uno de los vasos que Nora tenía en la mano, haciéndolo caer al suelo con fuerza. Solo entonces Nora supo la respuesta a su pregunta; él no la ignoraba, estaba sumido en sus pensamientos.

—¡Lo siento mucho! —se disculpó, inclinándose hasta el suelo para recoger los fragmentos rotos.

—No hagas eso —dijo Damien suavemente.

Nora lo miró fijamente, sorprendida por la calma en su voz. Debería estar molesto porque ella rompió lo que parecía un vaso de cristal caro, pero no. Intentó ponerse de pie, apoyando inconscientemente la palma de la mano en el suelo para impulsarse. Mal movimiento. En menos de unos segundos, Nora gritaba de dolor. Aflojó el agarre del vaso de jugo que tenía en la mano, haciéndolo caer al suelo y romperse.

Damien la condujo al sofá. Con los párpados cerrados, Nora se aferró la mano herida, luchando contra las ganas de vomitar al ver la sangre que goteaba en el suelo.

Damien le tomó la mano y pareció limpiarla. Nora sintió algo frío rozarle la mano antes de penetrar la carne rota, lo que le provocó gritos más fuertes.

—¡Me estoy muriendo! —gritó.

Ella escuchó la pequeña risa de Damien a su lado y se giró para mirarlo fijamente.

—¿Qué es tan gracioso? —habló con los dientes apretados, luchando contra el impulso de gritar aún más fuerte.

—Teniendo en cuenta en qué casa estás, Nora, gritar y decir que te voy a matar es mucho más que una declaración apropiada —respondió simplemente antes de tomar su mano magullada, limpiarla por completo y vendarla con una curita.

—Sabes, se suponía que eso era una ofrenda de paz —comenzó después de lo que pareció una década de silencio.

—¿Zumo de naranja?

Ella asintió. Damien se giró hacia ella y arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Es tacaño, lo sé, pero siempre conseguía que Stacy lo aceptara cuando la molestaba —suspiró—. Lo que dije fue terrible, Damien, y lo siento.

—No te culpo, Nora. De verdad, está bien —dijo, poniéndose de pie y preparándose para salir de la habitación.

—Oh —gritó Nora tras su retirada—, porque tenía todo un discurso planeado.

Eso llamó la atención de Damien. Se giró para mirarla.

—Pero, como me perdonaste tan fácilmente, me alegro de no tener que repasarlo —dijo, haciendo ademán de pasar junto a él, pero él la detuvo de un tirón.

—¿Qué discurso? —preguntó, picado por la curiosidad.

Se giró hacia él, sus ojos la interrogaban. A Nora le costaba ignorar que estaban a solo unos centímetros de distancia y que podía sentir su cálido aliento acariciándole la piel.

—Creo que eres generoso; me diste un lugar donde quedarme cuando lo necesitaba —comenzó, sin poder apartar la mirada de él —. Qué inteligente. Nunca había visto diseños tan bonitos como los que estás a punto de mostrar en París.

Nora sintió mariposas en el estómago; aquellas criaturas ridículas probablemente daban volteretas y hacían acrobacias locas en su interior. El resultado no fue nada romántico, sino un fuerte gruñido que indicaba su hambre. Avergonzada, cerró los párpados.

—¿Qué más, Nora? —susurró Damien, tomándole ambas manos cautivas.

Abrió un párpado y echó un vistazo para descubrir que Damien se había acercado unos centímetros a ella.

—M... mi... mi madre... —balbuceó, abriendo los párpados y viendo a Damien asentir—. Te parece graciosa. Como todo el mundo piensa que está loca, yo incluida, eres una diferencia bienvenida.

Damien sonrió entonces y, como en un sueño maravilloso donde Nora controlaba la mente de las personas y podía obligarlas a hacer lo que ella quería, Damien se inclinó hacia adelante.

Nora volvió a cerrar los ojos, esperando el beso. Sintió una oleada de emoción que la invadía.

Un fuerte zumbido devolvió a Nora al presente. Volviéndose hacia el intercomunicador para lanzarle una mirada que podría convertir el fuego en hielo, tuvo que luchar contra el deseo de asesinar a quienquiera que estuviera en la puerta.

Observó con impotencia cómo Damien le soltaba la mano y se acercaba al intercomunicador.

—¿Quién es? —dijo, con voz ronca para Nora, que observaba desde su posición en la sala de estar.

—¿Nora?

Como un sueño realmente bueno que tiene la capacidad de transformarse muy rápido en una pesadilla, Nora nunca pudo confundir la voz de la villana en todas sus pesadillas: ¡su madre!

Capítulo 16

Todo pasó rapidísimo. En un instante, su madre entraba por la puerta principal y, al siguiente, echaba a Nora de su habitación. No, Nora no sabía cómo la mujer había logrado colarse en la casa ni cómo se encontró frente a la puerta de su habitación, boquiabierta, mientras su madre se la cerraba en la cara.

—¿Qué acaba de pasar? —murmuró, más para sí misma que para cualquier otra persona.

—Algo sobre no querer dormir en la misma habitación contigo porque roncas bastante —dijo Damien.

Entonces Nora se volvió hacia él con una amplia sonrisa en el rostro.

—Oh, sonríe, Damien. Disfruta de tu capacidad de sentir alegría, porque quien chupa la vida de la gente acaba de llegar. Y, considerando que ya no me queda vida para que ella la chupe, ¿adivina quién será su próxima víctima?

—No es tan mala, Nora —insistió Damien, y Nora no discutió. Decidió que lo dejaría verlo con sus propios ojos. Un día con su madre era más que suficiente para llevar a cualquiera al borde del suicidio.

—La pregunta es, ¿dónde voy a dormir? —Miró a su alrededor, molesta. No era como si hubiera otra habitación, y odiaba dormir en sofás.

—Podrías quedarte en mi habitación... —sus palabras murieron en sus labios mientras Nora lo miraba con amargura.

—O podrías dormir en el sofá —se encogió de hombros antes de darse la vuelta y entrar en la habitación.

Nora se quedó allí, paralizada. Dudaba entre tomar un mazo para derribar la puerta, sacar a su madre a rastras y esperar que no se metiera más en su vida; o dormir en el sofá y despertarse con calambres; o aceptar la oferta de Damien.

Podía soportar los calambres, decidió mientras bajaba las escaleras y se dejaba caer, exhausta, en el sofá blanco. Por un rato intentó

cerrar los ojos lo suficiente para conciliar el sueño, pero le resultó imposible encontrar una postura cómoda.

Con un gruñido de frustración, prácticamente tuvo que arrastrar los pies hasta la habitación de Damien. Decidida a darle una patada en la espinilla si intentaba algo, llamó suavemente a la puerta y juntó las manos, que de repente sintieron frías. No estaría tan nerviosa si su madre intrusiva no hubiera sentido la necesidad de invadir su vida una vez más.

Se quedó de pie junto a la puerta un rato, pero esta permaneció cerrada. Al alcanzar el pomo, la puerta se abrió a la lujosa habitación de Damien. Debería saberlo: había vomitado sobre toda esta alfombra... Su respiración se detuvo cuando sus ojos se posaron en Damien. No tenía nada que ver con que pareciera aniñado y extremadamente guapo incluso dormido —lo que la asombró—, sino el hecho de que, despatarrado en la alfombra donde una vez vomitó —un hecho que moriría con ella— estaba Damien.

No solo dejaba la puerta de su habitación abierta para cuando ella decidiera unirse a él, sino que también dejaba su cama para ella. Nora no sabía si estaba feliz de que él estuviera dispuesto a sacrificar tanto por ella o molesta porque pensara que su decisión de dormir en el sofá no era lo suficientemente fuerte.

Caminó hacia donde Damien dormía y se arrodilló, reacomodando las sábanas. Por unos segundos, se quedó allí, y mientras observaba su hermoso rostro, no pudo evitar pensar que no le molestaba que él pensara que su determinación no era suficiente. Estaba feliz de que él estuviera dispuesto a sacrificar tanto por ella.

Inclinándose, no pudo evitarlo: le dio un suave beso en la mejilla.

—Gracias, Damien —susurró, antes de ponerse de pie y acomodarse en la cama vacía. La alfombra, de repente, le pareció más atractiva.

**

Nora ignoró la sonrisa pícara de su madre esa mañana al entrar en la cocina, decidiendo que no quería lidiar con ella ese día. Sin embargo, la comida servida en la mesa fue suficiente para llamar su

atención mientras su mirada se posaba en el abundante desayuno que su madre había preparado.

Alejándose de la comida, aunque solo quería abalanzarse sobre ella, Nora se sirvió una taza de café. No caería en una de las tontas trampas de su madre de «darle de comer grasa a la víctima antes de devorarla». Con la taza de café en la mano, salió de la cocina.

—¿No estás feliz de verme? —finalmente llamó Marlene, la madre de Nora.

Nora respiró hondo al reconocer la emoción en la voz de su madre. Era su táctica para hacerla sentir culpable y obligarla a hacer cosas.

—Lo soy —Nora forzó una sonrisa y se giró para ofrecérsela, esperando que ella viera a través de la fachada y se ofreciera a irse.

—¡Yo también! —chilló Marlene, dando un salto que hizo que sus mechones, ahora morados, se balancearan. Cubrió la distancia que la separaba de Nora y la abrazó—. ¡Te extrañé tanto, cariño! ¡Tenía que venir!

Tirando de una Nora muy reticente —no, interiormente histérica—, la empujó hacia un asiento en la mesa y preparó un plato de huevos revueltos y salchichas con dos rebanadas de pan tostado.

—¿Entonces Damien sigue dormido? —preguntó Marlene, sentándose junto a Nora, que se estaba metiendo una salchicha en la boca para evitar esa conversación con su madre, pues sabía adónde iba—. No puedo creer que hayas conseguido a semejante hombre, Nora.

Aunque a Nora le hubiera gustado que su madre se fuera a otro lugar, sabía que faltaba poco para que llegara.

—¡Es tan guapo! ¡Qué ganas de ver a la organizadora de bodas...! —Nora respiró hondo, porque sabía lo que se avecinaba—. He concertado una cita para esta tarde.

Y su madre por fin había llegado.

—¡Esto es ridículo, mamá! ¡Te dije que aún no estamos planeando una boda!

—¡Pero estás comprometida! Anda, Nora, déjame divertirme. ¡Llevo esperando tu boda más tiempo que cualquier mujer que conozco! Si esperas más, podrías llegar a la menopausia y entonces perdería la esperanza de tener nietos...

Nora ni siquiera se molestó. Le sorprendió que la declaración de su madre ya no la molestara. Se metió la salchicha restante en la boca e ignoró a su madre, ahogando sus palabras mientras escuchaba el silbido que hicieron sus dientes al tocar la salchicha.

—¡Ahí estás, futuro yerno! —El anuncio de su madre casi hizo que Nora se atragantara con el café.

Al levantar la vista hacia Damien, que ya llevaba puesto su traje, vio a su madre abrazándolo.

—Toma, preparé el desayuno —dijo Marlene, tirando de su mano—, pero afortunadamente Damien se quedó quieto y negó con la cabeza.

—Tengo una reunión en media hora. Lo siento mucho, Marlene, quizás podríamos cenar esta noche —le ofreció una sonrisa a su madre, que le devolvió la sonrisa.

Nora se sentó allí, observando a su madre y a Damien con una extraña sensación de celos. La verdad era que Marlene era preciosa. Con un gusto por los colores de pelo peculiares, un cuerpo endiabladamente perfecto y unos ojos azules cautivadores, era imposible para cualquier hombre en su sano juicio no encontrarla atractiva. Marlene era una diosa de cuarenta y siete años. Eso convenció a Nora de que estaba maldita. ¿Cómo podía algo tan hermoso dar a luz algo tan... malo?

—Pero, antes de irte, Damien, ¿podrías convencer a Nora de que cumpla con la cita que concerté con el organizador de la boda?

Nora literalmente vomitó en su boca cuando su madre le anunció aquello a Damien.

—Sé que no están planeando una boda ahora mismo, pero ¿qué hay de malo en dar el salto y casarse ya? A menos, claro, que usen a mi Nora...

—¡Mamá! —llamó Nora horrorizada, con miedo de mirar a Damien.

—i¿Qué?! ¡Escuché que sus índices de audiencia subieron cuando se comprometieron!

—Se oyen muchas cosas, mamá. Por eso deberías buscarte un trabajo de verdad que no implique... —empezó a decir Nora.

—Está bien —dijo Damien interrumpiéndola. Ella se giró hacia él con una mirada inquisitiva—. Tengo que irme.

Él hizo ademán de salir de la habitación, pero su madre lo detuvo.

—¿Qué? ¿No hay beso de despedida? —Marlene sonrió.

Nora puso los ojos en blanco y abrió la boca para defender a Damien, pero antes de que pudiera hablar, Damien ya había cubierto la distancia que los separaba. Capturándola, se inclinó y selló sus labios.

Esta vez, Nora no estaba borracha ni confundida. Era muy consciente de las emociones que su beso le provocaba. Sintió mariposas en el estómago recorrer todo su cuerpo, creando ondas de choque en su piel. Sintió la calidez de sus labios contra los suyos. Sintió cómo sus párpados se cerraban hasta que todo lo que vio y sintió fue la belleza de sus besos mientras sus labios se separaban para recibir los suyos.

Capítulo 17

El beso llegó a su fin.

Obviamente, a Nora no le hacía ninguna gracia, pero no tenía otra opción. Damien se apartó; sus ojos brillaban con algo… hermoso. No era travesura ni burla, tampoco amor. Pero desde donde Nora estaba sentada en el taburete de la cocina, mirando fijamente a los ojos de uno de los hombres más atractivos con los que había tenido el privilegio de estar, estaba segura de que sus ojos brillaban.

Damien se enderezó y se dio la vuelta. No fue hasta que empezó a alejarse de la cocina que Nora se dio cuenta de que su madre seguía en la habitación. Y si Nora pensó por un instante que Damien estaba radiante, entonces su madre estaba radiante de otro modo, como fuegos artificiales en Nochevieja.

Marlene tenía una sonrisa extraña y desgarradora. Era una mezcla entre sonrisa, baba y mirada vidriosa; Nora no estaba segura de haber visto algo así en toda su vida.

En el momento en que Damien salió por la puerta principal, Marlene entró en acción y, una hora más tarde, estaba arrastrando a Nora por las calles de Nueva York hasta un edificio de oficinas.

La organizadora de bodas se sentó frente a Nora y Marlene y escuchó con gran paciencia mientras Marlene le repasaba sus planes para una boda que nunca se celebraría. Por supuesto, Nora no podía ser quien le diera la noticia a su madre; Marlene prácticamente les había contado a todos los que estaban dispuestos a escuchar —y especialmente a aquellos que no tenían otra opción porque estaban atrapados—: el hombre del ascensor, el portero del apartamento de Damien, el taxista, el vendedor de café justo afuera del edificio de oficinas, el portero del edificio, la recepcionista y, por supuesto, la organizadora de bodas, que su hija se casaría con un diseñador rico y que sería una boda muy publicitada.

Una vez terminada la reunión, Nora estaba más que agradecida de que la dejaran salir de la oficina excesivamente rosa de la

organizadora. Pero Marlene aún no había terminado. Antes de que Nora se diera cuenta, ya estaba probándose vestidos de novia. Cómo Marlene había logrado tal hazaña, Nora no tenía ni idea. Considerando que apenas podía olvidar a Damien y el beso que habían compartido antes, Marlene podría estar arrastrándola a un ring de lucha libre y Nora no se daría cuenta hasta que la dejaran inconsciente.

El primer vestido de novia era precioso, en opinión de Nora. Su madre, en cambio, pensaba que la falda era demasiado abullonada y poco favorecedora. Seis vestidos de novia después, Marlene seguía sin decidirse por el perfecto. Aunque Nora sabía que la boda no se iba a celebrar, no podía evitar temerla; su madre la volvería loca.

Un día entero con Marlene fue una tortura. Cuando por fin terminó y Marlene le dio las buenas noches, Nora respiró hondo —una respiración que estaba segura de haber estado conteniendo todo el día— y se preparó un sándwich.

Se dejó caer en el sofá, encendió la televisión y empezó a cambiar de canal. No había nada que le interesara, así que se recostó en el sofá.

Debió haberse quedado dormida porque al abrir los ojos, flotaba… ¡Espera, no! ¡La llevaban en brazos! Jadeó y levantó la vista, viendo la barbilla de Damien desde donde estaba en sus brazos. Debía haber llegado ya a la habitación porque la estaban colocando en la cama.

Antes de que Nora pudiera reaccionar, Damien había salido por una puerta que ella sabía muy bien que conducía al baño y, diez minutos después, regresó vistiendo nada más que sus pantalones de pijama grises.

Por un breve instante, Nora se quedó sin aliento mientras observaba su sólido pecho. ¿Acaso creía que seguía dormida? ¿Debería fingir que seguía dormida? Era imposible apartar la mirada de su musculoso torso, pero él ya se estaba agachando para acomodarse en su cama improvisada sobre la alfombra, apartando esos músculos perfectos de su vista.

—¿Tuviste un buen día con tu madre? —preguntó.

Nora se quedó congelada.

Damien la miró con una sonrisa infantil en el rostro.

—Sí, Nora, me di cuenta de que te despertaste hace unos quince minutos.

Nora tomó la almohada más cercana y se la puso en la cara. Observó cómo la almohada se le caía, revelando a un Damien sorprendido.

—Sinceramente, creo que prefiero al hombre estoico que conocí hace unos días —resopló, cruzándose de brazos.

—Ya veo —dijo él, arqueando una ceja—. Y para que lo sepas, cada segundo con mi madre es una tortura.

Damien sonrió entonces y, por alguna extraña razón, Nora le devolvió la sonrisa. Su mirada se posó en sus labios unos segundos mientras recordaba el beso anterior y ansiaba uno en ese momento. Claro que era un hecho que jamás admitiría. Que ella supiera, Damien solo la besaba por dos razones: para burlarse de ella y para complacer a su madre.

"Ya no tienes que besarme más para complacer a mi madre, la sacaré de aquí y de nuestros cabellos muy pronto…" Las palabras de Nora murieron en sus labios mientras Damien se acercaba más a ella.

¿Se dio cuenta de que su respiración se detenía con cada movimiento? Odiaba lo que esas tontas mariposas le hacían en el estómago. En serio, ¿cómo podía alguien deshacerse de ellas?

¿Damien iba a besarla de nuevo? No sabía por qué solo pensarlo le aceleraba el corazón.

—No te besé por tu madre —dijo sonriendo—. Aunque —se reclinó— me gustaría pensar que no fui el único que te besó.

Nora no supo cómo responder a sus bromas, así que se dejó caer de espaldas en la cama y se tapó la cara con una almohada. Esperaba con todo su corazón poder superar de alguna manera el falso

compromiso con una madre y un prometido extremadamente molestos.

Incapaz de dormir porque cada vez que cerraba los ojos, imaginaba a Damien besándola de nuevo, Nora pasó la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama, intentando hipnotizarse para creer que no estaba empezando a enamorarse de Damien. Esperaba desesperadamente que lo que antes era una suave brisa de emoción no se hubiera transformado en un torbellino que ahora estaba a punto de arrastrarla por completo.

¿Qué le pasaba? ¡Stacy se pondría histérica si se enterara…! ¡Espera, Stacy! Nora no había hablado con Stacy en tres semanas. ¿Stacy ya sabía del compromiso? Claro que sí, salió en todas las revistas de entretenimiento del país y Stacy debía estar intentando contactar con Nora, pero probablemente no pudo porque Nora se había cambiado de apartamento.

Nora decidió que no tenía sentido intentar conciliar el sueño, así que bajó de la cama y pasó junto a Damien, que estaba dormido.

Una vez abajo, marcó el número de Stacy. Stacy contestó al tercer timbre.

—Hola, Chloe, soy yo, Nora —dijo, sentándose en el taburete de la cocina.

—¿Nora? ¡No puedo creer que no me dijeras que te ibas a casar! —gritó Stacy por teléfono—. ¿En serio te vas a casar, verdad? Hiciste un juramento, Nora, casarse no es una opción…

Nora suspiró. "Eso fue hace cinco años, Chloe."

—Faltan dos años, Nora. No le vas a dar la espalda a tu mejor amiga, que te ha apoyado en las buenas y en las malas, por un hombre que se divorciará de ti enseguida y te dejará por la próxima reconstrucción plástica que…

—¡Guau!

—No lo haré, no te dejaré hacerlo —dijo Stacy con severidad.

Entonces, quizás el compromiso con Damien no era real, pero Stacy no lo sabía. ¿Se habría opuesto Stacy a la boda de Nora solo por un pacto tonto?

—Bueno, llamé para ver cómo estabas.

—¡Obviamente está furioso!

—¿Por qué te molesta tanto? —espetó Nora.

—Porque, Nora, esto va a terminar igual que siempre y no voy a dejar que lo hagas. No dejaré que arruines tu vida…

—¡Bien! Es falso.

—¿Qué?

—El compromiso es falso.

Stacy jadeó y Nora inmediatamente la imaginó agarrándose el pecho.

—¿Vas a dejarlo en el altar?

—Eh…

—¡Qué genialidad! ¡Dios mío, Nora, estoy tan orgullosa de ti!

De repente, Nora se sintió mareada, lo cual era bueno, considerando que no quería continuar la conversación con Stacy.

—¡Me tengo que ir, adiós! —dijo, interrumpiendo a Stacy.

Apoyó la cabeza en el pasillo de la cocina, cerró los ojos y se quedó dormida, donde soñó que era una princesa cuya Bestia de repente se había transformado en un apuesto príncipe, todo gracias al beso mágico que compartieron.

Capítulo 18

En las semanas que siguieron a la llegada de Marlene a Nueva York, Damien deseaba besar a Nora cada mañana para despedirse antes de ir a trabajar.
Cada beso generaba un tipo diferente de excitación en su interior, y a medida que pasaban las semanas, le resultaba cada vez más difícil terminar el beso.
Una parte de él necesitaba convencerse de que solo era una actuación, pero la mayoría sabía que estaba empezando a sentir algo por la rubia que ahora estaba sentada frente a él, con una mirada interrogativa en el rostro.

Soltando un suspiro, dijo con una sonrisa:
—Creo que es una gran idea.

—¿¡Qué!? —exclamaron Nora y Marlene al unísono.

Nora se giró para fruncir el ceño a su madre y luego volvió a mirar a Damien con una expresión que parecía decirle: "¿Te falta algo en la cabeza?". Él no sabía muy bien cómo interpretar esa mirada, pero lo hizo. Era otra de esas cosas extrañas que le estaban empezando a pasar; en dos meses conocía a Nora lo suficientemente bien como para leerle la mente incluso antes de que expresara sus pensamientos, y eso era mucho decir, porque a Damien nunca le había importado escuchar las palabras de la gente, y mucho menos sus pensamientos y expresiones.

—Creo que es una gran idea que Marlene quiera ser modelo en el desfile de moda —añadió Damien.

Nora alzó las manos en señal de rendición y Liviarió. Por un instante, Damien se olvidó de la presencia de Livia.

—Tú misma lo dijiste, Nora, sería genial tener gente común y corriente desfilando por la pasarela.

—¡Oh, ya sé lo que dije! —lo miró con enfado Nora.

—No te sientas mal, cariño. Estoy segura de que a Damien también le encantaría verte en la pasarela. ¡Uy! ¿Sabes qué sería divertido?

—preguntó Marlene, y Nora fulminó a Damien con la mirada—. Algo de madre e hija. Podríamos usar vestidos iguales...

—Me parece bien —dijo Livia poniéndose de pie—. ¿Qué les parece si bajan al armario y se prueban algunos vestidos? Julie, la asistente de Damien, les ayudará.

Nora también se levantó y le lanzó a Damien una mirada que decía "esto no ha terminado" antes de seguir a su madre fuera de la oficina.

Una vez que las dos mujeres salieron por la puerta, Livia regresó al lugar donde Damien estaba sentado detrás de su escritorio y también se sentó.

—Son lindas —sonrió, respirando hondo—. Pero creo que aquí termina todo.

—¿Qué? —preguntó Damien, sorprendido.

—Tu relación con Nora, o mejor dicho, con 'Bella'. Es hora de romper. De hecho, es hora de hacerlo públicamente. —Ella asintió con firmeza—. Voy a dar un aviso anónimo a los medios para informar que tienes problemas en tu relación...

—¿Es siquiera necesario ahora? —respondió él—. Esta relación falsa ha perjudicado mucho mi imagen.

Damien sintió que el sudor le recorría la piel solo de pensar en separarse de Nora. Odiaba admitirlo, pero se había encariñado con ella.

—Ya tienes un lugar en el desfile de París, tus índices de audiencia son increíbles, tus diseños están agotados y tienes una de las mejores colecciones que he visto para el desfile. Soy tu publicista y, con el desfile a tres semanas, lo que más aumentaría tu audiencia sería una ruptura. Los medios se volverán locos al saber que tu compromiso con 'Bella' ha terminado; tendrás muchísima cobertura mediática, lo cual será fantástico para tu colección. La duquesa ha estado entrando y saliendo de Nueva York y aún no has podido estilizarla.

Cuanto más hablaba Livia, más convencido estaba Damien de que tenía razón. Todo lo que decía tenía más sentido del que él hubiera

querido admitir. Sin embargo, no se atrevía a romper con Nora. Sabía que su relación era falsa e inexistente, pero en algún momento su subconsciente había empezado a creerla real.

—Dime, Damien, ¿qué te impide romper con Nora?

Por un momento, Damien permaneció sentado sin poder hablar. Nada lo detenía.

Livia respiró hondo. "¿Ya lo sabe?"

—¿Qué?

—Que estás enamorado de ella —Livia levantó las cejas con picardía.

—¿Qué? —dijo Damien, sorprendido por el tono agudo y nervioso de su propia voz.

Livia se inclinó hacia adelante, buscando su mirada. Incómodo, él desvió la vista hacia los archivos sobre el escritorio.

—Te he visto besarla.

—…para su madre —se quejó él.

—Lo vi con mis propios ojos, y ese beso no fue para complacer a nadie más que a ti mismo. ¡Puedes admitirlo ahora o tendré el dinero preparado para que Nora se marche felizmente!

—¡Está bien! —exclamó Damien de repente.

—Bien, ¿qué es, Damien? —Livia le sostuvo la mirada.

—La amo —dijo él, y una amplia sonrisa finalmente se dibujó en el rostro de Livia.

Capítulo 19

Damien empujó la puerta y entró en su oscuro apartamento en plena noche. Al alcanzar el interruptor, la habitación se llenó de luz y tardó un instante en que sus ojos se acostumbraran.

—Hola, Damien. —

Sobresaltado, dio un pequeño salto y se giró bruscamente hacia la voz que lo llamaba; Nora permanecía sentada mirándolo fijamente desde su posición en el sofá.

—No esperabas encontrarme aquí, ¿verdad? —Nora sonrió. ¿Estaba coqueteando con él? Algo en Damien no creía que su sonrisa fuera inocente de aquella insinuación.

Él le devolvió la sonrisa, como un idiota. ¿Tal vez debería fruncir el ceño? ¿O simplemente mantener la cara seria?

¿Qué hacía Nora sentada sola en la oscuridad, de todos modos?

La observó mientras se ponía de pie; su pijama rosa quedó a la vista mientras caminaba alrededor del sofá y cruzaba la habitación hasta donde él estaba.

—No creíste que estaría despierta esperándote, ¿verdad? —ronroneó, sonando extrañamente como un gato mientras pasaba un dedo por su pecho.

Damien miró su cabello desordenado y no pudo evitar pensar que ella tenía otros planes que no incluían coquetear con él. Si Nora hubiera querido coquetear, se habría vestido para el papel. Entonces, ¿qué tramaba? ¿Intentaba hacerle pagar por las muchas veces que la había molestado?

—De hecho —se inclinó hasta quedar a pocos centímetros de su rostro y tomó cautivo su dedo errante—, lo estaba.

Nora resopló y apartó el dedo bruscamente.

—Genial, porque o te daba un susto de muerte al entrar por esa puerta, o te amordazaba mientras dormías, o te seducía y te dejaba colgado. Fue difícil elegir un castigo por acceder a la invitación de mi madre para desfilar en esa pasarela. —Le dio un golpe en el pecho.

—Veo que elegiste la tercera opción. —Él sonrió, y ella lo miró con amargura.

—No había mucho para elegir —admitió mientras se daba la vuelta.

Damien la tomó de la mano mientras ella se alejaba, deteniéndola en seco. La atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos por la cintura.

Nora frunció el ceño con confusión mientras observaba brevemente el apartamento antes de volverse hacia él. Pero no se resistió.

Damien pensó que ella encajaba perfectamente en sus brazos.

Inclinándose lentamente, capturó sus labios y cerró los párpados. Besar a Nora no era nada nuevo, pero cada vez que lo hacía, se sentía diferente. Era frío, era calor, una mezcla de ambos. Era un hormigueo en la piel. Era la aceleración del corazón. Eran mariposas en el estómago. Era la nada. Era todo. Era hermoso.

Nora respondió a su beso, presionando ligeramente sus palmas contra sus mejillas. Sus manos se sentían cálidas, incrustadas en su piel.

Alejándose lentamente, susurró contra sus labios:

—Necesito decirte algo.

Nora se quedó frente a él, aparentemente incapaz de hablar.

Livia cree que es hora de terminar nuestra falsa relación. Al parecer, Nora ya no es necesaria.

Damien observó a Nora, que permanecía congelada frente a él.

—Tendré tu dinero preparado para mañana —dijo.

Nora apretaba y aflojaba los puños; su mente deseaba que sus piernas se movieran, pero sus pies la mantenían obstinadamente prisionera ante Damien.

¿Entonces solo la había besado para despedirse?

¿Por qué demonios tenía que ser siempre víctima de las burlas despiadadas de Damien? ¿Por qué la besaba tan intensamente si su plan era alejarla?

Quería gritar, estrellarle una mesa en su cara endiabladamente hermosa. Quería golpearlo con fuerza, darle un puñetazo que le dejara una marca. Pero, sobre todo, quería alejarse de él.

La ira y la vergüenza la invadieron hasta llenar su cuerpo de un calor que ayudó a derretir su cuerpo congelado, hasta que pudo mover los pies nuevamente.

Dándose la vuelta sin decir palabra, comenzó a subir las escaleras, molesta.

¿Quién se creía que era? ¿Qué le daba derecho a pensar que podía usarla y dejarla, besarla y romper con ella, tomar su corazón y destrozarlo?

Se tiró furiosa en la cama y se levantó las sábanas hasta la cabeza. Cerró los ojos y se concentró en los latidos de su corazón.

Sin embargo, el suave latido no logró distraerla del anuncio de Damien. Quería que se fuera, que se llevara su dinero y a su hiperactiva madre, y que se marchara de su casa al día siguiente.

¿Acaso tenía idea de lo difícil que sería para ella simplemente irse? ¡Qué desolada estaría su madre al ver otra oportunidad fallida de que su hija caminara hacia el altar! ¡Qué vergüenza tan terrible sería! ¿Sabía que ese anuncio la llenaba de un deseo innegable de darse un capricho con helado, películas y un paquete de pañuelos?

Se tapó la cabeza con las mantas y decidió que necesitaba helado, sabiendo que la calmaría. Dos bolas... No, negó con la cabeza mientras bajaba las escaleras. Necesitaría mucho más que dos bolas para ahogar su pena.

Llegó al pie de la escalera y encontró a Damien parado exactamente donde lo había dejado. Se enderezó y se dirigió a la cocina. No se permitiría pensar en Damien.

Llegó al refrigerador y lo abrió; no había helado a la vista. ¡Nora quería sentarse en el suelo de la cocina y armar un berrinche! ¡Sin helado, sin Damien, sin amor!

Un gemido de frustración escapó de sus labios al cerrar de golpe la nevera. Debería haber sabido que esto le pasaría a Damien, pero no fue lo suficientemente inteligente. No fue lo suficientemente lista para entender que cada vez que la besaba y sentía que se derretía en sus brazos, solo estaba fingiendo para los medios. No había

ningún sentimiento involucrado. Quizás lo único que sentía era lástima.

Era una mujer de treinta años, miserable, sin novio, sin trabajo, sin apartamento y sin amor. Le habían pagado por un trabajo y se había enamorado en el proceso.

Ella jadeó.

¿Acababa de admitir que amaba a Damien? ¿De dónde había salido ese pensamiento? ¡No podía amar a un hombre así! Chloe tenía razón y Nora estaba de vuelta en el mismo punto que hacía unas semanas.

Negó con la cabeza. ¡No quería volver! Se le llenaron los ojos de lágrimas. Merecía amor tanto como cualquier otra persona. ¡No merecía el cruel anuncio de Damien! No merecía que la usara.

Se giró para mirar hacia la puerta de la cocina, salió y de inmediato vio a Damien parado en el mismo lugar.

Con el ceño fruncido en el rostro, cubrió la distancia entre ellos.

—Sabes —empezó, cruzándose de brazos—, no puedes besarme y decir que ya has tenido suficiente de mí. ¡Soy un ser humano, lo sabes! —gritó a medias—. A diferencia de ti, señor estoico, elegante, recepcionista guapo, apartamento increíble, vida perfecta, ¡yo tengo sentimientos y merezco que me traten con respeto! Así que la próxima vez que quieras ser irrespetuoso, Damien, búscate otra prometida falsa.

Aunque no creía poder expresar con palabras lo que sentía, se sintió algo aliviada y se dio la vuelta para irse. Damien la tomó de la muñeca y la jaló hacia atrás.

—Bella ya no me sirve de nada —dijo él, y ella reprimió el deseo de abofetearlo.

—Claro —hizo una mueca—. ¡Lo que explica el beso! —El sarcasmo rezumaba de cada palabra—. ¡Meter la lengua en la garganta de la gente solo porque crees que puedes!

Damien permaneció inmóvil frente a ella y su comportamiento contribuyó a enfurecerla aún más.

—Mañana me iré. Y para que lo sepas, ¡la responsabilidad de darle la noticia a mi madre recae sobre ti! ¡Buena suerte! —siseó ella, soltándose bruscamente de su agarre, pero él simplemente la apretó con más fuerza y la atrajo hacia sí.

Nora habría luchado contra su abrazo, pero su cercanía siempre la dejaba inservible. Sobre todo ahora que sus labios estaban a escasos centímetros de los suyos.

Damien la miró a los ojos. Ella no tenía ni idea de qué buscaba. Sin embargo, esperaba que él pudiera ver lo furiosa que estaba, lo humillada que se sentía, lo insegura que la hacía sentir su rechazo.

Pero en contra de su mejor juicio, ella se debilitó en sus brazos y sintió que su ira se disipaba.

¡¿Por qué eres tan patética, Nora?! Se regañó a sí misma mientras sostenía la mirada de Damien.

—Debo admitir que disfruté de nuestra relación falsa —dijo después de minutos de simplemente mirarla a los ojos—. Pero realmente necesito dejar atrás lo falso si quiero tener lo real.

Nora se quedó congelada.

—No estoy del todo seguro de si es por tu increíble habilidad para decir tantas palabras en dos segundos, por tu torpeza, por tus ideas insólitas, por tu interesante madre, o simplemente por el hecho de que me recuerdas a una niña de diez años —dijo, y Nora frunció el ceño—. Pero en algún momento, debí de golpearme la cabeza —rió nervioso—. Porque, si mi ritmo cardíaco es un indicio, entonces estoy enamorado de ti.

Nora jadeó. Sacudió la cabeza, como para despertar de aquel sueño. Sí, eso lo explicaba; estaba soñando. Damien siempre estaba enamorado de ella en sus sueños. Debió haberse quedado dormida en la encimera de la cocina otra vez... ¿O era el suelo?

—¿Nora? —Levantó la vista y vio a Damien todavía de pie frente a ella, con el rostro a escasos centímetros del suyo. Dijo algo sobre Nora que ella no pudo oír.

Miró a su alrededor. ¿Por qué el apartamento seguía igual? En sus sueños, cada vez que Damien le confesaba su amor, ella siempre

estaba en un castillo, con un vestido de gala azul. Un momento, ahora que lo piensa, ¡odia el azul! ¡Siempre lo odió! ¡El azul era un color tan ridículo! Y si soñaba con Nora, no con Cenicienta, ¿por qué siempre vestía el vestido de Cenicienta?

Volvió la mirada hacia su pijama rosa y sus zapatitos de Mickey Mouse. ¡Nunca se había puesto su pijama de verdad! ¿Será real entonces?

—¿Nora? —Damien tiró de su brazo y ella levantó la mirada hacia él —. ¿Estás bien? No quise presionarte...

El resto de la conversación se desdibujó en su mente confusa. Solo podía pensar en lo guapo que era. Su corte de pelo era perfecto y tenía la mejor nariz que jamás había visto. Su nariz no le rozaba la mejilla cada vez que se besaban.

Su beso...

Era, sin duda, el mejor besador que había conocido. ¿Acaso sabía con cuántos perdedores había salido? ¡¿Cuántas ranas, cerdos e incluso buitres horribles, horribles, realmente horribles, tuvo que besar para finalmente conocerlo, su príncipe?!

Una sonrisa finalmente se dibujó en su rostro. Quizás estaba soñando, se encogió de hombros. Lo descubriría mañana. Esta noche, besar a un apuesto príncipe sonaba atractivo.

Inclinándose hacia adelante, ahuecó su rostro entre sus manos y lo besó, rezando con todo su corazón para que no se transformara en una rana o, peor aún, que se despertara y descubriera que todo resultaría ser nada más que un muy buen sueño.

Los brazos de Damien la rodearon mientras respondía a su beso. Sueño o no, definitivamente era un príncipe, no una rana.

Capítulo 20

—A ver si lo entiendo —la mirada de Marlene pasó de Nora a Damien y luego de vuelta a Nora—. ¿No estás realmente comprometida?

Nora suspiró y asintió por enésima vez.

—¿Pero estás enamorado? —preguntó Marlene, con la confusión escrita en su rostro mientras su mirada viajaba de ida y vuelta entre Nora y Damien.

De pie frente a su madre, que estaba sentada en el sofá, Nora no pudo evitar sentir que cada vez que los ojos de Marlene se posaban en ella, contenían una acusación.

—Sí —respondió Damien desde su posición, junto a Nora.

Ambos permanecieron frente a Marlene como dos niños en la escuela siendo regañados por mala conducta.

—Damien, mi amor, ¿esto tendrá algo que ver con los ronquidos de Nora? —preguntó Marlene, y Nora resopló—. ¿O con su babeo? ¿Aún tiene esa mala costumbre de hurgarse la nariz...?

—¡Mamá! —gritó Nora, avergonzada—. ¡Ya te lo explicamos! Nuestra relación empezó siendo una farsa...

—Me cuesta creerlo —interrumpió Marlene el hilo de palabras de Nora—. ¿Es este tu intento de romper el compromiso, pero haciendo que parezca que no es para tanto porque todavía se aman?

Nora no pudo evitar pensar que su madre estaba al borde de las lágrimas. Marlene se puso de pie y fijó la mirada en Damien.

—Por favor, dime que no intentas romper tu compromiso —suplicaba con la mirada.

Damien sonrió. Nora nunca pudo comprender su capacidad, no solo para ganarse el amor de su madre, sino también para amarla a cambio.

—Estoy locamente enamorado de tu hija, Marlene, y ahora mismo, eso es todo lo que importa —respondió simplemente.

Marlene suspiró. Nora sabía que su madre definitivamente no estaba satisfecha con la respuesta de Damien, pero parecía dispuesta a aceptarla.

—Supongo que cancelaré la cita con la florista... y con el panadero... —Respiró hondo—. ... Y con el catering... y luego está la banda... el pastor... la iglesia...

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la cocina.

—... Y también está el cuidador del zoológico...

Nora ni siquiera quería imaginar qué pretendía hacer su madre con un cuidador del zoológico y una boda, o por qué había decidido planificar toda la boda sin su conocimiento.

Sintió que algo tocaba su mano y al instante levantó la vista para encontrarse con Damien sonriéndole.

Nora le devolvió la sonrisa, todavía asombrada de haber podido quedarse con el chico guapo. Por un instante, deseó estar de vuelta en la preparatoria, para restarles en cara a todos que la nerd de la escuela se quedaba con el chico popular.

Y aunque ya no estaba en la preparatoria, seguía emocionada pensando que sus antiguos acosadores probablemente ya sabían de su relación con Damien, considerando que salía en todas las noticias de entretenimiento.

—Creo que tu madre se tomó la noticia mejor de lo esperado — sonrió Damien.

Nora resopló.

—Estoy agradecida de no necesitar los servicios de un cuidador de zoológico pronto.

Damien asintió.

—Ahora que nos quitamos eso de encima, debo ir a la oficina.

La atrajo hacia sí y la besó.

—Mmm —sonrió y chasqueó los labios—. Bueno, entonces, nos vemos luego, guapo.

Damien se fue esa mañana, dejando a Nora sola para consolar a su madre, quien parecía estar malinterpretando la noticia de la boda

inexistente de su hija.

Casi parecía que, con cada segundo que pasaba, las implicaciones del anuncio de Nora y Damien se hacían más profundas en Marlene.

Nora había vaciado la copa de vino en la copa de Marlene, ahora borracha, en un intento fallido por calmar sus nervios histéricos, cuando sonó el timbre de la puerta.

Agradecida por la distracción, Nora se puso de pie de un salto y corrió hacia la puerta.

Presionó el botón del intercomunicador:

—¿Quién es?

—Nora, soy yo, Chloe.

Por un breve segundo, Nora cerró los ojos, sabiendo perfectamente que su día estaba a punto de empeorar.

Capítulo 21

—Vine a asegurarme de que no te cases —declaró Chloe, de pie con los brazos cruzados, los hombros ligeramente echados hacia atrás y la mirada fija en Nora, como si fuera una pistola.

Nora estaba parada frente a ella en el departamento, con la boca repentinamente seca.

—¡Ay, no hace falta, Chloe! —gritó Marlene desde su posición en el suelo, sentada con las piernas abiertas. Nora ni siquiera quería preguntarse cómo su madre había encontrado la botella de vino que creía haber escondido tan bien, ni por qué tenía el pelo mojado—. ¡Canceló la boda! ¡Oh, pero espera, hay más! —Marlene aún lograba sonar sarcástica a pesar de estar borracha—. ¡Dice que sigue enamorada de Damien, pero se niega a casarse con él! Soy una mujer de cuarenta y siete años con una hija a punto de entrar en la menopausia y...

Entonces Nora se apartó de Marlene, negándose a seguir escuchando a su madre borracha.

—Mira, Chloe... —empezó.

—¿Qué quiere decir, amor? —Chloe escupió la última palabra como si fuera veneno.

—Damien y yo comenzamos la relación como si fuera una farsa, pero en contra de mi buen juicio, las cosas cambiaron y nos enamoramos.

Un fuerte estruendo siguió al anuncio de Nora, pero ella no se molestó en girarse para saludar a su madre. Chloe tampoco.

—No tienes permitido enamorarte —dijo Chloe en un susurro, con un tono de voz peligroso.

—No podemos elegir a quién amamos, Chloe. Simplemente sucedió.

—¡Hiciste un pacto, Nora!

—¡Eso fue hace cinco años!

—¡Faltan dos años más!

Nora abrió la boca para hablar cuando la puerta se abrió. Para su horror, Damien entró.

¡Genial, simplemente genial! ¡Llegas tarde a casa casi todos los días, pero hoy decides volver temprano! ¡Es como si hubieras pisado una mina!

La mirada de Damien recorrió la sala de estar: de su madre, a ella misma cansada y, finalmente, a Chloe. Frunció el ceño al verla.

—¿Sabes qué? —Chloe finalmente se volvió hacia Nora—. ¡Ya terminé con esto! —dijo, antes de salir furiosa del apartamento.

La culpa se apoderó de Nora mientras veía a Chloe irse y corrió tras ella.

—¡Chloe! —la llamó cuando Chloe llegó al ascensor y pulsó el botón —. ¡Chloe!

Finalmente llegó hasta Chloe y la agarró de la muñeca.

—¡No, Nora! —Chloe negó con la cabeza.

—¡Por favor!

—¿Sabes qué? Es él o yo. Tienes que decidir entre él o yo. ¡Yo; la que te ha apoyado en la preparatoria, en la universidad, en los problemas financieros, en los desamores, en las decisiones tontas! ¡He estado aquí durante toda tu miserable vida y te he apoyado de sobra! Hiciste un pacto, Nora, y elegir romperlo ahora es elegir alejarte de mí.

Chloe apartó la mano bruscamente.

Nora bajó la mirada. Le debía mucho a Chloe por ser la mejor amiga que cualquier chica podría desear. Sin embargo, no podía alejarse de Damien porque, por alguna extraña razón, estaba segura de que estaba haciendo lo correcto y que estaba donde debía estar.

—Lo hice... —respiró hondo, levantando la vista lentamente hasta que se posó en los ojos furiosos de Chloe—. Hice un pacto hace cinco años. Me habían rechazado, engañado, humillado una vez más, y en mi depresión y rabia, hice un pacto. Pero, considerando cuántas veces me han golpeado el corazón, cuántas veces me han engañado y mentido, cuánta humillación y desgracia he tenido que

afrontar —se burló, con lágrimas en los ojos—. Y cuántas veces me han roto el corazón, me atrevo a decir que me lo merezco. Me lo merezco, Chloe.

Sus ojos le rogaron a Chloe que entrara en razón, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—Merezco salir de todo esto con algo bueno. Merezco ser feliz, sentir la felicidad y la emoción de estar con alguien que, mientras tanto, no me mienta.

Rió nerviosa.

—Merezco amar, y aunque mi corazón pueda volver a romperse, merezco intentarlo una vez más hasta que lo logre. No merezco estar atada a un pacto solo por miedo a sentir lo que siente cualquier otro ser humano. Puede ser traición, puede ser dolor, puede ser sufrimiento, pero con el tiempo, tendré mi final feliz.

Extendiendo la mano, tocó la mano de Chloe.

—Te pido que seas parte no solo de mi miserable vida, sino también de mi felicidad.

Nora observó la expresión de su amiga, esperando que en algún lugar del corazón de Chloe, ella entrara en razón.

Se escuchó un fuerte sonido de "ding" cuando las puertas del ascensor se abrieron.

—Supongo que ya has tomado tu decisión —dijo Chloe finalmente—. Y espero que valga la pena.

Damien se metió la punta del bolígrafo en la boca, mordiéndolo hasta romperlo. ¡No podía trabajar! Gruñó, poniéndose de pie. Tenía tanto que hacer, tantas cosas que preparar para París en dos semanas, ¡pero no podía pensar!

Pasándose las manos cansadas por el cabello, otro gemido frustrado escapó de sus labios.

¡La había visto! ¡De pie en su sala como si fuera lo más natural! Habían pasado cuatro años buscándola sin rumbo y por fin la encontró.

¿Y qué era peor? Era la amiga de Nora. No, negó con la cabeza, ¡su mejor amiga!

Una risa nerviosa escapó de sus labios.

—¿Qué clase de juego me está jugando la vida? —se preguntó.

Se agachó, presionó el intercomunicador de su escritorio y le ordenó a su recepcionista que entrara a su oficina. Lana apareció.

—Necesito una dirección —dijo.

—¿De quién, señor?

—Chloe —respondió, aunque el nombre le sonaba extraño—. ChloeCalloway. Encuentra a ChloeCalloway.

Capítulo 22

Con las manos cruzadas sobre el regazo, Nora intentó concentrarse en lo que Livia decía. Sin embargo, no pudo. La única persona que había logrado mantener ocupada su mente durante una semana entera era Chloe.

¿Había tomado Nora la decisión correcta? Odiaba siquiera pensar que Chloe la había puesto en la difícil posición de tener que elegir entre ella y Damien. Lo peor era que prácticamente había decidido alejarse de la única persona que la había apoyado durante toda su vida, por un hombre que probablemente despertaría una mañana y decidiría que ya no la soportaba.

Quizás la elección de Damien por parte de Nora había sido terrible. Claro, era guapísimo, rico y simpático, pero apenas lo conocía… Quizás sí, pero no podía decir que supiera mucho de él, y lo poco que había oído de los medios no le había hecho ninguna gracia.

—¿Nora? —la llamó Livia, haciendo que ella girara bruscamente para mirarla.

—¡Oye, no pierdas de vista la carretera! —le ordenó Nora, frunciendo el ceño con desaprobación. Livia soltó una risita, pero volvió a concentrarse en la conducción.

Iban de camino a casa desde la oficina de Damien. Nora no se había sentido precisamente feliz en los últimos días y no sabía por qué, pero cada vez que estaba cerca de Damien, se sentía culpable. Fingió un dolor de cabeza y Livia se ofreció a llevarla a casa. Marlene, en cambio, quería quedarse para probarse ropa para el desfile de moda que tendría lugar en poco más de una semana.

—Te ves terriblemente distante estos últimos días. ¿Estás bien? —Livia la miró brevemente antes de volver a la carretera.

Nora quiso negar su distanciamiento, pero pensó que más le valía contárselo a alguien. Hablar con su madre no solo sería inútil, sino que sería la oportunidad para que Marlene la culpara por ser soltera a los treinta. No podía hablar con Damien; él era parte de su

problema. Concluyó que Livia era la mejor y única opción que tenía, así que respiró hondo.

—Yo solo… bueno, tomé una decisión y ahora tengo dudas al respecto.

—¿Oh?

—Sí. Se trata de Damien… —Livia se giró brevemente para darle a Nora una sonrisa cómplice—. Y mi mejor amiga… Bueno, con toda honestidad, ya no somos amigas, considerando que ella me dejó… o yo la dejé. La verdad es que me puso en una posición muy difícil, donde prácticamente me obligó a decidir: "¡Soy yo o él, Nora!" —se burló Nora, sacudiendo la cabeza lentamente—. ¡Pensarías que después de todos estos años me apoyaría! ¿Sabes lo que pienso? —Livia dejó escapar un gruñido bajo y Nora asintió—. ¡Creo que está celosa! O sea, soy yo la que de alguna manera logró ligar con el señor guapo. —Livia se giró entonces, arqueando las cejas—. No lo entenderías, Livia, nunca consigo al señor guapo. Ah, y con "señor guapo" me refiero a Damien.

—Nunca lo hubiera adivinado —respondió Livia secamente.

—La cuestión es que ahora siento que tomé una muy mala decisión porque, bueno, ¡Chloe es y siempre ha sido mi mejor amiga! Siempre ha estado ahí para mí cuando la necesitaba… sobre todo cuando no la necesitaba… Es solo que… mira, no sé casi nada personal sobre Damien. ¿Y si es el monstruo que internet describe? ¿Y si estoy en el cuento de hadas equivocado? ¿Te he dicho alguna vez que soy Bella en mis sueños, pero siempre llevo el vestido de Cenicienta? Bella no debería llevar el vestido de Cenicienta. ¡¿Y qué si soy Cenicienta y estoy destinada a estar con un príncipe, no con la bestia de Bella?! —Volvió la mirada frenética hacia Livia, cuya atención seguía en la carretera—. ¿Y si soy Cenicienta y estoy en el cuento de hadas equivocado? ¡Esto va a acabar mal!

—¡Está bien! —dijo Livia, frenando tan rápido que, si Nora no hubiera llevado puesto el cinturón de seguridad, habría salido volando por el parabrisas.

—¿Qué estás haciendo? —volvió la mirada frenética hacia Livia.

—Lo primero que tengo que decir es que tienes la imaginación más rara que he visto. Y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que tengo un sobrino que una vez corrió delante de un coche en marcha creyendo que, como un superhéroe, podía levantarlo.

Nora jadeó, con los párpados desorbitados. —¿Está bien?

Livia miró a Nora durante unos segundos, boquiabierta. Después, una sonrisa se dibujó en su rostro… luego una risa… y antes de que Nora supiera lo que estaba pasando, la risa de Livia inundó todo el coche.

Un ceño fruncido se dibujó en el rostro de Nora.

—Lo siento, Nora —logró decir Livia entre risas.

—Claro. —Nora se encogió de hombros y se giró brevemente para mirar por la ventanilla del coche.

—Sabes, tienes una cosa clara en tu historia —empezó Livia y Nora se giró para encontrarla observándola. Por suerte, ya había terminado de reír—: no eres Bella. Por suerte —puso los ojos en blanco—, tampoco eres Cenicienta. Sinceramente, ¡mi cuento de hadas favorito!

—¡Lo sé! —se burló Nora—. Como si un hada madrina tuviera piedad y apareciera de la nada para convertir una calabaza en un carruaje. ¿Quién se creen que somos, niños?

—¡Exactamente! —Livia sonrió, extendió la mano y tocó el rostro de Nora—. Eres Nora, y eso es todo lo que necesitas ser. Eso es la realeza en sí misma.

Inclinándose hacia atrás, Livia levantó la mirada hacia el techo del coche y emitió un gemido cansado.

—Damien me matará, pero hay algo que necesito que veas —dijo Livia antes de girarse para sonreírle brevemente a Nora y volver a girarse. Al alcanzar el contacto, el coche cobró vida y Livia dio la vuelta, rumbo a un destino completamente diferente.

**

—¿¡Ahora me estás acosando?! —Ella se quedó allí, mirándolo con una expresión en su rostro que él ni siquiera podía describir.

—Necesitamos hablar —respondió simplemente, manteniéndose firme.

—¡No tengo nada que decirte, Damien! —Se acercó a la puerta e intentó cerrarla en las narices, pero él fue lo suficientemente rápido como para detenerla apretando el pomo con más fuerza.

—Lo dejaste muy claro, Chloe… ¿o es Chloe? La verdad es que, con cómo cambias de identidad últimamente, estoy confundido.

—¿Qué deseas?

—Lo que exijo es una explicación. ¿Por qué una mujer dejaría a un hombre en vísperas de su boda? —gritó, abriendo aún más la puerta y entrando en su apartamento.

Damien apenas podía ver el interior del apartamento debido a la ira que lo cegaba. Al darse la vuelta, descubrió que Chloe seguía en su sitio junto a la entrada.

—No quise seguir adelante y me fui. ¡Es un país libre!

Algo en sus palabras tocó la fibra sensible de Damien, una fibra que le impidió contenerse para no romper algo. Por suerte, no había nada frágil a su alcance, y eso incluía a Chloe.

Damien abrió la boca para hablar, para gritar, para vociferar blasfemias al horrible ser humano que tenía delante. ¿De verdad no veía nada malo en dejarlo abandonado la víspera de su boda como un completo idiota? ¿No entendía que él había quedado destrozado cuando ella se fue?

Cuanto más tiempo permanecía mirando a la mujer de cabello castaño frente a él, más convencido estaba de que, sin importar cuánto gritara, nunca lograría llegar a ella.

Soltando un suspiro frustrado, se dispuso a salir de la habitación.

—¡Fue un pacto!

—¿Qué? —Se giró y encontró a Chloe mirando al suelo.

—Era un pacto —levantó la mirada hacia él—. Solo salí contigo porque hicimos un pacto hace cinco años: salir con hombres y romper tantos corazones como fuera posible.

Damien sintió que se le secaba la boca.

—No tenía ni idea de que me propondrías matrimonio. Estabas tan emocionada con la boda y, como yo no sentía nada por ti, tuve que irme. Insistí en que nos fugáramos porque no quería que te sintieras humillada cuando me marchara.

Los dedos de Damien se apretaron en un puño y se mordió el labio inferior para no gritar.

—No se suponía que fuera tan serio, y la única razón por la que volví por Nora fue porque no quería que te hiciera pasar por lo que yo ya te hice pasar. Sinceramente, creía que se casaría y temía que te hiciera sufrir aún más.

Al mencionar el nombre de Nora, Damien frunció aún más el ceño. Sintió un nudo en el estómago de horror.

—¿Planeaste todo esto con Nora? ¡El trabajo de cuidadora de casas, la reportera, el falso compromiso, manipulando mis emociones como si fuera un juguete! —gritó, dando un paso amenazador hacia Chloe.

Sus ojos se abrieron de par en par por el miedo, pero se mantuvo firme frente a él.

—¡Por un pacto! —espetó.

Era irónico. Allí estaba él, el hombre que había sido acusado de ser un monstruo toda su vida adulta: egocéntrico, machista, egoísta, malvado. Eran etiquetas que soportaba sin ver la necesidad de defenderse. Y allí estaba Chloe, frente a él: hermosa, encantadora, atractiva, perfecta. Para la víctima desprevenida, ella era todo lo bueno. Pero todo lo que Damien podía ver mientras la miraba era un monstruo. Esta era la verdadera bestia que el mundo jamás reconocería porque esta bestia tenía el rostro de la belleza. Puede que no poseyera los rasgos de la bestia, pero definitivamente tenía su corazón.

Al igual que Nora.

Una risa nerviosa escapó de sus labios al pensar en Nora. Pequeña, frágil, inocente. Hermosa en tantos sentidos. Había perfeccionado tanto el arte de ser Bella que incluso su corazón empezaba a parecerse menos a la bestia y más a Bella.

Sin embargo, ella era la bestia. Una bestia capaz de obligarse a fingir estar enamorada cuando su único objetivo era robarle el corazón y destrozarlo.

Damien odiaba admitirlo, pero estas dos mujeres lo tenían justo donde querían. Pero no por mucho tiempo.

Capítulo 23

Livia detuvo el coche frente a un edificio desconocido de dos pisos.

—¿Dónde estamos? —los ojos de Nora recorrieron el edificio.

—Es un orfanato —dijo Livia, abriendo la puerta del coche y saliendo.

—¡Sé que es un orfanato, sé leer! —gruñó Nora, siguiendo con la mirada a Livia mientras se acercaba al lado del coche de Nora y abría la puerta de par en par—. ¿Tenemos que entrar? —Se quedó boquiabierta.

Livia asintió.

Nora negó con la cabeza. *¡Ni hablar! Puede que no lo haya mencionado antes, pero los niños me dan miedo.* Un escalofrío le recorrió la espalda.

Sobre todo cuando están amontonados en un edificio. Con un solo niño, probablemente pueda controlarlos, pero cuando son muchos, son capaces de hacer más daño del que les damos. ¿Te imaginas a diez o veinte niños viviendo, durmiendo y comiendo juntos sin nada más que hacer que sentarse a planear algún tipo de extraño golpe contra el mundo adulto?

Livia simplemente la miró como si se hubiera vuelto loca.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Nora se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—La última vez que estuve con tantos niños, me ataron los cordones de los zapatos y, cuando tropecé, me tuvieron que poner un alambre en la mandíbula.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Livia.

—¡Aunque no lo creas, Livia, no voy a entrar! —dijo Nora, cerrando los párpados.

—Confía en mí unos minutos, Nora, y te prometo que saldremos de ahí rapidísimo —insistió Livia—. Además, son niños bien educados. No le vas a dar la espalda a una huérfana indefensa, ¿verdad?

Nora abrió la boca para hablar, pero decidió no hacerlo. Quizás Livia tenía razón.

Además, el incidente de los cordones atados ocurrió cuando tenía ocho años. Obviamente, era hora de superarlo, ¿no?

Negó con la cabeza. No podía superarlo, pero podía darles una oportunidad a los huérfanos, ¿no? Solo tendría que mantener la vista puesta en sus zapatos.

Su mirada se dirigió a sus pies. Genial, no llevaba zapatillas, no había cordones en juego.

—¡Bien! —dijo, sintiéndose un poco más segura al saber que no tendría que preocuparse por tropezar.

Salió del auto y dejó que Livia la guiara por las escaleras del orfanato.

—¿Hay algo más que te dé miedo y que necesite saber? —bromeó Livia.

—Niños, adolescentes, adultos... —contó con los dedos—. Cucarachas, arañas, viejos gruñones...

—Básicamente, el mundo en general. —Livia se rió, empujando la puerta para abrirla.

—Básicamente. —Nora se encogió de hombros y entró en el ruidoso edificio.

Por un breve instante, se quedó paralizada mientras su mirada recorría la habitación llena de niños. No sabía exactamente sus edades, pero calculó que tendrían entre cuatro y quince años.

—Recuérdame otra vez por qué estamos en un orfanato —le murmuró a Livia, que estaba a su lado.

—Porque, Nora, Damien es el dueño de este lugar.

—¡¿Qué?! —Nora desvió su mirada sorprendida de Livia hacia una voz desconocida.

—¡Livia! —exclamó una mujer de cabello blanco que se acercaba y envolvía a Livia en un abrazo.

—Es tan bueno verte de nuevo —dijo la mujer.

—Igualmente, Agnes —respondió Livia, sonriendo y soltándola—. Ella es Nora, y solo estamos echando un vistazo. Nora, ella es AgnesWhitmore.

La mujer se volvió hacia Nora y sus ojos azules le sonrieron.

—Diviértete y almuerza con nosotros cuando termines. Las chicas han preparado algo especial.

—Nos hubiera encantado —se disculpó Livia—, pero tenemos que ir a otro sitio.

Nora se sintió agradecida cuando la mujer no insistió y decidió dejarlas curiosear en paz.

—¿Por qué Damien tiene un orfanato? Espera, me cuesta creerlo porque todos dicen que es egoísta... egocéntrico... y un largo etcétera de cosas desagradables —dijo Nora mientras ambas salían del orfanato unos minutos después.

—Supongo que esa es solo su opinión.

—Pero podría cambiar eso. ¿Por qué no lo cambia? —Nora se detuvo en seco y se cruzó de brazos—. Es demasiada revelación para un día. ¿Qué otro secreto esconde Damien en su armario? ¿Es un hombre casado con dos hijos? ¿Es Superman de noche y un magnate despiadado de día? ¿Se transforma en Shrek a medianoche?

Livia simplemente sonrió y abrió la puerta del coche.

—Deberíamos irnos —dijo, y Nora accedió a regañadientes.

A Damien le resultó imposible concentrarse en el trabajo el tiempo suficiente para hacer algo, por lo que regresó temprano a casa.

No le hacía ninguna ilusión ver a Nora, pues sabía perfectamente quién era en realidad y qué hacía en su vida.

Sin embargo, sabía que tendría que verla, pues en algún lugar de su edificio, probablemente estaba esperando su regreso para seguir con sus mentiras y fingir que lo amaba.

Empujó la puerta del apartamento de par en par y, efectivamente, Nora estaba sentada en la sala, esperando.

—¡Hola, Damien! —canturreó, poniéndose de pie con una sonrisa. Cubrió la distancia que los separaba y lo abrazó—. Llegaste temprano a casa —dijo, alejándose y observándolo con el ceño ligeramente fruncido.

Damien se paró frente a ella, luchando contra el impulso de confrontar a su yo mentiroso, conspirador, engañoso y corrupto.

Por un instante casi lo hizo, pero cambió de opinión rápidamente: la oportunidad para confrontar a Nora llegaría antes de lo que ella esperaba, y ni siquiera sabría qué la golpeó.

Esbozando una sonrisa, dijo:

—Me cansé de trabajar.

—¡Genial! —sonrió ella, arrastrándolo—. Vamos al sofá.

Él la siguió a regañadientes y se sentaron.

Nora dio unos pasos hacia atrás y juntó las manos frente a ella.

Carraspeando, comenzó:

—«Damas y caballeros...»

Damien frunció el ceño al instante. Se giró brevemente para mirar la habitación, y al no ver nada más que muebles, volvió la mirada hacia ella, con expresión incrédula.

—¿Qué pasa? —preguntó, meneando la cabeza.

—Por favor, absténgase de hacer más preguntas, señor —dijo ella con desaprobación—. En fin, nos reunimos hoy para honrar a una persona muy especial. Alguien que ha dedicado su tiempo y dinero a una causa muy importante. Y aunque quizá nunca lo reconozcan, porque es su pequeño secreto —le guiñó un ojo—, me gustaría entregar este premio —se acercó al sofá y tomó un bate de béisbol que él no había visto antes— al señor DamienBlackwood, por su servicio a la humanidad.

En contra de su mejor juicio, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Damien.

—¡Y a todos los niños que quizá nunca lleguen a saber quién eres, pero cuyas vidas tocas cada día! —dijo Nora, indicándole que se pusiera de pie.

Con un movimiento de cabeza, Damien se levantó a regañadientes y caminó hacia donde ella estaba, sosteniendo el bate.

—Esto es un bate de béisbol, Nora —sonrió él—.

—Un bate de béisbol cubierto de oro —respondió ella.

Quiso señalar que no era más que madera, pero decidió no hacerlo.

Aceptó el premio y sonrió agradecido.

—¿Qué? ¿No hablas? —preguntó Nora, haciéndose a un lado.

Luchando contra el impulso de reír, simplemente asintió y murmuró un "gracias" a la habitación vacía.

Nora dio un paso adelante y lo abrazó.

—Estoy muy orgullosa de ti, Damien —susurró contra su hombro.

—¿Livia te llevó al orfanato? —preguntó, apretándola con más fuerza y, por un instante, olvidó su ira, creyendo de verdad que ella lo amaba, aunque sabía que no era cierto—. Se suponía que debía llevarse ese secreto a la tumba.

—i¿Qué?! ¿No ibas a decírmelo a mí, a la mujer que te ama? —bromeó ella, alejándose—. ¿A la mujer que amas? No has cambiado de opinión sobre eso último, ¿verdad?

Por un rato, Damien la observó. No lo había hecho; aún la amaba. La amaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

¿Pero ella lo amaba? ¿O solo era un peón en su pequeño pacto con su amiga?

—¿Prepararás a tu madre para viajar a París mañana por la noche? —preguntó ella.

—¿Pensé que el desfile de moda no sería hasta la próxima semana?

—Necesito los modelos allí mañana.

—Mmm. ¡Al menos ya no nos molestará! —Su sonrisa se ensanchó y se inclinó hacia delante para abrazarlo—. Te quiero, Damien.

Sabiendo que no podría seguir con la falsedad por mucho más tiempo, Damien decidió ponerle fin; su amor por Nora no sería un obstáculo para hacerlo.

Capítulo 24

Sus ojos recorrieron su rostro mientras yacía inmóvil en la cama. Tenía los párpados cerrados y los labios ligeramente entreabiertos, dejando escapar el suave sonido de su respiración.

Damien sabía que no era el momento de admitirlo, pero no pudo evitar pensar en lo hermosa que era Nora. Era hermosa en tantos sentidos: su sonrisa, su risa, sus ojos, sus labios, su físico, su actitud, sus besos...

Ella era perfecta.

¿Cómo podía ser tan perfecta y, a la vez, tan imperfecta? ¿Cómo podía hacerle sentir de nuevo amor, además de odio e ira? ¿Cómo podía ser la fuente de su alegría y la razón de su dolor? ¿Por qué Nora resultó ser una mentira?

Su traición lo dolió mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Saber que todo lo que compartían, cada sentimiento que ella decía tener por él, era una mentira, no solo le rompió el corazón, sino que lo llenó de deseos de romperle el suyo también.

—"Adiós, Nora"— susurró.

Este fue el final, este fue el día en que se vengó de Nora y Chloe por su crueldad.

Enderezándose, se dio la vuelta y salió de la habitación, bajó las escaleras y salió del edificio.

Subió al coche y permaneció sentado en silencio durante el trayecto al trabajo. No quería pensar en Nora ni en que nunca volvería a verla.

El coche se detuvo y se bajó inmediatamente. De camino a su oficina, se sentó detrás de su escritorio y abrió el cajón en busca de sus diseños.

Mientras buscaba, sus ojos rozaron un trozo de papel muy familiar. Por un instante, pensó en ignorarlo, pero algo lo atrajo hasta que lo sacó y lo sostuvo frente a él.

El vestido de novia de Chloe.

Una sonrisa amarga se instaló en su rostro mientras su mirada recorrió el diseño.

Se habían necesitado semanas para perfeccionar el diseño y cuando finalmente lo logró, llevó un período más largo conseguir la tela y cada piedra necesaria para darle vida al diseño.

Pero había merecido la pena, pensó en aquel momento. Había merecido la pena el estrés hasta que lo abandonaron la víspera de su boda.

Sus dedos automáticamente apretaron su agarre sobre el diseño, casi arrancándolo.

—"¿Damieno?"—

Levantó la mirada y vio a Livia entrando a la oficina.

—Dijiste que era urgente, y considerando que estás sentado en un edificio de oficinas vacío tan temprano, supongo que es más que urgente —dijo ella, sentándose en la silla frente a él—. Dime, ¿qué te pasa?

Por un breve segundo, Damien olvidó el hecho de que había llamado a Livia la noche anterior, después de dejar a las modelos en el aeropuerto, y le había pedido que se reuniera con él en su oficina a las 6:00 de la mañana del día siguiente.

—Necesito que llames a la prensa —respondió finalmente, con la mirada fija en el diseño que tenía en las manos.

—Nunca te ha gustado la prensa. En tus palabras, son demonios chupasangre que se alimentan de chismes. Damien —se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en su escritorio—. ¿Por qué necesitamos demonios hoy en día?

—Ahora mismo —dijo, poniéndose de pie e ignorando su pregunta—. Quiero que todos los periodistas de Nueva York vengan a mi oficina en la próxima hora. ¡Que lo hagan!

Un suave bostezo escapó de sus labios mientras, a regañadientes, se dejó sacar del coma inducido por el sueño.

A Nora no le gustaba precisamente despertarse por la mañana... No, negó con la cabeza, cerrando los ojos brevemente. ¡Odiaba

despertarse por la mañana!

Aparte de que siempre parecía una víctima de un accidente, con los párpados hinchados, el pelo de punta y el cuerpo extremadamente cansado, era una madrugadora muy perezosa.

Respirando con dificultad, se puso de pie y luchó por mantenerse en pie el tiempo suficiente para que su visión borrosa se aclarara.

Su estómago rugió de rabia y bajó la mirada con el ceño fruncido.

—"Tranquilo, amigo, no eres el único con hambre por aquí" —dijo, dándose una palmadita en el estómago.

Era en momentos como este que extrañaba a su madre, pensó mientras salía de la habitación y bajaba las escaleras.

¡Marlene siempre tenía el desayuno listo, y tan temprano por la mañana! Nora solo tenía que conseguir que sus pies cooperaran con ella el tiempo suficiente para bajarla.

Pero como Marlene, por desgracia, había sido enviada a París, Nora tuvo que buscarse algo de comer.

¿Dónde estaba Damien? Recorrió la habitación con la mirada y se encogió de hombros. Quizás ya se había ido. No le sorprendería, sobre todo porque había dormido casi toda la mañana.

Llegó a la cocina y abrió de par en par la puerta del refrigerador.

—"Salchicha, panecillo, leche, paletas de chocolate, copos de maíz, restos de pizza de cualquier época…" —suspiro, sabiendo que probablemente tendría que improvisar algo.

Sacó un frasco de jugo y se sirvió una taza.

El teléfono sonó, llamando su atención y provocando que el líquido naranja se derramara sobre la encimera de la cocina.

—¡Arrgghh! —siseó, lamiéndose el pulgar antes de volverse y mirar fijamente el teléfono. Seguramente era su madre, pensó.

Levantó el auricular y se lo llevó a la oreja.

—Lo sé, París es fabuloso y tengo que venir pronto —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—"¿Nora?"—

—Oh, hola Livia. Por un segundo, juré que eras mi madre. No, no mi madre en el sentido de que tienes la edad suficiente para ser mi madre, sino mi madre en el sentido de mi verdadera madre. No creo que seas vieja. Al contrario, ¡creo que eres guapísima! Es que mi madre fue a París anoche y yo estaba...

—¡Nora! ¡Cállate para escuchar! ¿Dónde estás? —preguntó Livia, frenética.

—Eh... En la cocina. Derramé el jugo sin querer, pero te juro que lo limpiaré.

—Nora, enciende la televisión —dijo Livia con solemnidad—. Y siéntate un rato mientras la ves.

—¿Es tan importante? Estaba a punto de tomarme un descanso...

—¡Nora! —gritó.

—Bueno, ya que lo pones así… —Puso los ojos en blanco y se dirigió a la sala de estar con el auricular todavía pegado a la oreja.

Tomó el control remoto de la mesa de centro y presionó el botón. El televisor se encendió al instante.

Los párpados de Nora se abrieron mientras miraba la pantalla.

—"¿Qué...?" —murmuró, y el teléfono cayó al suelo, a sus pies.

Lentamente se acomodó en el sofá con la mirada fija en la pantalla, donde una foto suya retocada con Photoshop cubría la mitad de la pantalla y en la otra mitad había un video en vivo de Damien, quien se dirigía a una multitud bastante grande.

Mucho más que su foto y el video de Damien, lo que llamó su atención fue el titular:

"Falsa prometida se convierte en una 'perra' cazafortunas: Cuando el jugador se deja engañar."

Ella apartó su atención de los titulares el tiempo suficiente para escuchar realmente lo que Damien estaba diciendo.

—"...mentida y engañada por una sola persona... No, dos personas que se suponía que te amaban y resultan ser mujeres conspiradoras, mentirosas y engañosas cuyo único interés es engañar a hombres desprevenidos y obligarlos a enamorarse, solo para destrozarles el

corazón al final, simplemente porque intentan cumplir un pacto inhumano!" —espetó.

—"¡Sabes, puede que nunca lo entienda! Puede que nunca entienda tu necesidad de mentir sobre algo tan delicado como el amor, Nora, pero espero que lo que tú y tu mejor amiga Chloe han hecho, y llevan haciendo quién sabe cuánto tiempo, no te suceda a ti.

Dicho esto, he cumplido mi parte del trato y he dejado un cheque de cien mil dólares en el cajón del dormitorio. Iré más allá e insistiré en que busques un nuevo apartamento y te largues de mi casa en tres días." —

Con un último movimiento de cabeza, se dio la vuelta y se alejó.

Por un segundo, Nora se quedó paralizada en el sofá, con la mente completamente en blanco.

Si creía haber estado en un cuento de hadas durante las últimas semanas, acababa de tener un duro despertar... ¡Un maldito duro despertar!

Capítulo 25

—¡Damien! —gritó Livia, corriendo tras él mientras se alejaba—. ¡Oye!

Damien se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Oye —dijo ella, rodeándolo hasta quedar cara a cara—. ¿Qué pasa? ¿Qué has hecho?

—Dije la verdad. Creo que el mundo merece saber la verdad —respondió con frialdad.

—Puedo decirte honestamente que cometiste un error.

—¿De verdad? —preguntó con sarcasmo—. ¿Te acuerdas de Chloe?

Livia negó con la cabeza.

—Nos comprometimos hace cinco años.

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Bueno, resulta que cuando Chloe decidió entrar en mi vida, lo hizo para cumplir un pacto que hizo con… ¡A ver qué tal! —soltó una risa frustrada—. ¡Nora! ¡Nora, damas y caballeros! Y su verdadero nombre no es Chloe, es Chloe, y es la mejor amiga de Nora.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que Nora le mintió a esa reportera, se infiltró en mi vida manipulándola, me engañó para que me enamorara de ella y planeó abandonarme también en el altar, igual que Chloe. Porque hicieron un pacto y supuestamente soy su víctima elegida. ¡Yo y muchos otros hombres!

Livia se detuvo, apenas capaz de comprender las palabras de Damien por unos segundos. Podía creer que Chloe fuera capaz de hacer algo así, ¡pero desde luego que Nora no! Nora parecía demasiado dulce para llevar a cabo semejante acto. Ingenua, incluso.

—Me voy a París esta noche. Necesito que nos veamos allí mañana por la mañana. Ahora mismo —dijo él, pasando junto a ella—. Necesito un descanso.

**

Nora yacía boca arriba con los ojos cerrados. El suelo de mármol le dolía la espalda y la habitación estaba en silencio. Tenía los brazos y las piernas estirados, y el sonido constante de su respiración era lo único que llenaba sus oídos.

Sentado junto a ella, en el suelo, estaba el cheque de cien mil dólares que Damien había dejado el día anterior. Lo encontró justo donde él había anunciado, frente a todos durante la conferencia de prensa que ofreció, que estaría.

Nora estaba segura de que llevaba horas tumbada, pero le parecía que solo habían sido unos minutos. El tiempo se desdibujaba en su mente hasta quedar solo una densa niebla blanca que le impedía distinguir dónde empezaba una hora y dónde terminaba otra.

El día del anuncio de Damien la dejó atónita. Estaba demasiado impactada como para reaccionar. Luego, cuando se recuperó, comenzó a buscar canales de televisión para entender exactamente por qué él estaba tan enojado.

Con la información que consiguió en tres horas navegando por televisión e internet, Damien confesó haberla contratado para que se hiciera pasar por su prometida y engañar al mundo. Luego, la culpó de conspirar con Chloe para romperle el corazón. Lo que era peor: Damien había estado comprometido con Chloe, quien lo abandonó la víspera de su boda. Cinco años después, Nora fue acusada de conspirar con Chloe para infiltrarse en la vida de Damien e intentar lograr la misma hazaña que Chloe había logrado.

Leer los comentarios de algunos de esos artículos fue la peor decisión de la vida de Nora. Todo el mundo la culpaba. Si Nora hubiera pensado siquiera por un segundo que la mirada acusadora de su madre era lo peor que había visto en su vida, nada la habría preparado para la reacción del mundo. La gente simpatizaba con Damien y culpaba a Nora. Por supuesto, también estaba la minoría que pensaba que Damien se lo merecía por intentar engañar al mundo solo para que sus diseños "extravagantes" entraran en la Semana de la Moda. Luego estaba el pequeño grupo que quería

chocar los puños con Nora por sus esfuerzos por destruir a un "Damien machista que merecía pudrirse en el infierno". Y, finalmente, el puñado que no le importaba y pensaba que ambos lo hacían todo por publicidad y no merecían la cobertura mediática que recibían porque eran "perdedores ávidos de fama".

El mundo giraba en torno a Nora, literalmente. Intentó salir del apartamento de Damien en cuanto se supo la devastadora noticia, pero al hacerlo fue inmediatamente emboscada por una turba de reporteros que acampaban frente al edificio.

Luchando contra la imperiosa necesidad de llorar, Nora se abrió paso a través del mar de periodistas y regresó al apartamento de Damien, donde se encerró y desde entonces permaneció tirada en el suelo de la sala de estar como una alfombra humana.

Nora no se permitió pensar en las implicaciones de las acciones de Damien, en que él creería lo peor de ella. No permitió que su mente se dirigiera hacia Chloe ni al hecho de que su mejor amiga se había comprometido con el hombre que ahora amaba. ¡No pensó! ¡No podía pensar! Estaba segura de que si dejaba que su mente se desviara hacia Damien o Chloe, perdería la cordura por completo. Sabía que estaba a solo unos centímetros de saltar del puente de la cordura y que pensar en Damien sin duda la haría caer.

Lo que necesitaba era pensar en cómo salir de ese apartamento. Tenía que salir corriendo y hacerlo lo más rápido posible. Sin embargo, esos pésimos reporteros probablemente seguían acampados afuera, esperando el más mínimo atisbo de Nora. Un paso fuera del edificio y sería bombardeada por cámaras que la enfocaban.

Nora no podía enfrentarse al mundo. Más allá de que el mundo estuviera enojado con ella, no podía enfrentarlo porque estaba enojada con el mundo.

Estaba enojada porque su mejor amiga le ocultara la verdad. Estaba enojada porque Damien decidiera humillarla. ¿No había sido humillada ya lo suficiente? ¿No había pasado ya por la clásica escena de película de ser abandonada la noche del baile de graduación,

faltar al baile y que alguien más fuera en su lugar? ¿No había pasado ya por la clásica maldición de salir sin saberlo con un hombre casado; en su caso, dos hombres casados? ¿No la había dejado ya un perdedor de mala muerte sin futuro a la vista? ¿No la habían robado, mentido, engañado, menospreciado, engañado y aplastado? ¿Había una parte de 'la maldición' que no hubiera vivido ya o había más? ¿No podía al menos tomarse un respiro por unos segundos?

Y allí estaba ella, ¡pensando que de verdad podía ser feliz! Una risa sin alegría escapó de sus labios mientras luchaba por contener las lágrimas. El universo estaba en su contra. La vida misma se burlaba de ella, pues la había llevado a la cima y la había dejado caer, empeorando aún más el dolor y la devastación de la caída.

Oyó el teléfono sonar en la cocina, pero lo ignoró. Debía de llevar horas sonando, no estaba del todo segura. De alguna manera, su mente había dejado de registrar el sonido.

—¿Nora?

Escuchó su nombre en medio de su mente confusa.

—Nora, por favor déjame entrar. Nora, siento mucho lo que pasó, por favor déjame arreglarlo.

Nadie podía arreglar su vida, pensó, inmóvil en el suelo. ¡Ya no tenía arreglo! De hecho, ni siquiera se podía reciclar. Lo mejor era tirarla a la basura y quizás a una hoguera, para que ardiera.

Nora no tenía ni idea de que Damien acudiría a los medios ni de que haría lo que hizo. No tenía ni idea de que el mundo se involucraría en ese ridículo pacto...

—Y no tenía idea de que me enamoraría —murmuró, girándose hacia un lado y presionándose ambas manos contra los oídos para bloquear el sonido del intruso.

—Sabes, cuando me dijiste que estabas enamorada de él, me sentí destrozada. Estaba destrozada porque sabía que te perdería y que, una vez que decidieran casarse, te contaría lo que hice en Las Vegas y me odiarías. O te haría elegir entre él y yo, y sabía que lo elegirías a él. —Un suspiro siguió—. Volví a Nueva York para intentar evitarlo, pero fue demasiado tarde; ya habías tomado tu decisión.

Nora se hizo un ovillo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si vale algo para ti, lo siento.

No lo era. Por alguna razón, no le importaba nada a Nora, pensó mientras respiraba hondo y se dormía de nuevo.

Capítulo 26

Nora tomó la última prenda de su madre y la metió en su bolso de viaje rosa, un poco exagerado para su gusto. No estaba precisamente de humor para enfrentarse a los paparazzi, pero ya era el tercer día y Damien le había dejado muy claro que la quería fuera de su apartamento ese mismo día. Además, estaba cansada de estar encerrada con las persianas bajadas, temiendo que los paparazzi subieran al edificio y le tomaran una foto.

Su madre había llamado la noche anterior, pero Marlene parecía ignorar la situación y Nora no estaba en el ánimo adecuado para hablar con ella, así que dejó que el contestador automático tomara el mensaje.

Mientras apartaba el bolso de su madre, su mirada se cruzó brevemente con el espejo y se detuvo en seco. Al girarse para verse de frente, dejó escapar un profundo jadeo.

Decir que se veía terrible era quedarse corto; parecía un completo desconocido observándola fijamente. Sus párpados estaban hinchados al triple de su tamaño, su piel tenía un tono cenizo pálido, la punta de la nariz roja, y su rostro mostraba una expresión de angustia.

Arrugando la nariz, forzó una sonrisa y se pellizcó las mejillas en un intento fallido de devolver algo de color a su piel. Estaba hecha un desastre, pero necesitaba parecer humana el tiempo suficiente para salir del apartamento de Damien. Obviamente, los paparazzi seguían esperándola afuera, sobre todo porque sabían que Damien le había dado un aviso de desalojo de tres días. Si no lograba un poco de "humanidad" en su rostro, las fotos serían un desastre.

Los minutos siguientes pasaron volando mientras Nora se afanaba en mejorar su apariencia. Veinte minutos después, su cabello, antes enredado, caía en mechones lisos y brillantes sobre sus hombros; su rostro tenía algo de maquillaje y, de alguna manera, sus hombros lograron enderezarse.

Le dedicó al espejo una sonrisa que mostraba los dientes, aunque sus ojos no la acompañaban. Luego, se dio la vuelta para salir de la habitación. Empujó la puerta del apartamento de Damien y entró en la habitación familiar. Habían pasado tres días desde la última vez que estuvo allí, pero sabía que no podía evitarlo, sobre todo porque necesitaba guardar sus cosas.

Con un suspiro, comenzó a meter ropa en su maleta, intentando no pensar en que no tenía a dónde ir. Sabía que no podía aceptar el cheque de cien mil dólares de Damien; no le interesaba su dinero. El dinero no podía apaciguar su dolor ni arreglar su vida destrozada.

Un fuerte zumbido llamó su atención por un momento. Lo ignoró un rato, pero al darse cuenta de que el sonido no cesaba, se dirigió al armario y miró el monitor.

Chloe estaba en la calle, con el dedo pulsando el botón del intercomunicador. Nora frunció el ceño al ver a su mejor amiga traicionándola.

Su mirada recorrió brevemente las calles detrás de Chloe y vio un grupo de reporteros esperando que ella saliera del edificio.

¿Qué les pasaba a esos periodistas? Un gemido escapó de sus labios mientras se apartaba del monitor y regresaba a la sala. ¡Ojalá los reporteros y Chloe captaran la indirecta y la dejaran en paz!

Pero cuanto más intentaba ignorar el zumbido, más convencida estaba de que no iban a desaparecer. Ni Chloe, ni Damien, ni los reporteros, ni la maldición. Nada iba a desaparecer, y cuanto antes lo aceptara, mejor.

Con un fuerte gemido, bajó las escaleras a trompicones y se acercó a la puerta, donde presionó el botón para darle acceso a Chloe.

Unos minutos después, Chloe cruzó la puerta. Sin decir nada, Nora se dio la vuelta y subió las escaleras hacia la habitación de Damien. Cerró la puerta de golpe y volvió a intentar empacar.

La puerta sonó detrás de ella, pero no se giró para reconocer a Chloe.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Chloe. Con el rabillo del ojo, Nora la vio acercarse a la cama donde estaba haciendo las maletas.

—Nora, lo siento. Lo siento mucho.

—Sabes, Chloe, no te estoy hablando. No tengo nada que decirte y, la verdad, solo te dejé entrar porque no quería enfrentar sola a esos periodistas —dijo Nora, metiendo una camisa azul en la bolsa.

—No tienes que decir nada, pero por favor, escucha.

—¡Yo tampoco te escucho! —respondió a medias, intentando cerrar la bolsa. Sin embargo, su ropa estaba desparramada y, demasiado molesta para doblarla, la bolsa se negaba a cerrarse. Soltó un gruñido frustrado y se detuvo a mirarla fijamente.

—Obviamente necesitas ayuda —insistió Chloe. Avanzó, le quitó la bolsa a Nora, que protestaba, y vació el contenido sobre la cama. Tomó una bata y empezó a doblarla. —Hace tiempo que no hago esto —dijo con una risita.

Ignorándola, Nora tomó una prenda y comenzó a doblarla.

—Hace tiempo que no hago nada bueno.

Con el ceño fruncido, se concentró en organizar la ropa.

—¿Recuerdas cuando estábamos en la secundaria, Nora? —Chloe hizo una pausa y se volvió brevemente hacia ella.

Aunque Nora podía verla por el rabillo del ojo, no se molestó en girarse para mirarla.

—Eras ese niño raro con un corazón enorme y yo… bueno, yo era la "señorita todo lujo", como tú dices. Siempre me enorgullecía de lo que tenía, pero de todo lo que tenía, me enorgullecía nuestra amistad. Cometí muchos errores, hice muchas cosas mal, pero contigo acerté.

—Dije que no te escuchaba —se quejó Nora, pensando que no debería haberla dejado entrar.

—Actué egoístamente, pero me equivoqué. Me equivoqué, Nora, y lo siento. Soy yo quien lamenta haber intentado alejarte de un buen hombre porque fui egoísta. Te quería toda para mí, pero eso no es excusa.

—El baile… —murmuró Nora—. Tú tampoco fuiste al baile.

—¡Claro! —Chloerió nerviosamente mientras metía una camisa doblada en la bolsa—. Estabas tan deprimida y llevabas tanto tiempo dándote atracones de helado que me preocupaba que te diera un vuelco el cerebro.

La imagen de Nora vestida con su ridículo vestido de fiesta con volantes apareció en su mente y ambas rieron.

—Me alegro de que no fuéramos. Mi madre fue demasiado tacaña para comprarme un vestido de graduación bonito, y ya tengo la imagen grabada en la cabeza. ¿Te imaginas si hubiera habido alguna prueba real, como una foto? Sé que la habría destrozado, pero mi cita sin duda se la habría quedado. ¡Habría sido un desastre si internet se enterara! ¡Me moriría! —rió, mirándola mientras Chloe asentía sonriente—. Estabas guapísima esa noche, Chloe. Siento que tuvieras que cancelar.

—No lo soy. Me alegro de haber estado ahí para ti, aunque a los dos nos congelara el cerebro.

—Siempre he sido tan patética, no me sale nada bien. Por eso siempre te necesito cerca.

Chloe negó con la cabeza.

—Soy yo quien siempre te necesita, Nora. En la preparatoria, necesitaba tu ayuda con mis tareas. Sé que nunca me habría graduado sin ti. Necesito tu ayuda todos los días para sentirme humana y útil. ¡También necesito tu ayuda para ser el ejemplo perfecto de lo que no debo vestir!

—¡Claro! —se burló Nora, poniendo los ojos en blanco—. Deberíamos irnos, no quiero que Damien me eche ni nada.

—En realidad, deberías irte —dijo Chloe, sacando un sobre blanco de su bolso.

—¿Qué es esto? —Nora la miró con sospecha.

—Mis disculpas.

—No tenías que escribirme una nota, Chloe. Con que estés aquí ayudándome es suficiente. A menos, claro, que ese sobre incluya un cheque de un millón de dólares. En ese caso —sonrió, arrebatándole el sobre a Chloe, que solo se rió—. ¿Olvidé mencionar que estoy sin

blanca? Empezó a rasgar el sobre—. ¿Y sin hogar? Pensé en dormir en un albergue esta noche, ¡pero imagínate si la prensa se entera! —soltó un suspiro de frustración y miró a Chloe—. Jamás imaginé que tendría que preocuparme porque los medios se enteraran de que dormí en un albergue. Claro que dormir en un albergue no es lo que me sorprende... ¿Es raro que no me parezca malo haber caído tan bajo? Creo que siempre supe que pasaría, quizás más temprano que tarde. Perdí ambos trabajos... ¡Uy!, nunca te conté la vez que le di una pizza en la cara a un anciano...

—¡Nora! ¡Ábrelo!

Los labios de Nora formaron una "o" mientras abría el sobre.

—Es un boleto de avión... —susurró, mirando la enorme sonrisa en el rostro de Chloe.

—Sí, Nora —dijo Chloe cerrando la cremallera de su bolso—. Creo que es apropiado decir que ya tienes todo listo para París.

Capítulo 27

—Solo es un día de diferencia —lo tranquilizó Livia con una leve sonrisa—. Estoy segura de que puedes sobrevivir un día más en París, Damien.

—¡No puedo creer que hayan hecho eso! —gruñó Damien, frustrado —. ¿Acaso tienen permiso para cambiar mi colección a un día completamente diferente? ¡No pueden hacer eso!

—Sí, pueden —respondió Livia—, y me gustaría quedarme aquí animándote, pero tienen que irse; el espectáculo comenzará en breve.

Damien frunció el ceño. No solo le molestaba el cambio de fecha de la vitrina con su colección, sino que su vida en general le parecía un desastre. Odiaba pensar que todo lo que había compartido con Nora el último mes había sido una mentira.

No había visto a Nora en cinco días, pero eso no importaba; no podía sacarla de su mente ni un segundo. Era lo único en lo que podía pensar. Marlene también era un recordatorio constante de lo que había vivido con Nora, y aunque intentó explicarle repetidamente que su relación con ella había terminado, Marlene no estaba dispuesta a rendirse. Damien no pudo evitar lamentar haberla traído a París, pero ¿qué opción tenía? Marlene era modelo en la feria y no podía reemplazarla a última hora.

Miró por la ventana y suspiró cansado al ver a los paparazzi afuera. Desde que llegó a París, había permanecido encerrado en su habitación de hotel en un intento fallido de escapar de ellos. La idea de enfrentarlos y las incómodas preguntas sobre su relación con Nora le daban náuseas.

—Estarás bien —dijo Livia, viendo la incertidumbre en su rostro.

—No entiendo por qué debo asistir —respondió Damien con fastidio —, especialmente porque hoy no es mi colección la que se exhibe. Y, por cierto, ¿por qué no vienes tú?

Livia se encogió de hombros. —Es bueno para tu imagen y, además, estoy ocupada.

Damien asintió una vez y abrió la puerta de par en par. Al poner un pie fuera, fue bombardeado con flashes y preguntas que decidió no responder.

Ya dentro del edificio, se sentó cuidadosamente en su lugar en primera fila y centró su atención en la pasarela, temiendo y a la vez esperando que comenzara el desfile para poder superarlo y retirarse a la seguridad de su habitación de hotel, lejos de las miradas indiscretas de los periodistas.

Las luces se apagaron, dejando la sala en penumbra salvo por la pasarela iluminada. Cuando comenzó la música, Damien supo que el desfile había iniciado. Se recostó y siguió con la mirada a la primera modelo.

No estaba especialmente interesado en la colección, pero sabía que tenía que aparentar interés, sobre todo porque los periodistas aún lo observaban.

Con una sonrisa forzada, seguía a las modelos mientras su mente volaba lejos, hacia Nueva York, donde Nora probablemente estaría tramando alguna locura. Siempre estaba haciendo algo así desde que surgió toda esta historia…

Se detuvo un instante, dándose cuenta de que ni siquiera estaría allí si no fuera por Nora. Quizás ella quería romperle el corazón, pero terminó arruinándole toda su carrera. Y él la amaba. Una verdad molesta, pero verdadera; una verdad que no podía negar.

"Damieno…"

De algún lugar lejano, escuchó que lo llamaban y supo que había estado perdido en sus pensamientos.

—¿Está Damien en esta sala?

¡Dios mío, no podía estar imaginándolo! Levantó la vista y, para su horror, vio a Nora en el centro de la pasarela, mirando fijamente al público.

Damien se quedó paralizado. —¿Qué demonios?

—Solo quiero decir unas palabras a Damien —dijo ella en voz alta.

Se levantó rápidamente, necesitando sacar a Nora de ahí porque estaba arruinando el espectáculo, y subió al podio.

Nora se volvió hacia él. —¡Ahí estás! —exclamó, como si no notara que una sala llena de adultos confundidos y horrorizados la observaba boquiabierta.

Cruzó la distancia que los separaba, consciente de que el show se había detenido por completo.

—Nora, ¿qué demonios haces aquí? —apretó los dientes.

—Estoy aquí para disculparme —respondió ella con la mandíbula apretada.

—De acuerdo —dijo él con una risa nerviosa, intentando no pensar en las cámaras que los grababan ni en la seguridad que seguramente venía hacia ellos—. Hablaremos de esto en Nueva York.

Nora negó con la cabeza. —No he venido para "hablar de esto en Nueva York". Vine a decir… —suspiró—. Tenía todo un discurso planeado, pero se me olvidó, así que improvisaré.

Damien abrió la boca para protestar, pero Nora se giró y miró al público.

—Conocí a Damien hace cuatro meses. No fue una reunión formal; me echó de su oficina y me negó una oportunidad laboral —rió nerviosa—. La verdad es que, como muchos de ustedes que obviamente no lo quieren, yo también lo sentí. Estuve en su lugar… claro que no en uno como este, en un desfile de moda. Nunca he estado en uno antes…

Damien suspiró y cerró los ojos brevemente.

—Pero, de alguna manera, el destino nos volvió a juntar y creo que los extraterrestres deben ser reales, porque me enamoré de él. Sigo enamorada, Damien, y el pacto que hice con Chloe ni siquiera fue real. Sí, hice un pacto, pero te juro que ni siquiera cumplí mi parte. Nunca tuve la oportunidad de lastimar a alguien tanto como me lastimaron a mí. Y, sinceramente, ese pacto que hice hace cinco años fue porque estaba muy enfadada… ¡Enfadada con el mundo

entero! ¡Hice un pacto estúpido! ¡Demándame! Pero aquí estoy, delante de ustedes, haciendo el ridículo porque necesito que sepas que te amo, de verdad. Y te prometo que Chloe y yo hemos terminado con ese pacto.

Damien dio un paso hacia ella.

—¿Te das cuenta de que estás arruinando el desfile de alguien?

Ella asintió.

—Lo supe hace unos minutos, tras bastidores, después de que Livia me colara. Por cierto, ¡qué difícil fue pasar el control de seguridad! Livia me advirtió que podrían echarme o arrestarme, pero pensé que no podían arrestarme, sobre todo porque soy extranjera y tenemos alguna inmunidad en otros países…

Damienrió, sorprendido por sí mismo. No sabía por qué, pero la idea de quedarse con Nora y sus locuras lo emocionaba.

Extendió los brazos y la abrazó.

—Nora —sonrió—, siento decírtelo, pero te pueden echar de aquí… —se inclinó y la besó—. Y arrestarte —susurró contra sus labios—. Y deportarte.

—Ahora que lo dices —frunció el ceño—, deberíamos salir de aquí.

—Deberíamos —dijo él, apretándola más y volviendo a besarla.

Epílogo

Nora mostró una última sonrisa, que sabía bien que no llegó a sus ojos, antes de saludar a Damien y prácticamente cerrarle la puerta en la cara.

Girándose para mirar a Livia, que estaba en el centro de la habitación con una ceja levantada, Nora se desplomó contra la puerta y soltó el aliento que había estado conteniendo durante los treinta minutos que estuvo allí, intentando convencer a Damien de que no solo estaba emocionada por el desfile, sino ansiosa por verlo. Nada de eso era cierto. Lo que menos ansiaba Nora, a pesar de tener que arrastrarse desde Nueva York a París, ¡era ir a París!

Había pasado un año entero desde su vergonzosa aparición en el desfile de moda, arruinando la colección de otra persona. Por suerte para Nora, no la expulsaron esa noche, ni siquiera la deportaron. De hecho, el público —por extraño que fuera— pensó que era gracioso que Nora se hubiera humillado de esa manera e incluso estalló en aplausos. Por un tiempo, Nora les creyó.

Hasta que llegaron los medios.

¡Que los medios hicieran parecer a Da Vinci el peor artista del mundo! La exhibición de Nora fue descrita como "vergonzosa", "de mal gusto", "de baja calidad", "un intento ruin de llamar la atención mundial", "una estratagema de Nora y Damien para ganar relevancia", y la lista continuaba. Considerando que esto había ocurrido hace un año, uno pensaría que los medios ya lo habrían superado. Pero, por desgracia para Nora, ¡los medios no lo superan! No, se alimentan de ella, desgarrando cada parte de su carne hasta que no queda nada. Sí, estaba convencida de que los medios también se alimentaban de huesos humanos.

Pero Damien no la creía. Apenas podía imaginar el horror que sintió Nora cuando Damien le anunció la "buena noticia" de que lo habían invitado a volver a París. En ese horrible instante, Nora se desmayó con los ojos abiertos de par en par.

Su plan era inventar una excusa para no regresar a París después de solo un año de humillación, pero Damien siempre encontraba la manera de contrarrestar sus excusas. Incluso había esperado apoyarse en Chloe, pero Chloe había cambiado en ese año: de una mujer fría como el hielo, a una persona cursi que encontraba adorable la relación de Nora con Damien.

—Creo que vi a un reportero con una horca —dijo Nora, y Livia puso los ojos en blanco.

—Apuesto a que sí.

—Te lo juro, Livia. No puedo —comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación—. ¡No puedo enfrentarlos! ¡En la ciudad me humillaron!

—Estás exagerando. Te centras tanto en los artículos negativos que ni siquiera te das cuenta de que más de la mitad de la población piensa que tu gesto fue valiente y tierno —Livia sonrió y detuvo a Nora—. Le prometí a Damien que te llevaría a tiempo al espectáculo, y pienso cumplir esa promesa.

—¿Damien no viene?

—Tendrá que llegar primero. Es su colección.

Nora quiso discutir. Mucho más que eso, quería tumbarse boca arriba, cerrar los ojos y dormir todo el día. Pero por más que los cerrara y contuviera la respiración con la esperanza de abrirlos y encontrarse de nuevo en Nueva York, siempre terminaba sentada en la misma habitación de hotel en París.

Se dejó guiar por Livia, quien contaba con un equipo completo de hombres y mujeres listos para ayudarla a prepararse para el espectáculo. Era una de las ventajas de salir con Damien: tener su propio equipo de glamour para cada ocasión. Además, considerando que la fama de Damien se había extendido considerablemente, Nora comenzaba a creerse una hermosa supermodelo.

Las horas de vestirse dieron sus frutos frente a un gran espejo. Llevaba un vestido azul de seda y encaje, con brillantes piedras tejidas a mano. Las largas mangas del vestido estaban ceñidas a la cintura, impidiéndole levantar las manos. El largo del vestido le

llegaba hasta los pies, formando una cola que se extendía tras ella. Su melena rubia estaba recogida hacia atrás en un gran moño trenzado.

—¿Qué fue lo que dijiste sobre que nunca lucías hermosa? —Livia sonrió.

Nora le devolvió la sonrisa, recordando la conversación que habían tenido. Livia tenía razón, estaba guapísima.

—¿Supongo que ya es hora? —preguntó, esperando que Livia negara con la cabeza.

Por desgracia, Livia asintió, con los ojos brillantes.

Respirando hondo, Nora siguió a Livia por las calles, donde se encontró con una multitud de paparazzi cuyo objetivo, estaba segura, era cegarla con sus cámaras.

Una vez instalada en el coche, Nora sintió una breve sensación de seguridad, pero el alivio duró poco. En poco tiempo, el coche se detuvo y otra "ciudad" de reporteros la acosó.

Cuando comenzó el espectáculo, la respiración de Nora había mejorado notablemente y su ansiedad disminuyó un poco.

Observó a su madre, que había pasado de tener el pelo morado a rosa, pavonearse por la pasarela. Nora jamás pudo comprender la insistencia de Marlene en modelar las colecciones de Damien, ni peor aún, la aprobación de Damien a esa insistencia. Y aún peor, la aceptación del mundo a que su madre se convirtiera repentinamente en una supermodelo a los cuarenta y ocho años. Si Nora no hubiera tenido a Damien, su orgullo y alegría en la vida, ya se habría ahogado.

Sin embargo, mientras su madre caminaba por el pasillo como si lo hubiera hecho toda su vida, guiñándole un ojo a Nora, no pudo evitar sentir una oleada de orgullo por tener una madre tan guapa como Marlene. Molesta, sí, pero guapa al fin y al cabo.

Toda la colección parecía un borrón para Nora. En parte porque había participado en el diseño y, sobre todo, porque estaba ansiosa por regresar a su habitación de hotel, lejos de las miradas indiscretas de los periodistas.

Al finalizar el desfile, todas las modelos recorrieron la pasarela y, finalmente, apareció Damien, guapísimo. ¿Cómo había conseguido volver a ser el Sr. Pantalones Elegantes? Sonrió.

Damien caminó por la pasarela entre aplausos del público. Nora se unió a la ovación.

—Gracias —dijo Damien haciendo una reverencia—. No podría haberlo hecho sin Nora. —Se giró para sonreírle. Ella le devolvió la sonrisa, sintiéndose un poco incómoda—. Por eso, toda esta colección está dedicada a ti, Nora.

Si Damien intentaba ser romántico, podría reservarlo para Nueva York, pensó Nora. No quería salir en la portada del periódico ese día.

—Cuando nos conocimos —comenzó—. —Una modelo salió cojeando… ¿Nora se quedó sin aliento? ¡¿Cojeaba?!—. Me gustaría disculparme por haberte rechazado al principio —continuó, mientras otra modelo salía con los zapatos perfectos—. Por negarme a contratarte como mi asistente, pero no fue así.

Las palabras de Damien parecían atraer a las modelos, que salían una tras otra con cada frase que pronunciaba.

—Recuerdo el año pasado, Nora, y no me arrepiento. Lo único que lamento es no haberte conocido antes, no haberme enamorado antes… —Él le sonrió y salió Marlene. Fue entonces, mientras Nora observaba a su madre pavonearse por la pasarela con un abrigo marrón, que se dio cuenta de que las modelos se habían quitado los abrigos, dejando al descubierto lo que llevaban debajo.

A Nora le llevó un tiempo darse cuenta de que en la camisa de cada modelo había un alfabeto, pero mucho más que eso: deletreaba algo.

Con los párpados abiertos, volvió la mirada sorprendida hacia Damien, que ahora estaba de rodillas.

Marlene se quitó el abrigo y, en su camisa, estaba escrito «Nora». Se paró junto a la última modelo, cuya camisa tenía la letra «e».

Con lágrimas en los ojos, Nora se quedó quieta unos segundos. ¿Seguro que estaba soñando? Nada parecía real; de hecho, era demasiado bueno para sus sueños. Estar sentada allí, el centro de

atención de todos, con un equipo entero de personas impecables frente a ella con las palabras «¿Quieres casarte conmigo, Nora?» escritas en sus camisetas, la hacía sentir especial. Probablemente fue como se sintió Cenicienta cuando el príncipe le devolvió su zapatilla de cristal, o como Bella cuando se dio cuenta de que no tendría que besar a una bestia horrible para siempre, sobre todo considerando lo difícil que debió ser superar sus colmillos...

—Nora, por favor, no me digas que estás perdida otra vez en el mundo de Bella —se giró y encontró a Damien mirándola con las cejas levantadas.

—¡Dile que sí al hombre de una vez! —gruñó Marlene—. También podría haber olvidado el alfabeto... Damien, quizás deberías leérselo...

Nora estaba demasiado ocupada fulminando con la mirada a su madre y no se dio cuenta de que Damien había bajado del escenario y se dirigía hacia ella. No se dio cuenta hasta que él la ayudó a ponerse de pie.

—Sé que sueñas con estar en un cuento de hadas —empezó—. Y yo soy todo menos un príncipe. Estoy muy por debajo de la perfección, Nora, y con todo mi corazón me esfuerzo por ser perfecto para ti. —Negó con la cabeza—. Puede que eso nunca pase. Puede que nunca sea lo suficientemente bueno para Bella, Cenicienta o cualquier princesa que tengas atrapada en la cabeza. Pero —sonrió, atrayéndola hacia sí— no dejaré de intentarlo, te lo prometo. No dejaré de intentar ser lo suficientemente bueno para ti.

Nora luchó contra las lágrimas.

«Ya lo eres, Damien. Eres perfecto», susurró, antes de inclinarse hacia él y besarlo. Su beso se profundizó y sus párpados se cerraron al sentir la calidez de sus labios contra los suyos.

Damien se apartó un poco.

—¿Quieres casarte conmigo, Nora? —susurró contra sus labios.

Norarió entre dientes.

—¿Creías que ya había dicho que sí? ¿No adivinaste mi respuesta por el beso apasionado que acabamos de compartir? ¿No te pareció

apasionado? Lo que me recuerda que nunca lo hablamos...

Damien volvió a apoderarse de sus labios, haciéndola callar.

Mientras Nora cerraba los párpados, se imaginó como Bella vestida con el vestido de Cenicienta. Se paró frente a un gran espejo y se contempló. Con una sonrisa, susurró:

—Adiós, Bella-Cenicienta, quienquiera que seas. Me encontré con el Sr. Pantalones Elegantes y prefiero tenerlo cerca que a una bestia con feos colmillos.

La imagen desapareció y regresó a los brazos de Damien, y supo, mucho más que en cualquier otra parte del mundo, que pertenecía a sus brazos.